

Robyn Donald

Amor del ayer

Argumento

¿Verdad que es un infierno desear a alguien que desprecias?

Catlin Loring sorprendió a su esposo, Conal, con otra mujer. Destrozada huyó de Nueva Zelanda y comenzó una nueva vida en Australia. Desde entonces habían transcurrido seis años.

Ella nunca había querido la reconciliación, pero obligada por las circunstancias volvió a pedirle un favor a su marido y se llevó una sorpresa cuando él le pidió que volviera a su lado bajo la amenaza de emplear cualquier medio a su alcance para conseguirlo.

Pero ella se resistía a entregarle de nuevo el corazón a un hombre que, aunque encantador, nunca estaría satisfecho con una sola mujer.

Capítulo 1

CATLIN Loring silbaba mientras abría la puerta de entrada. Era una costumbre que tenía cuando se sentía feliz, y lo hacía sin que le importara lo que los demás pensaran de ella.

—¿Eres tú, Catlin? ¿Quieres café? —le preguntó Deb Munroe, la chica con la que compartía el apartamento.

—¡Sí; por favor!

Deb se asomó por la puerta de la cocina.

—Hay una carta para ti de Nueva Zelanda.

—¡OH! —Catlin dejó sobre el aparador del vestíbulo el bolso, y luego entró en el salón. Durante un momento miró el sobre rojo y azul. Temblando lo recogió y lo abrió.

Cinco minutos después, cuando Deb entró con dos tazas de café, ella seguía leyendo con el ceño fruncido.

—¿Malas noticias?

—Así parece. Conal no soltará el dinero a menos que valla a verle.

—¿Conal? Creí que tu abogado era el señor Stretton.

—Conal es mi esposo —sonrió melancólica.

—¡Tu esposo! —Deb se sentó en la silla más cercana con la mirada fija en su amiga—. Pero si tú no tienes esposo. Se te olvida que te conocí dos días después de haber llegado a Australia. Acababas de cumplir dieciocho años. Comenzaste la universidad tres semanas más tarde y ése fue tu primer año.

—Tonta, lo recuerdo demasiado bien —rió con desgana—. Tenía diecisiete años cuando me casé con Conal…

—¡Diecisiete! —Deb se sorprendió—. Está bien, deja a un lado el maldito café. ¿Quieres hablarme sobre eso, o prefieres no hacerlo?

Catlin se encogió de hombros, le tendió a su compañera la taza y se sentó en una silla vacía.

—Te lo contaré, por supuesto. Al principio no se lo comenté a nadie porque el dolor era profundo; después, ya no me importó tanto.

—¿No te importó tanto? ¿Estar casada siendo una colegiala? ¡Yo creo que eso es suficiente para marcar una vida!

Catlin pensó que tenía razón, pero dijo en voz alta:

—Supongo que en cierta forma lo fue. Los tres primeros años después de haber llegado a Australia, todo lo que hacía era para demostrarle a Conal lo equivocado que estaba acerca de mí. No tenía intención de volver a verle nunca, pero por mi orgullo personal, tenía que demostrarle que estaba equivocado. Él pensaba que yo era una tonta y por eso conseguí un título. Creyó que era torpe e ingenua sin remedio, así que me volví sofisticada, Aprendí a vestir y a ser una

buena anfitriona. Fui a teatros y a conciertos, leí, estaba decidida a demostrarle que podía ser todo lo que él no me imaginaba capaz.

Deb la miró comprensiva.

—Así que por eso nunca has dejado que nadie te enamorara. Has flirteado y te has divertido, pero en el transcurso de los años, ningún hombre se te ha podido acercar.

—No —suspiró Catlin y una nota de amargura endureció su voz—. A Conal le gustan las mujeres con experiencia, pero aún cuando estaba completamente decidida a demostrarme a mí misma la equivocación que él había cometido conmigo, no caí en esa trampa. Ningún hombre volverá a herirme como él lo hizo. Nunca.

—¿Por qué te casaste con él?

—Porque me enamoré. Es una larga historia. Nos conocimos en Mount Fay, la granja de mi padre, al sur de Nueva Zelanda. Mi madre murió cuando yo era pequeña, y salvo alguna visita al dentista, nunca salí del lugar. Estudiaba a distancia. Hasta que cumplí doce años, tuvimos ama de llaves, pero cuando ella se retiró, yo me hice cargo de la casa y traté de ser el hijo que mi padre quería. Con poco éxito, pero él me quería, y yo era muy feliz.

—Y muy inocente —observó Deb con sequedad.

—En realidad era una niña. Después de mi decimoséptimo cumpleaños, papá sufrió un ataque al corazón. Estuvo bastante grave, pero se recuperó. Desgraciadamente, le dijeron que no le quedaba mucho tiempo de vida, y puso la granja en venta. Estaba obsesionado con la idea de asegurar mi porvenir; no tenía muy buena opinión, de la habilidad de una mujer para valerse por sí misma. Al recordarlo ahora, me doy cuenta de que aquellos últimos meses debieron ser terribles para él. Conal Loring fue a ver Mount Fay.

—¿Compró la granja?

—Así fue.

—¡Tendría mucho dinero! ¿Qué edad tiene?

—Ah, entonces tenía veintiséis años. Su esposa había fallecido un año antes, dejándole con una hijita de dos años. Todavía no se había repuesto de su muerte. En cuanto al dinero, bueno, los Loring, no han tenido nunca problemas. Poseen granjas, negocios, todo tipo de propiedades. Conal nació rico. Mount Fay sólo fue una aventura comercial para él. A los Loring no les gusta tener invertido todo su dinero en una cosa, ni siquiera en dos o tres.

—¿Por qué se casó contigo?

—Es una buena pregunta —Catlin rió—. ¡Supongo que ni él mismo lo sabe! He llegado a la conclusión de que se sentía muy deprimido a causa de la muerte de Claire; ella estuvo enferma durante varios meses

antes de morir. Mi padre sufrió un ataque al corazón poco después de que yo le conociera. Antes de morir, hizo un nuevo testamento y nombró a Conal mi fiduciario.

—¿Tanto le simpatizaba?

—Conal es el tipo de hombre en el que todos confían instintivamente. Así que allí estaba yo, con diecisiete años, y con todo ese dinero del que él era responsable hasta que yo cumpliese veinticinco años. ¡Todo hace pensar que lo mejor que pudo hacer fue casarse conmigo!

—A mí me parece que le gustó todo ese dinero.

—Tal vez, aunque no lo necesita. No, creo que en eso estás equivocada. Él es demasiado íntegro.

—¿Qué aspecto tiene?

—Posee todas las cualidades con las que sueña una adolescente —le dijo Catlin y sonrió ante el asombro de su amiga—. ¡Hablo en serio! Mide un metro ochenta y cinco, es atractivo, muy fuerte, tiene el pelo oscuro, casi negro, cejas oscuras y unas largas pestañas —hizo una pausa y sonrió.

—Bueno, no te detengas. No te creo, pero cuéntame más.

—Créeme, no lo estoy halagando, porque le odio. Pero es cierto. Tiene los ojos azules más bonitos que nunca he visto. Su mirada hace ruborizarse a cualquier mujer.

—No tuviste ninguna esperanza, ¿verdad?

—Ninguna —sonrió con tristeza—. Nos casamos al lado del lecho de mi padre. Cuando Conal no hizo ningún intento de consumar el matrimonio, yo me quedé desconcertada, pero mi padre no tardó en morir y yo lo pasé muy mal. Estaba demasiado asustada para preguntar. Después, él me llevó a Auckland, a su enorme residencia donde vivía con su madre, su hija y sus acaudalados amigos.

—Y..., no necesitas seguir. Puedo adivinar lo que sucedió.

—Supongo que sí. Él me explicó que debía establecerme, familiarizarme con el ambiente antes de hacer algo acerca de nuestro matrimonio. Por supuesto, yo estuve de acuerdo con él. Creo que entonces me di cuenta de que ambos habíamos cometido un error. A pesar de lo tonta que era. Comprendí que él no estaba enamorado de mí. Pero fue necesario que Emily, su madre, me señalara que tampoco quería acostarse conmigo. Sí, era una arpía de primera clase. Aunque ahora ya no la culpo tanto como antes. Estaba encariñada con Claire, la primera esposa de su hijo. Todo el mundo la quería. Cuando me conoció se le debió caer el alma a los pies.

—No veo por qué —se indignó Deb—. Podrías ir a cualquier parte del mundo sin avergonzarte. Eres sumamente atractiva, te vistes muy

bien y tus modales son impecables.

—Tal vez, pero hace seis años yo era muy torpe, no sabía expresarme, no conocía nada acerca de otra cosa que no fueran los temas que estudié en la escuela, y lo referente a granjas, y estaba muy enamorada de un hombre, que debía preguntarse que para qué se había complicado la vida.

—¡Desgraciado!

—Bueno, al principio se mantuvo alejado y fue amable, pero una vez que su madre intervino, hasta eso desapareció. Yo no pude hacerle frente. La vergüenza y una horrible sensación de inferioridad me hicieron parecer aún más torpe y tonta, tanto que él apenas si me hablaba y sus amistades se reían de mí. Para él debe haber sido tan humillante como para mí. La mayoría de las veces, nadie se daba cuenta de que yo entendía sus alusiones y sus sarcásticos comentarios, pero sí los comprendía.

—¡Demostrando que no eras tan boba como pensaban!

—¡Querida Deb, tú defenderías al mismo diablo!

—¡No me siento con ganas de defender a tu desagradable esposo!
—Bueno, para serte honesta, yo tampoco, pero ya no le maldigo tanto como antes. He madurado. Era una situación imposible para todos.

—Él debió hacer algo al respecto.

—No dudo de que trató de encontrar algún tipo de solución.—¿Pero...?

—¡Le encontré con su amante, y como yo era ingenua y torpe…¡ sin nada de tacto, hice una escena. Tuvimos una terrible discusión —ni siquiera a Deb podía contarle cómo terminó y prosiguió apresurada.

— Al día siguiente fui a ver a un abogado, al señor Stretton. , Él aceptó el caso, e incluso me dio la dirección de su hermana aquí, e insistió en que me quedara con ella, al ver que no podía convencerme para que me quedara con su esposa y con él. Me fui. El señor Stretton se hizo cargo de Conal, y ésa es la historia de mi vida.

—¡Es increíble! Recuerdo haberte conocido la primera vez en casa de la señorita Stretton. Me dijo que habías estado enferma, pero a pesar de que te vi un poco pálida, nunca hubiera imaginado que habías sufrido tanto. Puedes decir lo que gustes, pero debes haber necesitado mucha autodisciplina para disimular.

—¡Creo que estaba insensible! De todas maneras, volviendo al presente, ¿qué puedo hacer? —señaló la carta.

—¿No ha tratado tu esposo de comunicarse contigo otras veces?

—No. Le prohibí al señor Stretton que le informara de nada, pero él le amenazó con la policía y el señor Stretton tuvo que hablar.

Un policía me visitó un mes después de haber llegado aquí, y

comprobó que seguía yo con vida. Seguramente el policía de Auckland le aseguró a Conal que el señor Stretton no me había asesinado y ocultado entre sus archivos.

—Supongo que ahora quiere estar seguro de que sigues bien. ¿Acaso le remuerde la conciencia?

—¿Conal? Ni pensarlo. Desconozco sus razones. ¡Maldita sea, pero, supongo que tendré que ir! Necesito ese dinero; Darcie quiere vender la tienda lo más pronto posible y no tendrá ninguna dificultad. Es como si con ello me quitara gran parte de mi herencia.

—¿Qué sentirás al volverle a ver? —Deb sabía el deseo que su amiga tenía de comprar una librería.

—¿A Conal? Me sentiré muy bien. Después de todo, él será quien se lleve el susto. Él no habrá cambiado mucho, pero yo sí.

Sus valientes palabras. Tres semanas más tarde parecían ligeramente huecas cuando el jet de Air New Zeland cruzaba el istmo que separaba los puertos gemelos de Auddand. A un lado de la estrecha franja de tierra estaba Nanukac con sus exquisitos colores que se abrían como a través de una cinta sobre el turbulento mar de Tasmania. Al otro, estaba el Puerto Waitemata, salpicado de islas, pasaje al enorme océano Pacífico y a los mares del Sur.

Ahora que estaba de regreso y que Conal sólo estaba a unos cuantos kilómetros de distancia. Catlin estaba bastante nerviosa. La última escena, la que no le mencionó Deb, volvió con claridad a su mente.

—¡No! —exclamó ella.

El fornido hombre de negocios que estaba a su lado, se le quedó mirando.

—¿Se siente bien? —preguntó con el deseo de llamar a una azafata para que se hiciera cargo de la chica.

—Sí —mintió ella, sonriéndole para tranquilizarle.

Pero no había sido capaz de olvidar esa última discusión, la única en la que el tono desdeñoso de Conal la dejó temblando en silencio. Esa vez, la humillación fue tan profunda que todavía podía recordar el disgusto y la desesperación que sintió al verle con su amante.

No se dieron cuenta de que ella estaba allí. Se suponía que se encontraba en la casa de Auckland, mientras Conal pasaba un fin de semana en la playa, pero Catlin fue a preguntarle si había alguna forma en que pudiera aprender a ser la esposa apropiada para él.

Era la primera vez que conducía por una carretera pública, así que confió en su buen sentido de orientación para llegar al lugar.

Y luego, se encontró con Conal y Belinda Scargill, todavía en la cama. Gracias al cielo que se detuvo antes de que alguno de ellos se

diera cuenta de que estaba allí. No hubiera podido soportar la humillación.

Después, nunca pudo recordar como volvió a Auckland, pero cuando Conal regresó esa noche, el dolor y la congoja la hicieron ponerse tan furiosa, que la obligaron a ir a su habitación a aclarar la situación.

Ella era muy joven y se sentía tan lastimada que no se dejó intimidar por su esposo y fue mordaz al decirle exactamente lo que pensaba de él.

Se comportó tontamente. Después de vivir cinco meses en la misma casa, debía conocerle mejor; le había visto enfadado con bastante frecuencia. El perdía los estribos rara vez, pero entonces le decía cosas que la lastimaban. Catlin pensó cómo era él quien había obrado mal, ella llevaría las de ganar.

Al pensar en ello ahora, sonrió con tristeza. Desde entonces aprendió que no había nadie más cruel que los que se comportaban mal.

Pero Conal se vengó con brutalidad, obligándola a aceptarle como esposo de la manera más primitiva. Conal la violó, e incluso ahora tenía dificultad en aceptar su propia sexualidad y el efecto que tenía sobre los hombres.

Él le debía muchas explicaciones, pero Catlin no estaba dispuesta a llorar más por él.

Ya había dejado ese aniñado enamoramiento años atrás. No había manera de que Conal la hiriera, ni aunque estuviese rodeado de amantes. Si eso era lo que quería no tendría suerte. Ya no podría echarle a perder la vida a ella.

Lo que sí sabía acerca de él, es que si se le provocaba bastante, reaccionaba con violencia.

El jet aterrizó. Hacía un fresco sorprendente en Auckland. Mario era el primer mes del otoño, pero generalmente salía el sol y hacia calor.

Se cerró la chaqueta con un ligero estremecimiento al seguir al botones a su habitación en el hotel. Sabía que su reunión con Conal sería una especie de trauma.

Una vez en el interior de su alcoba, encontró el número de Conal en la guía telefónica, lo marcó y después de unos minutos, halaba con su secretaria.

—El señor Loring está en una conferencia —respondió—. Si quiere dejar algún recado…

—Por favor, dígale que llame a este número, entre las cuatro y las cinco de la tarde —Catlin se lo dio, y terminó diciendo—: Soy la

señora Loring.

—¿La señora Loring? —preguntó desconcertada—. ¿Emily Loring?

—No. La señora de Conal Loring. Adiós.

Cinco minutos después, cuando se cambiaba de ropa, sonó el timbre del teléfono. Sonriendo, Catlin le envió un beso y luego le ignoró, hasta que después de un rato dejó de oírle.

—Bien. Que se enfade —tarareando, cerró la puerta de su habitación, y se dirigió al ascensor.

Dos horas después entró en una tienda y observó divertida cómo una mujer de mediana edad trataba de obligar a una niña a comprarse el tipo de ropa que ella creía debían usar las chiquillas morenas de nueve años y ojos azules. No podía convencerla. Catlin se apiadó de ella, pero le simpatizaba la nena, quien por lo que ella veía, tenía mucho mejor gusto.

—Te hace parecer muy mayor —dijo la mujer agotada—. A tu padre no le gustará.

Catlin intervino con amabilidad:

—Los conjuntos como ése son el furor en Australia.

La mujer desvió la vista y luego, aparentemente al límite de sus fuerzas, le dijo a Catlin:

—¡ Es muy llamativo ¡

—Eso le parece porque no ha visto muchos así todavía —le sonrió Catlin—. La mayoría de las niñas los usarán este invierno. —Y por supuesto eso es lo que ella quiere.

Como si resintiera el hecho de que la ignoraran, la chiquilla se movió inquieta y fijó sus enormes ojos en Catlin. —¿Es usted australiana?

—Vivo allí —algo de esa firme mirada la hizo sentirse incómoda. Esa niña tenía mucho aplomo.

—Bueno… —la mujer mayor cedió y suspiró—. Está bien, lo compraremos. Hemos estado en un montón de tiendas y éste es el único que te gusta. Aunque no sé qué dirá tu padre al respecto.

—Nada, él confía en mí —expresó con cierto desafío.

—Por supuesto que sí. Pues bien, vamos a pagarlo. Catlin sonrió.

—¿Está aquí de vacaciones, señorita? —le preguntó la niña.

—No, estoy aquí por un asunto de negocios. Adiós, que te diviertas con tu nuevo vestido.

A Catlin le dio la impresión de que la señora y la niña no eran parientes. Volvió al hotel.

Tomó el té en la cafetería, y se divirtió observando a la gente que compartía el salón con ella. Tal vez ese pasatiempo suyo tenía sus raíces en los largos días de su niñez, cuando para no sentir la soledad,

utilizaba sus dotes de observación e imaginación.

Estaba tan absorta observando a una pareja a unos metros de distancia de ella, que su nombre tuvo que ser dicho dos veces antes de que se diera cuenta. Al hacerlo, volvió la cabeza con lentitud.

—Conal —dijo con amabilidad, señalando la silla de enfrente—. Siéntate, ¿te gustaría tomar un té?

Su mirada fue dura y muy intimidante.

—No, gracias. Pero me agradaría una copa.

En ese instante, un camarero se acercó a ellos. Les tomó nota y se alejó.

Decidida a no perder la confianza en sí misma, Catlin observó timada:

—No has cambiado nada.

Era mentira. Parecía más viejo, más duro, pero seguía poseyendo esa elegancia y carisma que no pasaban inadvertidos. Pensaba que los seguiría teniendo a los ochenta años, y ocultó su tensión con una sonrisa.

—Tú sí que has cambiado —observó recorriéndole el cuerpo con mirada.

No hubo manera de que pudiera ocultar el rubor que subió a sus tejillas ante esa descarada valoración, pero respondió con dulzura:

—Por supuesto. Crecí. Tú, sólo envejeciste.

Él arqueó una ceja. En el pasado, ese gesto la paralizaba instantáneamente, porque expresaba el tipo de desdén que ella temía. Ahora se entusiasmó al darse cuenta de que sólo la ponía algo nerviosa.

—Realmente has crecido —mencionó sin esforzarse en ocultar que la observaba—. Muy satisfactoriamente. ¿Dónde has estado?

—En Australia.

—Me lo imaginé. Fue parte de tu venganza el hacer que me enfermara de preocupación pensando en cómo te las arreglarías, o sólo fue tu aniñada actitud normal?

Esas tácticas le eran familiares. Siempre había conseguido situarla en una posición en que no tenía razón. Sin embargo, esa vez no pudo.

Haciendo acopio de su madurez para ocultar la tensión nerviosa que experimentaba, Catlin contesto calmada:

—No pensé que te importaría lo más mínimo —sonrió ligeramente burlona—. Después de todo, no habías demostrado ningún interés hasta entonces; si yo estaba equivocada, era un error comprensible.

La miró con desdén.

—Así que querías intranquilizarme. Pues lo conseguiste. Te faltaban por completo todas las cualidades necesarias para sobrevivir,

eras muy inmadura, tenías las emociones de una colegiala retrasada y una mentalidad de tonta.

¿Retrasada? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Retrasada, Conal? Difícilmente, no cuando me fui.

Él se ruborizó y bajó la mirada, ocultando la repentina emoción que sus palabras le provocaron. El camarero interrumpió lo que él iba a decir. Trajo la bebida de Conal, cobró y desapareció.

Catlin se sirvió otra taza de té. Por primera vez se enfrentaba a ese hombre que todavía era su marido, y no aceptaría que la intimidara con su rudeza. Ya habían pasado los días en que sentía tanto miedo que solo era un manojo de nervios, sin habla, y llorosa. Todavía se sentía inquieta, pero lo ocultaba bien y se mostraba confiada.

Pensó que amaba Australia, por el gran alivio que sintió en ese momento. También comenzaba a tener sentido para ella la treta, de Conal, fuera cual fuera la razón por la que la propuso. La única manera de librarse de su influencia, era obligarle a aceptarla como un ser humano responsable.

—Me las arreglé bastante bien— le dijo observándole—. Pero sí, creí que te preocuparía un poco. Después de todo, fue tu sentido de responsabilidad lo que condujo a toda esa ridícula situación, ¿verdad? Yo no quise que supieras dónde estaba, porque no quería que, me volvieran a arrastrar hacia aquí como a una esclava fugitiva.

Conal se quedó mirando la copa, antes de levantar la mirada con agudeza.

—¿Así te sentías?

—Sí, con ese sentido de impotencia y añadió con suavidad antes de que la sabiduría le sugiriera cautela— objeté con violencia que el amo me usara, cuando encontrara vacía su cama.

Él apretó la copa medio vacía. Después de un momento, la dejó a un lado, diciendo con compostura:

—Sugiero que suspendamos las hostilidades hasta llegar a casa. No quiero que me echen de aquí por causar un escándalo.

La imagen de Conal alborotado era tan extravagante que una ligera sonrisa apareció en los labios de Catlin. A pesar de ser esbelto, tenía los hombros anchos y ella recordaba la fuerza de esos brazos y manos.

—No tengo la intención de irme a casa contigo. ¿Para qué me hiciste venir hasta aquí, Conal?

—Para satisfacer mi curiosidad.

—Pues puedes ver.

—Sí

Su comentario le dio la excusa para volver a mirarla lentamente de arriba abajo, y la hizo luchar para controlarse.

Si había aprendido algo durante los meses que compartió su hogar, fue que enfadarse la ponía en desventaja. Su inmisericorde lengua la mantuvo sometida; se sintió eufórica al darse cuenta de que él ya no tenía el poder de aterrorizarla. Ya no sentía ningún complejo de inferioridad.

El se dio cuenta y ella pensó que seguramente cambiaría sus tácticas. Le convenía recordar que todavía seguían en guerra. Desde la primera mirada que le dirigió, su actitud le expresó con claridad que no tenía intención de perdonarle la humillación que le había causado su partida.

Sólo que ahora no había nada que pudiera hacer al respecto. A menos..., lentamente dejó a un lado la taza y el plato sobre la mesa, sosteniéndole la mirada.

—Pareces furiosa —observó con suavidad y su mirada le indicó que le gustaba lo que veía.

A los diecisiete años, no sabía nada de los hombres. Le cautivó su espléndido físico, admiró su sofisticación e inteligencia, adorándole desde lejos como a un héroe. Al principio, él se portó amable, tratándola como a una hermana menor, pero conforme los meses transcurrieron, eso se esfumó y fue reemplazada por la irritación y por una crueldad que mató ese enamoramiento infantil, aunque la dejó totalmente dependiente de él. Y esa última escena de destrucción y el haberla violado, originó que le odiara.

Por supuesto que después superó esas emociones. La madurez y aun su limitada experiencia con otros hombres, le mostraron lo frustrante que la situación debió haber sido para Conal. No le podía perdonar el último acto de humillación, pero podía entender las causas.

Ahora, al observar el atractivo masculino, aceptaba su encanto. Otros hombres lo poseían, varios lo usaron para tratar de animarla a acostarse con ellos. Y no la hicieron ser inmune al tipo especial de Conal porque pudo sentir cómo se aceleraban los latidos de su corazón y cómo le corría la sangre por las venas, al ver su abierta admiración. Pero estaba decidida a que ya no fuera peligroso para ella.

Después de todo, sólo debía recordar que debajo de su excitante personalidad, había oculta una violencia que todavía la atemorizaba en sueños. El saberlo, la mantendría a salvo.

Así que repitió:

—¿Furiosa? — y levantó las cejas mientras sonreía—. No es eso. Estoy de vacaciones. Ya he tranquilizado tu mente acerca de mi bienestar y me llevaré de regreso a casa el dinero para comprar el negocio que quiero. ¿Por qué debería estar furiosa?

—Si lo pones así, no hay razón. pero, ¿no estás dando por sentado mucho? Debes saber que a mí no hay que tratar de presionarme, ¿recuerdas lo que sucedió la última vez que lo hiciste?

—Vívidamente.

—No estoy muy seguro de tu bienestar. Debajo del maquillaje estás ojerosa, casi demacrada. Te veo muy delgada. En cuanto al dinero... —hizo una pausa y sus miradas se encontraron.

Catlin se dio cuenta de que sus sospechas de unos minutos antes estaban bien fundadas. El dinero fue un ardid.

—Vas a tener que convencerme de que esa tienda es una buena inversión —dijo con suavidad observándola fijamente para ver su reacción.

—Tengo las cifras —comentó con tanta desilusión, que por un momento pensó que su resistencia se quebraría.

—¿Por qué no olvidarlo durante una semana? Ven a casa conmigo, descansa, tómalo con calma. Tu antigua habitación esta preparada para ti y Jenny está bastante intrigada con la idea de una madrastra fugitiva —su sonrisa tenía todo el cinismo del mundo—. Exactamente lo contrario de lo que sucede en los cuentos de hadas.

—¿Y tu madre? —preguntó Catlin con dureza.

—¿Mamá? —alzó una ceja—. Ella también, siente curiosidad.

—Aclaremos esto bien. A menos que me quede contigo, la posibilidad de obtener el dinero que necesito sería nula, ¿correcto?

—Digamos que quiero llegar a conocer mejor a la Catlin adulta.

La nota de sarcasmo en su profunda voz la hizo palidecer, pero contestó con rudeza:

—Digas lo que digas, eso es en resumen. ¿Y se esperará que yo te... bueno, satisfaga, para que valga la pena que sueltes ese dinero..., mi dinero?

Por un momento; algo surgió de las profundidades de los ojos masculinos, pero lo ocultó antes de que ella pudiera descifrarlo. Su enfado fue palpable mientras su mirada la azotaba como un látigo.

—Te has convertido en una mujer atractiva, y yo siempre he exigido la belleza como requisito para mis amantes. Creo que puedes considerarte bastante a salvo, Cat, a menos que quieras dormir conmigo, por supuesto. No me gusta desilusionar a una dama —la burla hizo que ella se ruborizara en tanto él proseguía— Recuerdo la última vez. Fuiste dulce por tu ingenuidad, pero no para crear hábito.

El insulto la hizo morderse el labio, pero supo que era mejor no vengarse de él arrojándole la taza de té.

—Entonces, si no tengo otro remedio, me quedaré contigo.

Subconscientemente, lo había esperado. Conal era un adversario

peligroso y su huida de seis años atrás debió haber herido su orgullo. Había confiado en que pudieran volver a encontrarse con indiferencia, pero sus instintos le habían advertido lo contrario. Ella quería obtener su dinero y Conal estaba en situación de poner condiciones. Así que iría con él y aunque sería difícil, porque no tenía tanta fuerza como pensaba, le mostraría a su marido y a Emily Loring que no era la pequeña tonta, cuyo corazón habían roto. Tal vez podrían lastimarla, pero ya no tenían el poder de hacerla añicos.

—Correcto —no mostró triunfo, no lo necesitaba, porque no se le podía ocurrir que saldría derrotado. Estiró una mano—. Vamos.

Ignorándole, Catlin se puso de pie.

—Una semana, eso es todo.

Él sonrió, ocultando la expresión de sus ojos bajo las espesas pestañas.

—Sólo una semana. Después de eso revisaré las cifras que has traído y tomaré una decisión. ¿Cuál es el número de tu habitación? Yo pagaré mientras tú preparas las maletas.

Afortunadamente, sólo había sacado unas cuantas cosas. Al colocarlas de nuevo en su lugar, se dijo desesperada que no era más que una semana. Sólo una semana de su vida. Siete días durante los que tendría que vigilar cada palabra, cada expresión y cada pequeño' gesto.

Podía y tenía que hacerlo. Y luego, regresaría a su casa y una vez allí, trataría de conseguir el divorcio.

Capítulo 2

CONAL conducía un Jaguar muy elegante y cómodo. Al pensar en su pequeño coche japonés, ideal para sus necesidades, pero lejos de estar a la altura de ese opulento monstruo, Catlin sonrió con ironía, y miró a través de la ventanilla mientras el coche corría por el puente del puerto. Abajo estaba la marina en Westhaven, con sus yates y lanchas cerca de las enormes casas club; más adelante estaba North Shore, una península metida en el puerto de Waitemata, dominada por la isla volcánica de Rangitoto a través de un estrecho canal.

Conal vivía al final de la playa Takapuna, su enorme casa de dos pisos estaba oculta de miradas indiscretas en el mar, por enormes árboles que crecían por el risco.

A primera vista, nada había cambiado mucho. Las adelfas seguían con sus sedosas flores, exquisitas y mortalmente venenosas, los amarilis floreaban rosados y blancos, y resaltaban entre arbustos y plantas en los jardines que a la señora Loring le gustaba creer que semejaban una franja de césped inglés. La vid que había encima de la pequeña casa de verano, todavía estaba verde. El romero floreaba rodeado de abejas, y las pequeñas flores sedosas de las verdolagas, brillaban con todos los colores del arco iris.

Debido a la luz solar de la tarde, la casa parecía una matrona respetable, una de las primeras construidas en los días en que el único acceso al North Shore era por trasbordador.

Y como siempre, allí estaba la señora Loring en la puerta, pequeña y erguida, recorriendo a Catlin con la mirada sin intentar darle la bienvenida.

—Catherine, pasa —dijo con su clara y cultivada voz— Supongo que querrás darte una ducha después del vuelo.

—Ya me duché en el hotel —le dijo Catlin.

—¿Qué hotel? —la señora se quedó mirándola.

Conal, quien llegaba detrás de Catlin con su maleta, lo explicó todo, y algo en la mirada (le su madre se derritió.

—Ah, ya veo. ¿Pero cómo pudiste pensar en quedarte en un hotel? ¿Acaso no sabías que tu sitio está aquí?

—No, ¿por qué? Cuando me fui de aquí, dejé muy clara la opinión que tenía de este sitio. Le puedo asegurar que la única razón por la que he regresado ha sido porque Conal insistió en ello.

—Ya veo —respondió Emily enfadada. —Es un asunto de negocios —explicó Catlin con amabilidad.

—Eso creo.

—Subiré tu equipaje —intervino Conal.

Cuando se dirigió hacia la escalera, una pequeña figura apareció en lo alto y miró hacia abajo con interés.

—¡Ah, es usted! — exclamó.

Catlin no se sorprendió al ver de nuevo a la pequeña a quien había ayudado a conseguir su deseo esa tarde.

—Hola —contestó sonriendo . Debí haberte reconocido, Jenny. Tienes los ojos de los Loring.

Y también la delataba ese frío aire de autocontrol. Todos lo tenían, los tres.

Jenny le sonrió, pero todos pudieron ver la cautela. —Señora..., señorita e interrumpió ruborizándose.

—Será mejor que me llames Catlin. Cualquier otra cosa parecería un poco ridícula, ¿o no?

Jenny miró a su padre para que lo aprobara y él asintió.

—Esta tarde, Catlin me ayudó a escoger mi nuevo vestido —les contó con voz clara—. A la señora Jansen no le gusta; pero Catlin les dijo que es el furor en Australia, así que dejó que me lo comprara.

—¿Y cómo es? —preguntó la señora Loring.

—Esperaremos hasta más tarde —intervino Conal con suficiente dominio en la voz para hacer que su madre dejara de lanzar miradas feroces.

Ella asintió y respondió con rigidez:

—Puse a Catherine en la alcoba azul.

Conal la miró.

—Dije que le prepararan su antigua habitación.

Su madre respiró profundamente, pero algo en la dura mirada de su hijo le impidió justificarse.

—Debo haber entendido mal —respondió después de Una pausa.

—No importa —Catlin no deseaba ir a su antiguo dormitorio, pues comunicaba con las habitaciones de Conal por una puerta, que sabía muy a su pesar, no tenía llave.

—Por supuesto que no —dijo él suavemente—. Pero creo que te sentirás más feliz en tu antigua habitación.

Se dio la vuelta y comenzó a subir por la escalera. Por un momento, los sentimientos de Emily Loring se notaron en su amarga expresión antes de volverse y dejar solas a Jenny y a Catlin.

—Creo que se me olvidó el camino —mencionó Catlin después de un momento—. ¿Quieres enseñármelo?

—Sí, por supuesto —en lo alto de la escalera, Jenny preguntó— ¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Cat..., Catlin?

—Todavía no sabe —fue Conal quien habló a través de una puerta abierta, advirtiendo a Catlin con la mirada que no le contradijera.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Tienes un nombre chistoso —comentó Jenny—. ¿Por qué la abuela te llama Catherine?

—Porque mi nombre es realmente el mismo que Catherine. Hace cientos de años eran iguales. Como Guineveve y Jennifer, Jean y Jane.

—¡Ah! —Jenny puso cara de interés—. ¿Y qué hay de Conal?

—Es un nombre irlandés —le respondió su padre—. De hecho, el nombre de soltera de tu bisabuela —se rió ante el desconcierto de su hija y le pellizcó la mejilla—. Si estás tan interesada, te lo explicaré después. Ahora, vete y termina tu tarea. Puedes quedarte más tarde y cenar con nosotros esta noche, ya que es una ocasión especial.

—¡Ah, fantástico! —Jenny le echó los brazos a la cintura y le abrazó con fuerza— Está bien, haré mi tarea, lo prometo. ¿Jugarás después conmigo a los buques de guerra?

—Tal vez.

Mientras observaba a la niña bajar bailando por la escalera, Catlin no dejó de sonreír. Podían haber sucedido muchas cosas desde que se fue, pero los últimos seis años habían fortalecido el lazo entre el padre y la hija.

—Pareces un poco melancólica.

—¿Melancólica? No, sólo pensaba que era agradable.

—¿Reconsiderando la opinión que tienes de mí?

—¿Y por qué debería hacerlo? Siempre fuiste amable con los niños y las personas mayores y nadie dudó nunca de tu amor por Jenny. La cogió del codo y la guió a su habitación.

—Gracias por este testimonio, aunque lo has dicho de mala gana. Debió sentir su instintivo e involuntario rechazo, pero no dijo nada y Catlin se negó a mirarle.

La habitación estaba como la última vez que estuvo en ella, con las pocas pertenencias que dejó. Asombrada, alzó las cejas, mirando con interés y sin temor a su alrededor. Si necesitaba demostrarle lo poco que esos seis meses de su vida significaban ahora para ella, ése era el momento, la reacción al ver esa alcoba, donde dejó de ser una niña. Lo único que sintió fue simpatía por esa pobre chica ingenua quien lloró allí tan amargamente, sollozando sobre su almohada para que el hombre que estaba en el dormitorio contiguo no la oyera. Conal tal vez no estaba preparado para olvidar el pasado, pero ella sí.

—Bien, bien —expresó medio sonriente—. ¿Acaso aquí no ha pasado el tiempo? Por lo menos esperaba que esta habitación hubiera sido redecorada.

Él había dejado la maleta sobre una silla y la estaba observando con cierta burla.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —no iba a dejar que él se enterara de sus pensamientos.

—No hubo necesidad. Como debes recordar, yo soy un hombre cuidadoso. Redecorar cuesta mucho dinero.

—Por supuesto. ¿Cómo pude haberlo olvidado?

Claro que él no era así. No le gustaba desperdiciar, pero podía ser excepcionalmente generoso. Para el cumpleaños que ella pasó allí, le regaló unos pendientes de oro preciosos, y por un momento le hizo sentir que tenía algún futuro con él. Intuitivamente, adivinó sus aspiraciones, los sueños secretos de su corazón e imaginación. Esa velada, Conal fue muy amable con ella.

Pero aquello no duró. Sólo un mes más tarde le encontró con Belinda Scargill; al irse corriendo, se dejó olvidados los pendientes.

Preguntándose con pesar dónde estarían ahora, abrió la maleta y comenzó a sacar sus cosas.

—Viajas con poco equipaje —observó él.

—¿No tienes otra cosa qué hacer?

—No.

—Bueno, es necesario toda clase... —y comenzó a guardar la ropa moviéndose con precisión y gracia. Sorprendentemente no había olvidado dónde iban las cosas; y para su asombro, todo estaba allí todavía, su ropa estaba en el armario en el que ella la dejaba.

—Esto es ridículo —dijo consciente de que Conal estaba sentado en la cama observándola.

—¿El qué?

—¿Por qué no se deshicieron de estos artículos?

—Al principio pensaba que regresarías. Luego, nos parecía probable que mandaras por tu ropa. Pero estabas decidida a sacudirte el polvo de los pies por completo, ¿verdad, Catlin? Nada de lo que te compré te lo llevaste. Supongo que después de un tiempo, nadie pensó en hacer nada con todo esto, así que lo dejaron aquí.

—Pues todo puede sacarse. La mayoría de las prendas ya no están de moda, pero están en buen uso. Alguien puede aprovecharlas. Conal se encogió de hombros y se apoyó en la cama.

—Qué señora tan decidida. Seis años hicieron un gran cambio, Catlin. ¿Qué sucedió durante ellos?

—Ya te lo he dicho..., crecí.

—Eso veo, y ¿cómo? ¿Qué hiciste después de abandonarme? —Fui a la universidad.

—¿En serio? —alzó una ceja. —Sí...

—¿Y...?

Ella suspiró, mientras recogía un abrigo.

—Trabajé llevando la contabilidad de una gran empresa. Más tarde decidí que prefería trabajar en una organización más pequeña y me cambié de empresa. Allí conocí al dueño de la tienda que quiero comprar.

—Acerca de lo que no hablaremos.

—Durante una semana —sacó una carpeta de su maletín y se la tendió—. Toda la información está aquí.

—¿Qué harás si me niego a darte el dinero?

—Romper el fideicomiso. Puedo hacerlo…, ya cumplí veintiún años y soy la única beneficiaria.

—Podrías, si fueras la única beneficiaria, pero no lo eres. Tu padre, con toda sabiduría, hizo también beneficiarios a los hijos que puedas tener y estoy seguro de que no tengo que decirte que el tal fideicomiso no puede romperse.

—Quisiera ver eso.

—Tu abogado, John Stretton lo sabe.

—¡Ah! —debía tener razón, no había razón para que le mintiera, pero no estaría mal que lo hablara con el señor Stretton. Y si eso era cierto, él tendría poder sobre ella, hasta que pudiera probar que no habría más herederos. Tuvo sospechas. Le miró de reojo y vio sus delgadas y angulares facciones, y su espléndido cuerpo relajado en la cama. Se había quitado la chaqueta y la camisa se le pegaba al torso, acentuando su atractivo.

Con la boca seca, ella terminó de doblar un vestido y lo metió en la maleta.

—Entonces, tendré que ir a cambiar los términos del fideicomiso —dijo.

—¿De qué manera?

—O deshacerme de ti, alegando conflicto de intereses o por lo menos hacer que se nombre a otro fiduciario.

—Tendrías problemas en demostrar conflicto de intereses, como estoy seguro de que Stretton te señalará. Tus inversiones se han mantenido separadas de mis otros asuntos, y las he administrado tan bien como para doblarlas.

Catlin tuvo que controlar su mal humor, pero notó su tono frío y juicioso al señalárselo.

—Tal vez sea así, pero no estoy segura de que no tendré ninguna dificultad en demostrar que en lo que a mí se refiere, no eres exactamente imparcial.

—Ah, vamos, ¿insinúas que dejaría que mis sentimientos personales interfirieran en mis acciones? —sonrió con cierto cinismo.

—No insinúo nada. Y en cualquier caso, esta conversación no tiene objeto ya que no has visto las cifras ni tomado una decisión.

—Por supuesto —la observó detenidamente. Catlin se ruborizó y deliberadamente le dio la espalda.

Él estaba decidido a que ella actuara como él quería. Esa semana quería tenerla en ascuas, para que estuviera claro que si no se comportaba como deseaba, no tendría ninguna esperanza (—le conseguir el dinero.

Se dijo que era necesario ceder. Por supuesto, le había valido la pena ver la sorpresa tanto en sus ojos como en los de su madre cuando la vieron. Eso sirvió para curar sus viejas heridas. Y cuando regresara a Australia con el dinero para comprar la tienda y la mercancía, pensaría que la semana que había transcurrido en su compañía, había sido un pequeño precio. Después de todo, él estaría en el trabajo durante el día.

—Maduraste de forma encantadora —observó él con suavidad, sorprendiéndola al sentarse—. ¿Qué edad tienes ahora'?

Él lo sabía, por supuesto.

—Veinticuatro. Por lo tanto tú tienes treinta y dos, ¿no es así?

—Cierto. ¿Nos extrañaste cuando te fuiste, Catlin? Le miró extrañada.

—Sí, como si me hubiera desecho de una plaga.

—¿Tanto nos odiabas?

La garganta se le secó al recordar el dolor.

—Uno no odia a la plaga. La teme, la soporta y se alegra cuan todo ha pasado.

—Ya veo —se puso de pie y cruzó la habitación hacia la puerta que comunicaba con la otra habitación. Con la mano en el picaporte le dijo con brusquedad—: La cena estará preparada a las siete y media. ¿Quieres darte un baño?

—No, dátelo tú primero —dijo repentinamente agotada.

Era una suite que tenía dos habitaciones principales. Entre ellas había un pequeño vestíbulo cuyas puertas daban a un baño y a un vestidor que Conal usaba. El baño era grande, pero a Catlin le molestaba tener que compartirlo. Pensó que no iba a correr el riesgo de que él entrara mientras ella se duchaba. Durante esa semana, ella se arreglaría mientras él trabajaba.

Por el momento se sentía cansada. El vuelo no había sido nada, pero todos los acontecimientos que le habían sucedido, la habían agotado. Odiaba vivir en constante tensión, poniendo atención a cada palabra, escuchando los silencios y observando todo a su alrededor. Se cambió y se acostó. No tardó mucho rato en dormirse. Cuando

despertó, estaba todo oscuro. Una rápida ojeada al reloj le reveló que tendría que apresurarse para bajar a tiempo para la cena. Afortunadamente, el trabajar le había enseñado a arreglarse para una velada en poco tiempo.

Media hora más tarde, bajaba por la escalera. Se había puesto un elegante vestido de color beige con un elegante cinturón dorado en la cintura.

Cuando entró en el salón, Jenny alzó la vista de un libro y sonrió dándole a entender que estaba dispuesta a que fueran amigas Su padre estaba parado ante la ventana, con ambas manos sostenía una bebida. Catlin pensó resentida que él siempre estaba atractivo. Ante su aparición, volvió la cabeza. Por un momento algo brilló en las profundidades de sus ojos luego fijo con suavidad.

—Justo a tiempo, aunque hubiera valido la pena esperarte. Ella evitó su mirada y se sentó al lado de Jenny en el sofá.

—¿Qué estas leyendo?—Le preguntó. La niña le dirigió una rápida mirada a su abuela.

—La pequeña casa de los bosques – le dijo en voz baja, como si en esa casa fuera pecado leer.—se Laura Ingalls Wilder.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! – exclamó con la mirada iluminada.

—¡Que suerte tienes! Hay otros cinco o seis volúmenes que siguen a ése.

—¿en serio? —.Jenny se alegró por su buena suerte.

—Así es.

—Deja a un lado tu libro, Jenny –le ordenó Emily—. No es de buena educación leer cuando se tiene invitados.

Mientras Jenny obedecía, Conal le preguntó a su esposa que qué quería tomar.

—Vino blanco seco, si tienes, por favor.

La señora Loring se quedó mirando su copa de jerez.

—Creo que está muy de moda ahora tomar vino blanco —comentó.

Sonriendo ligeramente, Catlin aceptó la copa de Conal.

—Es el único alcohol que resisto. Todo lo demás me sienta mal. El sonido del timbre de la puerta detuvo la conversación sobre el tema. Cuando Conal miró inquisitivamente a su madre, ella dijo:

—¿No recordabas que los Perrotts vendrían a cenar?

—Sí, me lo dijiste, lo había olvidado.

Catlin comprendió que Emily no se lo había comunicado a su hijo, que los Perrotts probablemente fueron invitados después de que ella se enterara de su llegada, y Conal también lo sabía.

Los Perrotts eran una agradable pareja, hermano y hermana; Lee y

Angela, demasiado corteses para expresar su asombro cuando Conal la presentó como su esposa. Lee era unos años menor que su anfitrión, unos centímetros más bajo, y un poco más fornido. Angela era encantadora, tenía el cabello oscuro y lo llevaba recogido. Antes de que terminara la velada, Catlin se dio cuenta de que no era muy inteligente, pero pensaba que con un aspecto y unos modales como los de ella, no necesitaba cerebro. Trabajaba en una agencia de viajes y sin lugar a dudas, hacía perfectamente bien su trabajo.

Y el hecho de que escuchara cada una de las palabras de Conal con la atención que generalmente se dedica a demagogos y a estrellas populares, no era razón para que Catlin se portara mal con ella. Después de todo, hacía seis años que ella había dejado de exigirle nada. Lo último que deseaba era algún tipo de reconciliación. Paz, tal vez una tregua, pero nunca se volvería a poner en posición de estar subordinada a él. Ése fue el motivo de su huida a Australia, quería descubrirse a sí misma, antes de que las circunstancias destruyeran para siempre su verdadero carácter. Mientras vivió con su padre, ocupó el lugar del hijo que él no tenía, y su personalidad no se pudo desarrollar. Conal tampoco le ayudó en eso, tuvieron que transcurrir seis años para que se pudiera deshacer de esa sensación de falta de valor, y nunca volvería a someterse a ello.

—¿Cuánto se quedará aquí? —le preguntó Lee Perrotts.

—Todavía no estamos seguros —anunció Conal con suavidad ¿Más vino, Catlin?

—No, gracias.

Y cambiaron de tema, por lo menos durante una hora más o menos, hasta que Lee se sentó al lado de Catlin, mientras Angela y Conal elegían un disco para poner en el estéreo.

—¡Hola, dama misteriosa! —le dijo él sonriente y con una mirada un poco descarada—. Sabes que has dejado apabullada a Angie. Ella tenía muchas esperanzas de convertirse en la señora de Conal Loring. Por supuesto que sabíamos que en alguna parte había una ex, pero nadie nos dijo nunca que era una belleza, ni que tampoco era una ex, sino que seguía siendo la señora. Dime, ¿dónde estuviste todos estos años?

Catlin pudo haber dicho que encontrándose a sí misma, pero no lo hizo, sólo le mencionó donde vivía sin dar detalles y él sonrió.

—Y eso es todo lo que voy a saber —dijo él entendiéndola— Me parece justo. Veo a Conal mirando hacia aquí con demasiado interés, así que será mejor que discutamos algún tema que no se preste a controversias.

Catlin se rió. Sólo necesitó unos cuantos minutos para descubrir

que debajo de ese descarado exterior había un buen cerebro. Discutieron amistosamente sobre las ventajas de la exploración del espacio, hasta que Angela se acercó a ellos y dijo en tono cauteloso:

—Lee, debes estar aburriendo a Catherine, por no mencionar a los demás. ¿Por qué no hablas de algo que venga al caso?

—Mi nombre —dijo la joven deliberadamente—, es Catlin. C—a—t—l—i—n.

Se hizo un pequeño silencio. Angela se ruborizó.

—Creí... –dijo sin aliento — Por lo menos estoy segura de que la señora Loring te llamó Catherine. Lo siento.

—Así me llama –aceptó de buen humor—, pero es la única. Estoy acostumbrada a repetir mi nombre, es tan poco oído que a la mayoría de la gente le cuesta trabajo acostumbrarse y normalmente me recuerdan como la mujer con el nombre raro.

Angela asintió, otra vez con compostura, pero Lee murmuró en voz baja:

—Eso no es por lo que yo te recordaría.

—¿Es apropiado, no crees? – intervino Conal.

Catlin se apoyó en el sofá y le sonrió .

Él se acercó y le acarició el hombro desnudo. Su contacto le era odioso, pero no podía protestar y él lo savia.

Angela y Lee también observaban esa mano posesiva. Los ojos de Lee brillaban con interés, pero su hermana desvió la vista, tragando como si el verlo fuera una agonía para ella.

Conal sólo tenía ojos para su esposa.

—Conal —era Emily desde el otro lado de la habitación, con la voz poco firme—. ¡Querido, se acaba de meter un grillo! ¿Crees que podrías...?

Conal bajó la persiana ante los ruegos de Angela para no matarle, y el incidente terminó. Catlin se quedó con un sabor desagradable.

Capítulo 3

—Creo que será mejor que hablemos —dijo Catlin cuando subieron juntos por la escalera.

—¿En tu dormitorio o en el mío?

Ella se mordió el labio. No entraría en su alcoba. Emily evitó con éxito cualquier oportunidad de una charla privada, al demostrar con claridad que estaba decidida a quedarse levantada toda la noche, y a no dejarles solos.

—¿Qué te parece en el estudio? —le dijo ella.

—Yo estoy a punto de irme a la cama.

—Supongo que entonces en mi alcoba —al abrir la puerta le dijo— ahora.

—Estás abusando de tu suerte, Catlin. Nadie me da órdenes.

—A mí tampoco. Y nadie, nadie me maltrata sin mi permiso. No sé a qué jugabas allí abajo y no quiero saberlo, pero no tomaré parte en ello, Conal. Si no me dejas en paz, regresaré al hotel.

—Soy tu esposo, tengo derecho a tocarte.

—Esa idea ya pasó de moda hace mucho —replicó desdeñosa— ¡ No tienes nada! Ningún hombre posee derechos sobre mí a menos que yo se los conceda, y cuando te dejé hace seis años, creo que fui muy clara en lo que pensaba acerca de tus derechos.

—Así fue..., y públicamente.

—Entonces no lo pensé bien, pero dudo que hubiéramos podido llegar a acuerdos más amigables. Después... —se detuvo precipitadamente. Su lengua tocó su labio antes de terminar—, después de lo que sucedió.

—Supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro para decirte que me apena el comportamiento que tuve antes de que te fueras. La única atenuante que tengo es que me sentí tan desgraciado por los acontecimientos como tú, y no parecía que pudiera hacer nada al respecto. Nunca quise hacerte daño, y sin embargo, cada día que pasaba, te hería más y más.

Se dirigió a la ventana y después se volvió a mirarla.

—Estabas tan indefensa que me enfade _ continuó él después de un momento—. Cuando entraste esa noche y comenzaste a gritarme, perdí el control por completo. Nada que pueda decir disculpará lo que hice, pero si te sirve de consuelo, estuve a punto de volverme loco cuando huiste.

Por supuesto, era sólo una forma de hablar. Ella no podía imaginar a Conal preocupándose tanto por nadie, tal vez sólo por Jenny. Sin embargo, se había disculpado. No por haberse acostado con Belinda,

ni por hacerle vivir como en el infierno antes de ello, pero no podía esperar demasiado.

Pensó con amargura que eran muy civilizados. No hirieron ninguna referencia a la violación, una disculpa tranquila y ella tenía, sin lugar a dudas, que portarse con agradecimiento.

—¡Catlin!

—Sucedió hace seis años –mencionó ella sin emoción— Si quieres mi perdón, lo tienes. Ya no me importa mucho.

—Sin embargo, no soportas que te toque.

Una pausa. Catlin se quedó rígida. EL continuó con suavidad: —¿Me imagino que sólo te sucede conmigo? ¿te pones rígida y te encoges cuando cualquier hombre te acaricia?

—Eso no es asunto tuyo.

—No estamos divorciados.

Ella frunció el ceño. Le dirigió una mirada cautelosa y se topó con cierto desconcierto, con una impasible y fría expresión, que ocultó a toda prisa. ¿Qué diablos estaría pensando ahora?

—Yo considero que nunca estuvimos casados.

—Legalmente lo estamos..., todo está firmado, sellado y consumado. ¿Por qué no te divorciaste de mí, Catlin?

—El vivir en Australia no facilitaba la situación. De todas maneras, te abandoné. En ese tiempo tú debiste haberte divorciado de mí por abandono, yo no tenía motivos, excepto tu crueldad.

—O adulterio.

Ella desvió la mirada, recogió su cepillo del tocador y aceptó sin expresión:

—Sí, por supuesto —y antes de que él le preguntara que por qué no hizo uso de eso, ella preguntó—: ¿Por qué no te divorciaste tú de mí?

—No era necesario. No sentí ninguna necesidad de casarme de nuevo.

—Pobre Angela —dijo con dulzura—. ¿No crees que deberías decírselo?, y a Emily también. Ella parece creer que necesitas una esposa, si es que su comportamiento de esta noche es indicio de sus sentimientos. Dime, ¿sigue sin estar enterada de tus actividades amorosas, extramatrimoniales?

De repente, Catlin se asustó. Moviéndose con la agilidad que una vez tanto admiró, Conal se paró frente a ella, con una fría expresión.

—Por supuesto que no discuto mis amoríos con ella —dijo con suavidad, quitándole el cepillo de los dedos—. Pero imagino que está al tanto. Siempre hay alguien ansioso de chismorrear, con la esperanza de hacer daño.

—¡Ah, siempre! —replicó ella.

Él estaba demasiado cerca, sus hombros tapaban la luz de una de las lámparas de la alcoba. Podía oír el sonido de su respiración, inclusive percibir una provocadora insinuación de su aroma masculino.

Si ella se movía hacia atrás, él ganaría terreno, por lo que se quedó mirándole con desafío. Él colocó el cepillo en su sitio. Al hacerlo, le rozó su cadera. Su contacto la atormentó, pero alzó el rostro determinada a no mostrar ninguna emoción. Ése era el tipo de juego que a él le gustaba. Ella nunca volvería a darle la satisfacción de saber el buen éxito que tenía.

Él le sonrió con los ojos entrecerrados mientras la observaba. Lentamente, levantó la mano y le tocó el pendiente. La calidez de sus dedos sobre su piel, hicieron que la sangre corriera por sus venas, pero ella no hizo ningún movimiento, tan sólo se le dilataron las pupilas.

Los pendientes que llevaba puestos eran de oro. Con exasperante lentitud, Conal le quitó uno y luego el otro, aprovechando la oportunidad para acariciarla muy sutilmente, deteniendo el dedo en el oído para sentirle el pulso.

—¿Me tienes miedo, Cat?

—Por supuesto que sí; sentía verdadero temor. Él seguía sonriendo, pero ella podía experimentar otros sentimientos más oscuros. Luchando contra sus emociones, alzo las pestañas para revelar una expresión de calma.

—¿No tengo razón? —preguntó con suavidad.

Él entrecerró los ojos al recorrer su cara. Ella se dio cuenta de su asombro y se alegró en su interior con una fría y deliciosa sensación de victoria. Su intento de excitarla físicamente había tenido éxito, pero él no lo había notado.

Ahora sabía que podía hacerle frente.

—Tal vez—mencionó él después de unos minutos de intenso escrutinio. Le agarró la muñeca—. Interpretaste mal lo que dije. No quiero volver a casarme otra vez, pero sí necesito una esposa, aunque sólo sea para darle a Jenny la vida hogareña que tienen sus amigas. Mamá lo ha hecho muy bien hasta ahora, pero este último año, no se ha sentido muy bien. Le agota correr detrás de Jenny. Creo que teme tener que guiar a otra adolescente.

Catlin abrió enormemente los ojos. Él le sonrió con suavidad.

—Yo le causé problemas.

—¿Tú? Si, me contó más de cien veces lo perfecto que eres, que eras, y siempre serás.

Le apretó la muñeca.

—La gracia no va contigo, Cat.

La enfureció la forma tan insolente de acortar su nombre, y él se dio cuenta.

—Me da gusto no tener que preocuparme de tus opiniones —le dijo entre dientes mientras trataba de liberar su muñeca.

Fue una tontería hacerlo. Él se rió, inclinó la cabeza y la besó, sosteniéndole la cabeza entre sus manos, mientras aprovechaba su pasmoso asombro para obligarla a abrir la boca.

Cuando terminó, ella estaba temblorosa y pálida; se puso el dorso de la mano sobre su lastimada boca mientras luchaba por controlar su reacción. Cuando acababa de llegar a Australia, tomó unas clases de autodefensa; era más que capaz de defenderse sola, pero el beso de Conal la pilló desprevenida.

—¡No me mires así! —exclamó él con rudeza—Por todos los cielos, Catlin, ha sido un beso..., nada más.

Temblando, ella cerró los ojos dejándole asombrado. Cuando pudo hablar, le dijo:

—Me voy —y luego repitió en voz más alta—: Debo irme.

—¡No! —Conal la sujetó obligándola a quedarse quieta. Él también estaba pálido—. ¿Es eso lo que te hice? –preguntó —. ¿No puedes soportar que un hombre te toque?

Para entonces, su valor comenzaba a volver. Un amargo orgullo la hizo levantar la cabeza.

—Sólo tú. Los demás hombres no me preocupan lo más mínimo.

—Ya veo —la soltó con lentitud, volviéndose para que ella sólo pudiera verle el perfil. Algo en lo profundo de su ser, la hizo emocionarse. Él parecía destrozado.

Volviendo a enfadarse de nuevo, pensó que eso era bueno. Que se lo merecía. Su instintiva repugnancia, porque eso debía ser lo que era, le golpeó donde más dolía, en su orgullo sexual.

—¿Y ha habido otros?

—¿Tú qué crees? Cuando te abandoné, estaba muy confundida, mi auto—confianza no existía. Tenía la extraña idea de que debía probarme a mí misma, fui a la universidad para convencerme de que no era ninguna tonta; aprendí a cocinar y a manejar una casa para ser una buena anfitriona, incluso practiqué los deportes que tú considerabas tan importantes. A mí me parecía esencial demostrarte que podía hacerlo. Supongo que porque me llamaste niña. Parecías preferir a mujeres con experiencia, así que en eso me convertí —se rió con cinismo—. Afortunadamente, después de un par de años, volví a mis cabales y me di cuenta de que ningún hombre valía la pena. Ahora soy mucho más discriminadora.

Él la miró y ella continuó:

—Así que si quieres divorciarte de mí por infidelidad, podrás hacerlo, Sin embargo, te prometo no avergonzaros ni a ti ni a Emily, mientras esté aquí. Al igual que a ti, no me interesan las aventuras de una noche.

—¿Ahora tienes un amante? —le preguntó.

—Sí —mintió y observó con placer cómo su expresión se endurecía —. Aunque eso no es asunto tuyo.

—Eso sigues diciendo —se dirigió a la puerta que separaba sus habitaciones como si su confesión le hubiera dado tal repulsión, que no soportara verla por más tiempo—. Me sorprendes. Yo hubiera pensado que tenías más carácter y que no perdías tan fácilmente el control. Y antes de que olvidemos todo el incidente, aclaremos una cosa. Esa noche, luchaste con todas tus fuerzas, pero me deseabas tanto como yo a ti. Provocaste mi furioso ataque..., ya entonces poseías una lengua viperina.

—¡Muy bien! ¡Tenía yo razón más que suficiente para estar enfadada! ¿O crees que debía haber aceptado a tu amante como mi mejor amiga? No me violaste porque querías acostarte conmigo, lo hiciste porque estabas furioso y te hizo sentir bien usar tu fuerza par someterme. Me violabas o me golpeabas, y para entonces, ya me conocías bastante bien como para darte cuenta de que me humillaría más.

—En realidad así fue —dijo con suavidad, desnudándola con lo ojos para hacerla ruborizar de vergüenza—. Aquello me hizo sentir bien. En cuanto a lo demás... sí, reconozco que estaba furioso con tigo, pero te deseaba. En cuanto te toqué, te excitaste; cuando terminamos en mi cama, estabas loca por mí. Tu propio deseo te traicionó. Por eso odias mi contacto, porque temes la respuesta de tu cuerpo. La última vez te enloquecí.

—Y luego me lastimaste.

El encogió los hombros ante la amarga acusación de su voz

—No había nada que pudiera haber hecho al respecto.

—Pudiste haber sido más amable.

—Tal vez. Puedes estar segura de que no sabía lo que hacía. Si me hubiera dado cuenta..., pero tú también me habías enloquecido Me había casado con una colegiala, y no esperaba encontrarme con una tigresa en mi cama. De todas maneras te hubiese dolido mucho Cat. Imaginé que como habías montado durante mucho tiempo a caballo, la primera vez sería fácil para ti. Me equivoqué. La segunda vez no dolió, ¿o sí?

Catlin estaba escandalizada por oírle confesar que había pensado

en hacerle el amor antes de esa ocasión traumática, pero lo que le molestaba era lo que implicaba su pregunta. ¿Qué otra cosa podía decir excepto no? Como de costumbre, él tenía razón, lo sabía ahora" aunque no lo supo cuando como una ingenua jovencita de dieciocho años, no sabía que algunas mujeres encontraban doloroso el primer acto amoroso.

—Entonces, ¿por qué sigues culpándome por algo que era inevitable? —le preguntó él con frialdad—. Siento que tu iniciación te, hubiera desilusionado tanto. Supongo que a las mujeres les gusta recordar con ilusión a su primer amante, y yo te privé de eso. Sin embargo, debes haber almacenado muchos recuerdos agradables para ayudarte a olvidar mis brutales abrazos.

Sus palabras la hacían sentir culpable y tonta. Perdió algo de su confianza, pero no permitió que la manipulara.

—Bastantes —dijo con calma, obligándose a sonreír como si recordara algo—. ¿Así que piensas que todo lo que sucedió fue por mi culpa? O sea que yo no tenía derecho a estar resentida por el hecho de que Belinda y tú fuerais amantes, y no tenía ningún motivo para pelearme contigo, y no debía haberme sentido mal porque me violaste, ¿no es así? ¿Por qué lo hiciste, Conal? Tal vez yo me excité, pero no quería hacer el amor contigo y tú me obligaste. Por lo que a mí respecta, eso es violación.

—Estoy de acuerdo —abrió la puerta de su habitación y se quedó parado allí con expresión ausente y aburrida—. Y ya me he disculpado. No me siento orgulloso por el incidente. Ahora ya veo cómo te afectó..., tu reacción a mi tacto es exagerada, me siento menos orgulloso. Pero me niego a cargar con toda la culpa. Tal vez cuando comprendas por qué me obligaste a actuar así esa noche, te sentirás libre.

—Soy libre.

—¿Libre? Eres tan consciente de mí, que cada vez que estamos en la misma habitación...

—¡Calla! —olvidando toda cautela, Catlin dio unos pasos hacia él, levantando una mano para darle una bofetada.

—No seas tonta —eso la detuvo—. Cálmate, Cat. Me odias, pero tú y yo tenemos asuntos pendientes, y te quedarás aquí hasta que los resolvamos.

—Me iré mañana.

—Hazlo y puedes despedirte de tu dinero —cuando ella abrió la boca para hablar, Conal le cogió de la barbilla, alzándosela para poder verle el furioso rostro—. Tal vez podrías destituirme de ser el fiduciario, pero eso llevaría tiempo y perderías la oportunidad de

comprar ese negocio tan especial para ti. Si te portas bien, haces lo que se te dice, y las cifras son lo bastante respetables, tendrás tu librería.

—No seas tan condescendiente. Ahora tengo veinticuatro años, Conal, no dieciocho, y no estoy cegada por mi primer enamoramiento.

—No, no lo estás, pero en realidad nunca se te ha pasado, ¿verdad? —sonrió con amarga ironía—. Querida mía, sólo haz acopio de un poco de autocontrol —al decirlo le dibujó los contornos de sus labios con el dedo.

Ella resistió el impulso de morderle, y apartó con fuerza la, barbilla.

—Como no tengo otra alternativa, me quedaré. Pero lo que dije, es en serio. Haré que te destituyan tan pronto como pueda. No voy a seguir soportando tus órdenes cada vez que quiera dinero.

—¿Por qué no vives de él? Tus ingresos son lo suficientemente altos como para que lleves una vida mucho más cómoda.

—Porque me moriría de aburrimiento — le miró resentida _Pasé seis meses viviendo así Conal, ¿recuerdas?, y casi me volví loca.

—Así que aprendiste algo siendo m¡ esposa —le sonrió—. Buenas noches, Cat. Te veré mañana.

Catlin tardó más de una hora en dormirse, y casi de inmediato le pareció que la despertaba alguien llamando a la puerta. Bostezando, confundida, encendió la lámpara que tenía al lado de la cama y trató de ver el reloj. Eran las tres y media.

—¡Voy! —gritó, levantándose de la cama, pero Conal ya había entrado en la alcoba.

—Algo le ocurre a mamá —le dijo mientras ella se ponía la bata—. He llamado al médico y viene para aquí con una ambulancia, pero Jenny está despierta y perturbada. ¿Puedes consolarla?

—Por supuesto, Conal. ¿Qué...?

—No sé.

Ella asintió y cruzó la puerta antes que él. Cuando se dirigía al dormitorio de Jenny, él le dijo desolado:

—Podría ser un infarto.

—¡Ah! —no le dijo más, pero le cogió la mano consolándole. Por un momento él titubeó, luego correspondió al apretón antes de dirigirse a la alcoba de su madre.

Jenny estaba llorosa.

—Oí un ruido —sollozó—. Un ruido horrible, Catlin, ¿qué ha sucedido?

—Está bien, cariño —Catlin se sentó a su lado y le cogió las manitas entre las suyas—. La abuelita está enferma, pero papá ya se

ha hecho cargo de todo. El doctor viene en camino.
—Se..., ¿se va a morir?
—No veo por qué. Es una mujer fuerte, tanto como tu papá y tú.
—Esta noche me enfadé con ella —murmuró llorando—. Hoy quería que se fuera y me dejara en paz.
—Y supongo que ella también se molestó contigo, pero a ti no te ha ocurrido nada, ¿verdad?
Negó moviendo la cabeza.
—Y piensa en todas las veces que has estado disgustado con ella y no ha sucedido nada. Todo el mundo riñe algunas veces con las personas que quiere..., así es la vida. ¡El hecho de que te hayas enfadado con tu abuelita esta noche, no significa que tú seas la culpable de que ella esté mala!.
Se hizo el silencio mientras Jenny digería esas palabras.
—Supongo que estaba siendo un poco tonta —reconoció con timidez—. ¿Te quedarás conmigo?
—Sí, hasta que te duermas.
Catlin apagó la lámpara grande, dejando sólo la de la mesilla encendida. Jenny se volvió a acurrucar contra la almohada, sin soltarle ¡a mano a Catlin, y aunque se quedó acostada con, los ojos cerrados, no se pudo dormir.
Al cabo de unos minutos llegó el médico; y pocos después las intermitentes luces rojas anunciaron la llegada de la ambulancia.
—¿Catlin?
—¿Sí, cariño?
—¿Estás segura de que se pondrá mejor?
—Estoy bastante segura. Como te he dicho, tu abuelita es fuerte. No se quiere morir, y con eso tiene más de la mitad de la batalla ganada.
Al cabo de unos segundos, llamaron a la puerta.
—Debe ser papá —dijo Catlin—. Quédate quieta mientras yo hablo con él, ¿quieres?
—Parece que ha sido un infarto. No muy fuerte, pero tendrá que estar en el hospital unos días. Ahora voy a ir con ella. ¿Te importa quedarte con Jenny?
—En absoluto.—Su rápida respuesta apartó un poco la tensión de su expresión
—Buena chica —le dijo, y besó a Jenny antes de marcharse; Catlin se quedó mirándole cuando salió de la habitación. Jenny la llamó. Ella suspiró, se volvió y entró de nuevo en la habitación de su hijastra.
Media hora más tarde, dijo cansada:
—Escucha, cariño, ¿por qué no vienes a pasar el resto de la noche

conmigo? Tengo una cama grande en la que hay bastante sitio para las dos. Y dejaremos la puerta que hay entre el dormitorio de papá y el mío abierta, para que si llama, le podamos oír con facilidad.

Esa sugerencia fue recibida con tanta ansiedad, que Catlin sintió una punzada de advertencia en el corazón. Sería una crueldad permitir que Jenny se encariñara con ella cuando sólo planeaba estar allí una temporada. Pero esa noche la niña necesitaba que la consolaran.

Una vez acostada, Jenny le dijo:

—Los domingos por la mañana, papi algunas veces me deja meterme en su cama. Hueles muy bien Catlin.

—Tú también.

La niña se volvió, y acurrucó la espalda contra Catlin.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches.

Al amanecer, Catlin se despertó. A su lado, Jenny dormía acurrucada contra ella, con la mejilla apoyada contra su brazo. Catlin oyó la voz de su esposo, ligeramente sarcástica.

—¡Extrañas compañeras de lecho! ¿Te has dado cuenta de que ya casi son las ocho?

Sin molestar a la niña, Catlin volvió la cabeza. El estaba parado al lado de la ventana con una taza de café en la mano, vestido con un traje oscuro.

—¿Cómo está?

Dejó la taza sobre una mesa.

—Se aliviará. Fue un amago de infarto.

—¡Qué bien! —Catlin se volvió a mirar a la niña que estaba acurrucada confiadamente contra ella—. Espero que con esto no haya quebrantado uno de tus mandamientos domésticos. No podía dormirse estando sola.

—Pareces muy dulce. Es difícil saber cuál de las dos es la niña cuando las dos estáis dormidas. No, nuestros mandamientos domésticos no prohíben encontrar consuelo sea en la forma que sea. Pero es hora de que se despierte. La dejaré en la escuela al ir al trabajo.

—Ah, pero podría quedarse...

—Ése sí es un mandamiento doméstico. Nada, absolutamente nada, a no ser que ella esté enferma, puede impedir que vaya a la escuela. Se sentirá mejor teniendo en qué ocupar la mente.

Cosa que era probablemente cierta, pero, ¿no podía entender que para una niña de la edad de Jenny, debía ser una experiencia muy desagradable que se llevaran a su abuela al hospital?

—¡Eres duro! —le dijo después de un momento.

—¿Te sorprende?

—No. Está bien, si sales de aquí, la levantaré.

Catlin esperó un momento a que se le pasara el rubor para despertar a Jenny con dulzura.

Se despertó con rapidez y le dio un beso a Catlin en la mejilla antes de correr a la alcoba de su padre.

Como el ama de llaves no vivía en la casa y no llegaba sino hasta las ocho y media, Catlin tuvo que preparar el desayuno. Jenny charlaba animada, ya completamente tranquilizada por su padre. Conal debió haberse preparado su propio desayuno, porque se sirvió una taza de café, rechazando lo que Catlin le ofreció.

—Me imagino que sabes conducir, ¿verdad? —preguntó Conal.

—Sí —sólo ella supo cuánto placer le dio su respuesta.

—Entonces, será mejor que te enteres de las diferentes reglas que hay entre los caminos que tú conoces y los de aquí. Hay una copia del código de la circulación sobre mi mesilla. El transporte público no funciona muy bien aquí y cuando mi madre esté lo suficientemente bien como para recibir visitas, Jenny querrá ir a verla.

—Sí, por favor. ¿Cuánto tiempo estará en el hospital, papi?

—No lo sé. Me temo que unas semanas —mientras hablaba, miró a Catlin y sostuvo su mirada durante un largo rato. Luego le sonrió a su hija. Hoy iremos a recoger minerales.

Cuando llegó la señora Jansen, se sorprendió al enterarse de lo que había pasado, y necesitó tomarse una taza de té para tranquilizarse.

—Pobre señora, pero menos mal que no se ha quedado paralizada.

—Bueno, Conal no dijo que lo estuviera, y no me pareció preocupado.

—Eso no quiere decir que no lo esté —dijo la señora Jansen—. Él no exterioriza sus sentimientos con facilidad.

—Tiene usted razón, pero creo que en ese caso me lo hubiera dicho.

—Bueno, me alegro. Así podrá descansar. Ha estado haciendo más de la cuenta, y Jenny la mantiene muy activa, haciéndola correr de un lado a otro. La señora Loring está decidida a que no le falte nada, sólo porque no tiene madre, así que después de la escuela la lleva a clases de baile, de patinaje y al Pony Club. Es demasiado para ella.

Catlin asintió, pero no dijo nada, curiosamente irritada por ese aspecto diferente de carácter de Emily.

Después de un momento, la señora Jansen prosiguió:

—Generalmente no soy tan indiscreto, pero…, bueno, supongo que todo queda en familia no es así.

Una vez más Catlin asintió, consciente de que no había forma de que pudiera satisfacer la curiosidad de la señora Jansen.

—Bueno, supongo que será mejor que me ponga a trabajar —dijo —. Cuando vaya a verla, dele por favor mis mejores deseos para que se recupere pronto.

—Sí, por supuesto.

El día pasó agradablemente. Catl¡n trabajó con la señora Jansen y disfrutó de las tareas de limpiar y recoger la casa.

Después de comer, sintió sueño y se acurrucó en una hamaca, en el jardín, hasta que se durmió.

Cuando se despertó, Jenny estaba tumbada boca abajo en el suelo a su lado, leyendo un libro, con las piernas estiradas y el mentón descansando en sus manos.

—¡OH, cielos! —bostezó Catlin, sintiéndose mal.

—La señora Jansen me dijo que no te despertara. Te he traído un refresco de naranja con hielo. Todavía está frío.

—Muchas gracias, Jenny.

—Catlin, ¿te gustaría nadar?

—¡Me encantaría!

—¿En la piscina o en la playa?

—Hagámoslo en la playa, ¿quieres? ¿Tienes tarea?

—Sólo un poco, pero tengo mucho calor y estoy pegajosa…

—Está bien, cariño.

La señora Jansen le dijo antes de irse:

—Ya me voy, señora Loring —hizo una pausa antes de continuar —. Mi hija Karen se queda a cuidar a Jenny muchos días. Si necesita algo de ella, estará disponible.

—Gracias —Catlin vio a Jenny en el césped—. No creo que necesitemos a nadie, pero puede estar segura de que si es así, nos acordaremos de Karen.

—Bien, la veré mañana.

El mar estaba frío mucho más de lo que Catlin imaginaba. Pero después de la primera impresión, lo pasaron muy bien.

—¿Qué quiere decir Rangitoto? —preguntó Jenny.

—La isla del Cielo Sanfrío. Por lo menos eso es lo que dicen algunas personas, porque era un volcán. Pero he oído que otros le dan un nombre mucho más largo, que significa: Los días de Tama-te-kapua Sangrante porque un famoso jefe de la Canoa Arawa, fue herido allí.

—¿Quiénes tienen razón?

—¡No lo sé, Jenny!

—Catlin, ¿por qué los Maoris hablan de ser descendientes de una canoa? Dijiste que el jefe herido era de la canoa Arawa.

—Porque como nosotros, los Maoris llegaron aquí como colonizadores. Pero lo hicieron mucho antes que nosotros, y vinieron en canoas, y todas tenían nombres. Generalmente, todos los que iban en una canoa se establecían juntos. Y debido a que estaban orgullosos de haber hecho un viaje tan largo y a que son una raza de grandes oradores y grandes poetas, se describieron como hijos de esa canoa.

—¿Vas a quedarte con nosotros, Catlin? ¿Regresaste para quedarte? Estaban sentadas una al lado de la otra, cerca de la orilla. Catlin, bajó la mirada para ver la oscura cabeza de Jenny, y dijo lentamente:

—No, no es así. Te dije en la tienda que he venido por asuntos de negocios. Cuando los termine, regresaré a Australia.

—Me gustaría que no tuvieras que hacerlo'—dijo Jenny melancólica, dirigiendo la mirada al mar—. Me agrada tenerte aquí.

Antes de que Catlin supiera qué decir, oyeron la voz de Conal, que estaba detrás de ellas.

—No te preocupes demasiado, Jenny. Si se lo pedimos amablemente, estoy seguro de que Catlin se quedará con nosotros, por lo menos hasta que la abuelita salga del hospital.

Capítulo 4

Catlin evitó mirar a Conal.

Cuando Jenny se fue a la cama, ella le dijo con disgusto.

—Eso es imperdonable.

—Has disculpado cosas peores.

—Veo que te produce una especie de gusto enfermizo el tirar delas cuerdas y observar bailar a tus títeres, pero ésta es la última vez que lo haces conmigo, te lo prometo. Cuando regrese a Australia, no te daré la oportunidad de que tengas poder sobre mí o mis asuntos.

—¡Valientes palabras, bien dichas!

El se rió, extendió una mano, y le pasó un dedo de la mejilla ala oreja. Catlin apartó la cabeza, pero él le cogió un mechón de pelo y la sostuvo contra la pared.

—No te muevas —le dijo con frialdad. Levantó la otra mano y comenzó a tocarle la oreja, con sensualidad.

La rabia, mezclada con el miedo, la hicieron palidecer.

—No voy a lastimarte —le dijo con suavidad—. Todo está bien, Cat. Se te pasará. ¿No ves que mientras sigas temiéndome, siempre estarás en mi poder?

Movió con lentitud la mano de la oreja a su garganta, encontrando gran placer.

—Relájate, no voy a lastimarte..., ni a tratar de que te acuestes conmigo.

—¿Es un golpe para tu ego saber que me es insoportable tu contacto?

—Es un golpe para mi orgullo.

—¡Así que esto es pura vanidad!

—No del todo. Sentí lo que dije. Nunca estarás libre de mí si te aterrorizo tanto que te haga perder la razón como ahora. Debes saber que hay diferentes tipos de esclavitud. Una es el amor, y otra el miedo.

—¿Y qué hay del recuerdo de la pasada humillación?

El enfado brilló en las profundidades de sus ojos, pero siguió con las lentas caricias, como si sus manos poseyeran vida propia. Catlin cerró los ojos, tratando de hacer acopio de paciencia. Con toda suavidad, él le acarició el rostro, pasándole los dedos a lo largo del mentón, de los pómulos y de la frente.

—¿Es así como lo recuerdas? —dijo Conal en voz baja—. Acepto que al principio intenté humillarte, pero no tardé mucho en olvidarlo. Aunque los dos estábamos incómodos, debiste darte cuenta de eso.

—Tú me odiabas.

—¡No! — lenta pero inexorablemente él la acercó, sosteniendo sin fuerza su rígido cuerpo. Le puso la mejilla sobre la frente—. No, nunca, ¡ cómo podía odiarte? Te sentías amargamente infeliz y era por mi culpa. Sí, estaba enfadado, tal vez más que nunca, pero fue porque estaba equivocado. En vez. de sentarnos y tratar de resolver la situación como seres humanos razonables, tanto tú como yo nos pusimos de mal humor y sólo dijimos e hicimos cosas crueles.

Ella quiso apartarse, pero él no se lo permitió.

—¡Por favor..., por favor!— le suplicó tensa.

—No voy a lastimarte. Relájate, Catlin, no luches. ¿Estás segura de que me temes a mí y no a ti misma?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo que lo que te humilla tanto cuando recuerdas la noche que nos amamos, no es mi violación sino la forma en que tú respondiste.

Pálida, Catlin le miró con un odio terrible.

—Así que, estoy muy cerca de la verdad, ¿no es cierto?

—¡No! —gritó con firmeza y le pegó una bofetada en la mejilla. Ella cometió el error de permitirle que se le acercara. Le había parecido sincero, pero debió imaginar que le estaba tendiendo una trampa.

Creyó que allí estaba a salvo, porque ya se le había pasado el enamoramiento juvenil, pero parecía que se había transformado en algo más profundo, más peligroso.

—No podrías estar más lejos de la verdad —le dijo. Él la sujetaba entre sus brazos, no le hacía daño, pero sabía que era preferible tratar de no escapar.

Con lentitud, él la acercó hasta tenerla contra él, con el cuerpo tan sensible por sus caricias, que difícilmente soportaba respirar.

Conal también sufría los efectos. Estaba tan cerca que ella podía sentir su corazón y notar que aumentaba su ritmo. El inclinó la cabeza y puso su boca en el cuello femenino. Catlin estaba furiosa, desconcertada porque él tenía razón. En esa posición, respirando aroma masculino, con su cuerpo en íntimo contacto con el de ella, se dio cuenta de que no le causaba repulsión. Es más, recordó cómo habían hecho el amor y el éxtasis que le produjeron sus manos y su boca en su cuerpo, y sintió una pasión tan fuerte como la de él.

—Por favor, suéltame —le pidió alejándose.

—Primero bésame.

—¡No, Conal!

—Sí, Conal —la imitó con cierta insolencia en la voz—. ¿Qué ocurre, querida? ¿Tienes miedo de que llegue a gustarte?

—No puedes atormentarme así, obligándome a hacer...

—No, pero podría seducirte a hacerlo.

Sus palabras la obligaron a echarse hacia atrás y como supo qué sucedería, él apretó los brazos con fuerza y la oprimió contra su cuerpo. Él estaba excitado, la deseaba, y muy a su pesar, su cuerpo respondió. El calor comenzó a extenderse a través de sus extremidades.

—No lo harás... —murmuró frenética, empujándole con las manos —. ¡Conal, no lo harás!

—Hay una gran diferencia entre violación y seducción —dijo evitando con facilidad que ella se alejara—. Tal vez sea hora de que lo aprendas.

—¡No!

—Entonces, bésame —cuando ella dejó de luchar, él sonrió—. Eso es todo, Cat.

—¿Por qué?

—Porque quiero que lo hagas.

Ella cerró los ojos para no ver su triunfo, pero al hacerlo, fue más consciente del olor masculino, y de la fuerza de sus músculos.

Respirando profundamente, cerró su boca, y la acercó a la de Conal, con la intención de mantenerla firmemente cerrada. Fue inútil, porque él le abrió los labios e indefensa se rindió. Ella se tambaleó y se mantuvo erguida aferrándose a sus hombros.

Él con una mano le acariciaba la cabeza y con la otra le acercaba las caderas contra él.

Catlin temblaba de miedo y temor, y correspondió a su ardor. ÉL le besó el cuello y la boca, moviéndose con lánguida sensualidad 'sobre su piel. Ella tuvo la impresión de que la probaba. Abrió los', ojos, pero le tenía demasiado cerca para ver su expresión.

—Ya te he besado —le dijo con pasión, rendida—. Ahora, por favor, suéltame.

Levantó la cabeza y la miró sonriendo.

—No ha dolido mucho, ¿verdad? —inquirió soltándola.

Ella se tambaleó, pero él no hizo ningún intento por sostenerla, sólo se quedo observándola con los ojos entrecerrados.

—Me voy a la cama — dijo ella después de un momento.

—Y yo voy a nadar. Si tengo suerte, me sentará tan bien como una ducha de agua fría.

Ella se ruborizó, y trató de que él no se diera cuenta, volviéndose hacia la puerta.

—¿Sabes que para se tan sofisticada te ruborizas con mucha facilidad? —comentó él con insolencia. —¡Buenas noches!

—Buenas noches, querida.

—No...

—Yo te llamo como deseo, corazón mío.

Una vez en la cama, no se durmió sino hasta que oyó a Conal' subir unas horas más tarde. Para entonces, estaba tan cansada, que la arrullaron los suaves sonidos de sus movimientos a través del muro y durmió hasta que Jenny fue a despertarla a la mañana siguiente.

Después de eso, los días transcurrieron tranquilos hasta el fin de semana. Emily mejoraba. Los médicos decían que estaría una semana más, hasta que pudiera salir del hospital a un lugar de convalecencia. Conal la veía todos los días y podía tranquilizar a su hija acerca del estado de salud de su abuela.

—¿Puedo ir a verla el fin de semana? —preguntó Jenny.

—Por supuesto. Espera ansiosa una visita tuya.

Pero no de Catlin. Cuando llegó el sábado, Jenny y Conal fueron al hospital, mientras Catlin paseaba por los jardines.

En los invernaderos crecían plantas tropicales, enormes palmeras que llegaban al techo, enredaderas y flores exóticas. Catlin esperó al lado del estanque, observando los chorros de agua de las fuentes y el brillo de los peces. Se quitó la chaqueta y sonrió cuando una chiquilla como de dos años, se le acercó; era una adorable rubita, que tenía unos enormes ojos verdes.

Llegó corriendo a lo largo de la terraza y luego, una rápida mirada hacia atrás la hizo temblar. Catlin se agachó, le cogió la mano y fue recompensada con otra radiante sonrisa.

—¡Lalage!

Su padre apareció en la puerta del invernadero, mirando ansioso a su alrededor, antes de notar que se aferraba a la pierna de Catlin. Se les acercó, era un joven bien parecido y sonriente.

—¡Lo siento mucho! Gracias por cogerla.

—Es realmente encantadora.

Él sonrió orgulloso.

—Eso pensamos —respondió y le tendió la mano—. Ven, hijita, vamos a buscar a mami.

—Mami —la niña sonrió. Todavía agarrada a la pierna de Catlin, dijo con firmeza—. Beso.

—No, ahora no, cariñito. Ven a besar a mami —él se avergonzó—. Me temo que está pasando por una etapa muy afectuosa. Llama a todas las mujeres mami y le gusta besarlas.

—¡Pero si es encantadora, y por supuesto que puede darme un beso!

Catlin se agachó y la levantó. Dos brazos sorprendentemente fuertes rodearon su cuello y sintió un beso efusivo y húmedo sobre la

mejilla. Luego, Lalage le tendió los brazos a su padre.

—Vamos a buscar a mami ahora —mencionó la niña.

Cuando regresaron al invernadero, la criatura sacudió las manitas en señal de despedida. Catlin sintió envidia. Pensaba que algunas personas tenían mucha suerte. Un matrimonio feliz, una criatura encantadora, el amor que irradiaba del rostro del hombre al mirar a su hija... todo eso, le sería negado a ella para siempre. Cuando Conal la poseyó con tanta ira, desvió sus incipientes necesidades. Le fue imposible confiar lo suficiente en algún hombre para sentirse a salvo en su presencia.

Se dio cuenta de que lo que había estado buscando, era un hombre que fuese superior a su marido en todos los sentidos. Por supuesto, no había nadie así. La combinación de características peculiares que tenía Conal, eran sólo suyas y no se podían repetir. Así que parecía que estaba destinada o a desperdiciar las profundidades de sus deseos en una serie de aventuras sin trascendencia o a seguir sola por la vida, siendo la tía afectuosa de los hijos de otras personas, buscando la compañía en sus amistades y la satisfacción en su trabajo.

—¡Catlin! —era la voz de Jenny—. ¿Estás sola? ¿De quién era esa niña?

—Se llama Lalage, y dentro de dieciséis años, va a romper muchos corazones.

Jenny se había adelantado a su padre y preguntó con cierta melancolía:

—¿Yo también voy a romper corazones?

El corazón de Catlin se enterneció y abrazándola le dijo:

—Cientos, si es eso lo que quieres.

Y realmente, la niña prometía llegar a ser muy guapa. Se parecía a su madre, que tan cruelmente murió cuando acababa de cumplir veintidós años. Una vez que Catlin le preguntó a Conal acerca de Claire, él le pidió, experimentando un gran dolor, que nunca volviera a hablar de ella.

Ese terrible pesar ya debía habérsele pasado, pero su corazón estaba enterrado en la tumba de Claire.

—¿Te dio un beso? —preguntó Jenny. —Sí, me lo dio.

—¿Por qué?

Catlin se rió, y se volvió un poco, para que Conal no la mirara. —¡Porque quiso!

—Agáchate —le pidió Jenny, y cuando Catlin lo hizo, la besó en la misma mejilla.

—Tú no eres su madre, eres la mía.

Desconcertada, Catlin pensó que Jenny estaba celosa.

—Querida, realmente no me siento como si fuera tu madre —comenzó—. ¿Por qué no piensas en mí como en una tía amable? ¿O en una hermana mayor?

—Porque no quiero una tía ni una hermana, no una tan mayor —de pronto se le ocurrió una espléndida idea—. Me encantaría tener una hermana pequeña —dijo ansiosa—. Quiero un hermanito.

En esa ocasión, Catlin miró a Conal. Leyó en su mirada la burla y algo que no pudo discernir, a menos que fuera una especie de ternura por su pequeña hija antes de decir:

—Eso nos lo tienes que dejar a nosotros, Jenny. Ahora, si Catlin está preparada para irse, te llevaremos a la cafetería del museo y podrás comer una ración de tarta de chocolate, y luego iremos a Henderson. Quiero comprar vino.

—¡Ah, bueno! —Jenny saltó para cogerle la mano—. ¿Iremos a ver a los Radich?

—Sí.

—¡Qué bien, qué bien! Hace años que no veo a Karen.

—Tres semanas —explicó Conal a Catlin burlón, cogiéndola del brazo mientras bajaban por las escaleras.

Era irónico que Lalage y sus padres caminaran lentamente delante de ellos, y más irónico, que detrás de las sonrisas que intercambiaron, Catlin notara una chispa de envidia en el rostro de la otra mujer.

La tarta de chocolate estaba riquísima, la familia Radich era encantadora, y se sorprendió mucho cuando Conal presentó a Catlin como su esposa.

—Nos tienes que perdonar —le dijo Marija Radich, cuando Catlin la ayudaba a preparar el té de la tarde—. Por supuesto que habíamos oído de ti, pero no pareces ser nada como… —se interrumpió, confundida.

—Seis años, es mucho tiempo —dijo Catlin, obligándose a sonreír.

—Bueno, ahora ya estás de regreso, y eso es lo que importa.

Catlin quería hablar para que no siguiera con esa idea, pero Jenny y Karen entraron quejándose de que el conejillo de Indias se había escapado y ya no tuvo oportunidad de decírselo.

Fue una tarde agradable. Caminaron por los viñedos mientras Stefan le explicaba a Catlin cómo se hacía el vino y más tarde, llegó la hora de irse.

Cuando regresaban, Jenny dijo con timidez:

—Me gusta venir aquí. Karen y Simon van a ir al teatro el próximo fin de semana, papi. Me preguntaron si quería ir, peto respondí que no.

—¿Por qué?

—Bueno, es que puedo ir al teatro cuando yo quiera —dijo vagamente—. Catlin ¿donde vives está muy lejos?

Fue fácil comprender hacia dónde se dirigían sus pensamientos. Quería pasar el mayor tiempo posible con Catlin. Ella se compadeció de la niña, pero no quiso expresar su simpatía en voz alta. Jenny se olvidaría cuando ella se fuera, o tal vez, podrían mantenerse en contacto por medio de cartas y postales. Sabía que a la mayoría de los niños les encanta recibir correspondencia.

Conal se portó muy amablemente toda la tarde. No hizo ningún comentario desagradable. Catlin pensaba que seguramente él planeaba algo, y más o menos tenía una idea de lo que era, pero no iba a permitir que la indujese a cometer otro error. Uno en la vida era suficiente. ¡Estaba muy equivocado si pensaba que le iba a ser más fácil seguir las relaciones con su antigua esposa que buscar una nueva!

—Pareces furiosa —le dijo él inesperadamente cuando entraron en la autopista.

—Estaba pensando que tengo que escribirle a Deb.

—¿A Deb?

—A Deb Munroe, la muchacha con la que comparto el apartamento. Debe estar preguntándose qué me habrá pasado. Le dije que regresaría hacia estas fechas.

—¿En serio? —Conal se rió en voz baja—. Será mejor que la llames esta noche. ¿O no estará en casa en sábado?

—Estará, por lo menos hasta las siete. Pero la conferencia va a costar una fortuna.

—No tanto. No creo que quieras que se preocupe.

Así que llamó. Deb se sorprendió y luego se mostró intrigada.

—Dijiste que odiabas a ese hombre, ¿o no?

—Así es.

—Entonces, ¿qué estás haciendo en su casa?

—Te lo explicaré cuando vuelva —dijo Catlin cautelosa, en lugar de explicarle lo de la enfermedad de Emily y de hablarle de Jenny.

—¡Te estás comprometiendo! Espero que sepas lo que haces.

—Yo también —unos pasos fuera de la alcoba le hicieron alzar la vista—. Tengo que irme, Deb. Te escribiré.

—¡Más vale que lo hagas! Y escucha... ¡cuídate! Tengo la impresión de que has caído en una trampa.

—Supongo que todo está bien —dijo Conal al entrar en la habitación.

—Todo está muy bien. Deb sigue cuidando la casa.

—¿Y cómo está tu amigo?

Por un momento no supo lo que él quería decir con esa burlona

pregunta. Luego, el recuerdo del amante inventado, volvió a su mente y respondió con calma:

—Suspirando por mí, pero vivirá.

—¡Qué alma tan confiada! ¿Cómo se llama?

—Ese no es asunto tuyo —se puso de pie y se dispuso a salir. Al pasar a su lado, él la agarró de la muñeca y se apoyó contra el escritorio, evitando que abandonara la habitación.

—¿Está tan enamorado que no te preocupa el tiempo que le dejes?

—Tres semanas no son tanto tiempo. Puedo confiar en su fidelidad durante ese tiempo.

—¿Tres semanas?

—Ese es todo el tiempo que tengo. Mis vacaciones sólo duran tres semanas, Conal. Si no regreso entonces, tal vez me despidan.

—¿Qué hace tu amante?

—Eso tampoco es asunto tuyo.

—La mayoría de la gente consideraría que el amante de mi esposa sí es asunto mío.

—Tampoco es asunto de mucha gente —replicó desdeñosa. Para entonces, el amante ficticio comenzaba a adquirir proporciones concretas en su mente. Podía verle, alto, moreno, amable, con don de mando e ingenioso. Una repentina sonrisa se dibujó en sus labios.

Conal maldijo para sus adentros. Eso la hizo jadear y perder el equilibrio, y él la acercó hacia su pecho y la besó, aplastándole los labios contra los dientes, hasta que para auto defenderse, tuvo que abrir la boca.

—¡No vuelvas a tocarme nunca!

—Te tocaré cuando, donde y como quiera. No me parece bien que sonrías al pensar en tu amante.

—Por lo menos yo no hago ningún alarde al respecto. ¿Recuerdas a Belinda? A donde quiera que íbamos, estaba ella, echándosete encima, dejando ver de manera clara que ella y tú erais muy buenos amigos. ¿Creíste que yo era tonta y que no me daba cuenta? y de todas formas, bastantes de tus amigos estaban muy ansiosos por contármelo... por insinuar, insinuar, insinuar, hasta que llegó a ser un verdadero milagro que yo no gritara de dolor y frustración —se le acercó tan enfadada, que ya no tenía miedo—. Y apuesto a que debe haber alguien más oculto..., ahora, no muy lejos. Porque tú no puedes mantenerte célibe ¿o sí? Necesitas una mujer, cualquiera, siempre y cuando sea bella, soltera y esté dispuesta, porque no quieres volver a comprometerte en una relación importante otra vez. Pues, te deseo buena suerte, si eso es lo que quieres, pero no trates de hacerme sentir culpable. Tú me hiciste como soy. ¡Si no te gusta, el único que tiene la

culpa eres tú!

—¿A qué te refieres cuando dices que no quiero volver a comprometerme nunca en una relación que tenga algún sentido? Dímelo, quiero saberlo.

Repentinamente agotada, le contestó:

—Sencillamente, que desde que Claire murió, no has querido volver a enamorarte de nuevo.

Conal cerró los ojos, luego los volvió a abrir, y ella se quedó mirando el pálido rostro masculino.

—Amé a Claire —aceptó—. Siempre la amaré. Pero está muerta, y a pesar de que sufrí por ello durante mucho tiempo y muy profundamente, no soy lo suficiente neurótico como para enterrar mi corazón con ella. ¿Es eso lo que has pensado durante todos estos años?

—Me pareció la interpretación más bondadosa de tu comportamiento —le dijo con rigidez, consciente de que a pesar de la ira y el dolor de esa confrontación, tal vez se comunicaban por primera vez, después de todo el tiempo que había durado la farsa de su matrimonio.

—¿Bondadosa? Bueno, sí —él respiró profundamente y el color volvió a surgir en su piel, conforme la ira se esfumaba—. ¿Pero por qué debes tratar de ser bondadosa, Catlin? Yo hubiera pensado que lo último que harías sería verme con ternura.

Titubeante, sin saber como tratarle al verlo de ese humor, desvió la cabeza.

—Mírame —le ordenó él con suavidad y al ver que se negaba, le cogió el mentón y le volvió la cabeza hacia él.

—¿Dime qué es lo que sentiste por mí? ¿Por qué te casaste conmigo, Cat?

—Porque no sabía qué otra cosa hacer —le respondió. —Y porque era la primera vez que te enamorabas.

Él lo sabía. Sin duda Belinda y él se rieron del asunto. —También —reconoció sin revelar el repentino dolor que sintió. —Me temo que para ti fue algo difícil.

—¿Y qué?

—Nunca debí haberte traído aquí. No me hubiera casado contigo, hubiese esperado a que encajaras en mi vida sin prepararte de alguna manera.

—Siempre asumí que fue una aberración temporal de tu parte —le sonrió con ironía.

—No, temporal, no, Cat, me temo que todo lo contrario —la miró con esa ligera burla que ella tanto odiaba.

Capítulo 5

Lo que Conal quiso decir con eso, sólo él lo sabía. La voz de Jenny gritando desde la cocina hizo que ambos se dirigieran allí. Ella había pedido que hubiera hamburguesas para la cena y encantada preparó la carne, pero quería compañía mientras se asaban.

La cena fue muy agradable. Conal decidió ser amable una vez más, y Jenny, estaba encantada comiendo.

—¡Y hamburguesas! —exclamó—. ¡A la abuela no le gusta que yo coma hamburguesas!

—No hacen daño de vez en cuando —Catlin le ofreció un plato con tomate—. Siempre y cuando comas ensalada con ellas, por supuesto.

Cuando terminaron, Conal tuvo que salir.

—Tengo que hacer acto de presencia en una reunión —explicó—, no tardaré.

Se puso un traje de etiqueta, y se marchó.

Jenny le enseñó a Catlin a manejar el impresionante estéreo y la joven se sentó en el sofá, suspirando de placer al escuchar música clásica.

El teléfono interrumpió, pero ella gesticuló resignada y contestó. Una voz de mujer, con un profundo ronroneo, dijo:

—¿Es la señora Loring?

—La señora de Conal Loring, sí.

Hubo un momento de completo silencio, antes de que la desconocida dijera ya sin titubear:

—Debe haber algún error. Quiero decir...

—No hay ningún error. ¿Quiere dejar algún recado? —Bueno..., bueno, pues sí. ¿Podría decirle a Conal, que Maya Suthcott, quisiera que se comunicara con ella enseguida?

Catlin lo apuntó en la libreta que había al lado del teléfono, y después le dijo:

—Correcto, ya lo he apuntado, adiós.

—Un momento. ¿Es usted la esposa de Conal? —Sí.

—Pero..., yo creía que ustedes..., quiero decir, ¿no están divorciados?

—No —replicó Catlin con firmeza—. Adiós, señora Suthcott.

Ni siquiera la música podía calmarla. Estaba inquieta, nerviosa, caminó por la habitación, recogiendo y volviendo a colocar los adornos. Era incomprensible que se encontrara en esa situación. Conal no le debía ninguna lealtad. Pero el imaginarle en brazos de otra mujer, tenía el poder de hacerla sentirse furibunda.

Enfrentándose honestamente a los hechos, se confesó que también

le dolía. Si cerraba los ojos, podía volver a recordarle con Belinda en la enorme cama de la casa de la playa y todavía sentía angustia.

¿Nunca lo olvidaría? No, no después de seis años. El enamoramiento ya no existía, entonces, ¿a qué se debía el dolor?

¿Qué fue lo que él hizo en los pocos meses de su matrimonio, que impedía que ella se sintiera libre ahora? Atormentada, cerró los ojos. Ambos se deseaban. Si ella estaba dispuesta, podía ser una aventura más, una que él disfrutaría tanto como las otras y con el mismo resultado: aburrimiento, y luego un frío adiós.

¿Era eso lo que él quería? ¿Vengarse de ella por haber huido hacía seis años? Se dio cuenta de que sólo eso podía explicar su comportamiento desde que ella había llegado. ¿Era lo bastante cruel como para usar su atractivo como castigo por la humillación que le hizo sufrir entonces? Se mordió el labio, reconociendo de mala gana que sí era capaz de eso.

Él quería que ella se quedara allí. ¿Por qué? Ella sabía que Conal nunca actuaba sin una buena razón. Así como se valió de que ella necesitaba la aprobación para sus planes, también había aprovechado el creciente afecto de Jenny para persuadirla a quedarse; era muy de Conal, utilizar a los demás para conseguir sus propósitos. Incluso la enfermedad de su madre le sirvió de ayuda.

La primera noche en que la besó, su repugnancia hirió su orgullo, y deliberadamente le hizo el amor, obligándola a darse cuenta de que él estaba en lo correcto, que no era a él a quien temía, sino a su propia y tumultuosa respuesta a su sexualidad.

Esa primera noche le dijo que necesitaba una esposa, tal vez pensó que ahora ella ya era bastante madura como para ser una señora apropiada para Conal Loring. ¿Quería una mujer atontada, tan enamorada de él que se portaría suficientemente complaciente e ignoraría sus inevitables aventuras? Tal vez pensó que sería una esposa dócil, demasiado ocupada dándole hijos y cuidándolos como para preocuparse de su atormentada vida extramarital.

Pues tendría que aprender a vivir sin eso, sin aventura y sin esposa. Ella no tenía la intención de hacer ninguna de esas funciones.

Cuando el disco dejó de tocar, apagó el estéreo; pensó que era una tontería quedarse despierta como si le estuviera esperando.

Así que estaba en cama con la luz apagada cuando él regresó. Una rápida ojeada al reloj, le reveló que había estado ausente durante casi dos horas. Sin duda había echado una ojeada a la libreta del teléfono y ya debía saber que había llamado Maya Suthcott.

Catlin suspiró. Por supuesto que la tal señorita Suthcott podía ser sólo una amistad de negocios. Pero era improbable. Sonrió con

cinismo y se durmió.

Cuando se despertó vio que hacía un día muy desagradable, lleno de nubes que amenazaban con un aire frío del sudeste.

—¡Brrr! —se estremeció Jenny, y volviéndose a su padre le dijo—: ¿Podemos encender la calefacción? ¡Estoy helada!

—Ya está encendida —le alborotó el oscuro cabello—. Dale tiempo.

—¿Dónde vamos a ir hoy?

—Me temo que yo voy a trabajar en el estudio —miró a Catlin. —¡Oh, papi! —la pobre Jenny no trató de ocultar su desilusión—. ¿Tienes que hacerlo?

—Me temo que sí, querida.

—Tengo una idea, la Pascua llegará pronto —intervino Catlin—. "¿Por qué no hacemos huevos de Pascua?

—¿Podemos? —preguntó Jenny emocionada.

—Veamos lo que tenemos en la cocina.

Cuando salieron de la habitación, sintió que Conal la miraba. Una vez en la calidez de la cocina, se dedicó a las delicias de iniciar a Jenny en hacer sus propios huevos de Pascua.

Una hora más tarde, entró Conal, admiró sus esfuerzos y esperó que la charla excitada de su hija se apagara, antes de decir:

—A propósito, Catlin, esta noche saldremos.

—¿Ah, sí? —levantó la cabeza y sintió un hormigueo en la nuca.

—Sí. ¿Recuerdas a los Gregory, Elaine y Phil? Catlin apretó los labios al asentir. Los recordaba demasiado bien. —Vi a Phil anoche. Le prometí que iría esta noche a una fiesta en su casa, una recepción para la delegación comercial del Perú. Elaine acaba de llamar para preguntar si te gustaría ir, así que acepté en tu nombre.

—Muy amable de tu parte —Catlin pareció resentida. Phil Gregory era un hombre muy amable, que tenía una esposa elegante y maliciosa. Sin lugar a duda, la consumía la curiosidad ante la repentina aparición de la joven esposa de Conal.

Él lo sabía. Se rió y le tocó la mejilla.

—Generalmente dan buenas fiestas. Te divertirás.

Así que Karen llegó con su montón de libros, le sonrió alegremente a Catlin y besó a Jenny. Mientras la niña observaba fascinada cómo se arreglaba Catlin.

—Catlin, me gustaría tener el cabello del color del tuyo –dijo Jenny melancólica.

—Querida, el tuyo es precioso.

—Mi madre también tenía el pelo oscuro —suspiró y luego continuó—: ella era muy guapa.

—Lo sé. Y más importante que eso, era muy buena. —¿La conociste?

—No —Catlin se puso el vestido—. No, pero he oído hablar mucho de ella.

—¿Quién te ha hablado de ella? —Tu abuelita —dijo distraída.

—¿En serio? —suspiró Jenny—. A mí no me habla nunca de ella, y papi, tampoco.

—Nunca me has preguntado nada —Conal entró por la puerta que comunicaba las habitaciones.

—La abuelita me dijo que no lo hiciera.

—Querida, puedes preguntarme todo lo que quieras acerca de tu madre. Te prometo que no me importará —y como Jenny abrió la boca para hacer una pregunta él sonrió y continuó—: pero no ahora, cariño. Es hora de irnos y Catlin se ha retrasado, como de costumbre.

—Estoy arreglada —dijo fingiendo indignación, para beneficio de Jenny—. ¿Ves? Hizo una pirueta y los pliegues del vestido se enredaron en sus piernas.

—¡No! —gritó Jenny—. Todavía no te has perfumado.

Catlin se echó colonia y después también echó a Jenny.

—Ahora sí, ya estoy preparada.

—No completamente —Conal desdobló la mano y se la tendió.

Algo brilló en su palma. Catlin sintió que palidecía; se quedó sin respirar, mientras él le ponía con habilidad los bellísimos pendientes.

—¡Vaya pendientes! —exclamó Jenny feliz—. ¡OH, Catlin, son , muy bonitos! Pareces una princesa.

Conal miró a Catlin hasta que el color volvió a sus mejillas y desvió la vista, incapaz de controlar las tumultuosas sensaciones que su cercanía y el contacto de sus dedos sobre sus orejas, provocaron.

—Y tú, estás como la Bella Durmiente —dijo volviéndose hacia su hija, pero no antes de que Catlin viera el brillo de satisfacción en sus ojos—. ¡A la cama, Jenny!

—En el coche hablaron poco. Catlin estaba demasiado desconcertada después de ver que él había conservado los pendientes que le había regalado.

Cuando estaban casi en Remuera, fue cuando recordó la llamada de Maya..., y la mencionó, porque sentía mucha curiosidad.

—Sí, vi la nota —dijo Conal—. Gracias por tomar el recado.

Los Gregory vivían en una enorme y moderna casa situada en el camino a Remuera. Cuando Catlin fue allí en otra ocasión, la acababan de estrenar, desde entonces los árboles habían crecido, los jardines estaban preciosos.

—¡Catherine! —la voz de Elaine Gregory expresó asombro; no

podía ocultarlo y Catlin se hinchó de gozo.

—En realidad, mi nombre es Catlin —contestó dándole la mano—. ¿Cómo estás, Elaine? Tienes buen aspecto.

—Querida mía, tú estás preciosa —una risa maliciosa brilló en " sus ojos—. Phil, aquí está Catherine, cuyo verdadero nombre es Catlin. ¿No crees que Australia le sienta muy bien?

Mientras Phil le estrechaba la mano y estaba de acuerdo con todo lo que su esposa decía, Catlin sonrió y se dio cuenta de que una bienvenida tan efusiva, sólo podía deberse a una cosa. Pensaba que la última amante de Conal, fuera quien fuese, estaría allí esa noche.

Los peruanos eran encantadores. Catlin disfrutó, pero estaba alerta. Una hora después de su llegada, se topó con los vívidos ojos verdes de una rubia muy elegante.

Catlin imaginó que ella sería la amiga de Conal.

Elaine apareció, justo en el momento en que Conal hablaba seriamente con el jefe del grupo peruano.

—Querida mía, aquí hay alguien que se muere de ganas de conocerte —dijo alejando a Catlin con habilidad—. Catlin ésta es Maya Suthcott. Maya, la esposa de Conal, Catlin.

Después de presentarlas, Elaine se echó hacia atrás, para observar los acontecimientos con su especial diversión maliciosa, pero Phil la llamó y tuvo que dejar solas a las dos mujeres.

—¿Tú eres la esposa de Conal?

—Bueno, por el momento —replicó Catlin con frialdad.

—¡OH! —hubo un corto silencio antes de que Maya Suthcott dijera —: debes disculpar mi sorpresa. Había oído…, por lo menos, bueno, es que eres muy distinta a como yo te imaginaba.

—Es frustrante, ¿verdad? —Catlin decidió sacar el mayor provecho posible a la situación—. ¿No crees que eso sucede a menudo? A mí siempre me desilusiona mucho la realidad.

—Bueno, sí…, quiero decir, no. Es que por lo que Conal dijo, creí que eras muy distinta —dijo haciendo énfasis en las palabras.

—Ah, pero es que él no me ha visto durante seis años. Supongo que recordaba a una colegiala, se cambia mucho en seis años.

—¡Ah!, sí, por supuesto.

Maya era realmente bella. Tal vez no muy inteligente, pero seguro que Conal no la eligió por su cerebro.

Catlin comenzaba a divertirse. Era evidente que Maya pensaba que ella tenía bastantes posibilidades y trataba de hacérselo entender sin decirlo. Bueno, pues que tuviera suerte, pero si se tratara de un concurso, Catlin, apostaría por Ángela Perrott. Igual de bella y tal vez igual de tonta, pero tenía el apoyo de Emily y ésa, era una gran

ventaja.

—¿A qué se dedica, señorita Suthcott?

—Trabajo en modas —respondió avergonzada— ¿y usted?

Catlin se lo dijo.

—¡OH! —Maya se quedó pensativa—, debes ser muy inteligente. ¿Crees que hay mucho prejuicio en contra de las mujeres en ese tipo de trabajo?

—Ninguno. Muchas chicas en Australia estudian contabilidad. Creo que aquí también hay bastantes.

—Parece bastante aburrido, pero supongo que si tienes ese tipo de cerebro... —se rió mirando de reojo a Conal que se había detenido a su lado—. Me temo que yo soy demasiado frívola para ese " tipo de cosas, ¿no te parece, querido Conal?

Catlin se puso tensa. No había podido olvidar el dolor que sentía cuando Belinda le hablaba a él con ese mismo tono íntimo de voz, acompañado a esa mirada de reojo que dejaba a un lado a la esposa, haciéndola sentir insignificante.

Se recordó que eso había sido hacía seis años y dijo:

—No exagere, señorita Suthcott. No creo que deba menospreciarse tanto; no se debe pensar así de uno mismo —sonrió al ver la rabia en la expresión de Maya y añadió— es una tontería que no tiene sentido. Si uno habla de sí con ese tipo de adjetivos, alguien puede creerlo. Desgraciadamente la gente la toma a una, según una misma se ve.

Maya se quedó asombrada y Catlin pensó sin arrepentirse que se lo merecía. Raras veces ella era tan grosera, y pocas veces había disfrutado tanto siéndolo. En cierta forma, se estaba vengando de Belinda y de los amigos de Conal que le habían quitado hacía años su confianza en sí misma. Fue una pena que la pobre Maya se expusiera a ello, pero si no hubiese dirigido esa mirada de conspiración a Conal, no la hubiera castigado con tanta severidad.

Fue él quien interrumpió el silencio, diciendo con frialdad:

—Estoy seguro de que Maya no utilizó tan literalmente esa palabra; sólo le daba el uso aceptado por la mayoría. ¿Te traigo algo de beber, Maya?

—Gracias, me encantaría. Lo de siempre, por favor. —¿Catlin? —le preguntó con frialdad.

Ella sonrió moviendo la cabeza y la luz dio sobre su sedoso pelo dorado.

—No, gracias —respondió con insolencia.

—Tu pelo es precioso —dijo Maya cuando él se alejó—. ¿Qué te das para conservar ese color?

—Champú. Conal se burla de mí, diciéndome que parezco una

leona.

En ese momento, una voz gritó jubilosa desde el otro lado de la habitación.

—¡Cat! ¡Cat Galbraith, aquí! ¿Qué has venido a hacer a este lugar desde tus montañas?

Riéndose, con expresión repentinamente animada, Catlin se volvió para recibir un diminuto cuerpo que se le echó en los brazos.

—¡Calma, calma! —dijo abrazando con casi tanto entusiasmo como la abrazaban a ella—. ¡Por todos los cielos, Maxie Horrocks! ¿Qué haces tú aquí?

—Me moría de aburrimiento hasta que te vi. ¡OH; Cat, te veo fenomenalmente bien! ¿Dónde has estado todos estos años?

Canal había regresado y le entregaba su bebida a Maya.

—¡Conal, querido! —dijo Maxie entusiasmada, levantando el rostro para recibir un beso que devolvió con enorme entusiasmo—. Conal, ¿conoces a Catlin?

—Sí, querida, sí la conozco. Resulta que es mi esposa.

Los expresivos ojos verdes de Maxie se abrieron enormemente.

—¿Esposa? —preguntó en voz tan alta que todos los que estaban en la habitación la escucharon—. Pero querido, ¿cómo? ¿Quieres decir que Cat es la esposa que te abandonó?

Conal echó la cabeza hacia atrás y se rió. Era imposible ofenderse con la franqueza de Maxie. Ella siguió hablando:

—Pero qué increíble. Cuando éramos niñas, yo solía ir a pasar mis vacaciones con Cat, pero después perdimos el contacto. Por lo menos yo. No contesté a tus cartas, Cat. Lo siento. Yo también estoy casada y embarazada —les dijo radiante y se palmeó la esbelta cintura—. Tres meses, y me encuentro de maravilla. ¿Dónde está Red?

Red era su marido, algo callado y elegante, completamente dedicado a ella. Cuando se hicieron las presentaciones, Maya pudo tomar parte en la charla, cosa que hizo con un ligero aire de deferencia que asombró a Catlin, hasta que más tarde cuando pudieron hablar tranquilas, Maxie le aclaró:

—Red tiene mucho dinero y es el dueño de la agencia donde Maya trabaja —rió encantada.

—¡Ah!

Maxie se la quedó mirando astutamente, pero no dijo nada. Después de un momento, Catlin sonrió.

—No podemos hablar aquí. ¿Por qué no comemos juntas mañana?

—Sí, me parece muy buena idea. Me estoy muriendo de curiosidad, pero creo que tal vez pueda contenerme hasta entonces. ¡Oh, Cat, es maravilloso verte otra vez!

Catlin se rió, pero como Conal y Red Layton, cuyo verdadero nombre era Russ, se acercaban hacia ellas, allí terminó el asunto.

Mucho más tarde, cuando los Layton se habían ido, Catlin salió a la terraza y durante un largo rato se quedó mirando el cielo, contemplando las estrellas. Hacía una noche estupenda. Cuando llegara el mal tiempo, Catlin estaría de regreso en el cálido clima de Australia. Suspiró, apoyándose contra el tronco de un árbol. Era tarde, habían dado las doce y media, pero la ciudad todavía tenía vida. En un tiempo, odió Auckland. Ahora..., bueno, tal vez la madurez había atenuado esa sensación de pertenecer al medio. O tal vez ella había aprendido a sacar el mayor placer de lo que se debía soportar. Volvió a suspirar. Australia parecía estar demasiado alejada.

Después de un rato, se enderezó, estremeciéndose.

Antes de que se moviera de donde estaba, dos personas salieron a la terraza. Ella se quedó rígida al reconocerlas y desvió la cabeza, pero no pudo evitar oír la conversación, y reconocer la voz de Maya.

—¿Cuándo voy a volver a verte de nuevo?

—No lo sé —la voz de Conal pareció poco comprometedora, sin emoción.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse? —Ese no es asunto tuyo.

—Supongo que ahora que está aquí, no quieres que yo te moleste más.

—Creo que eso es algo que no se debe discutir aquí, ¿o sí? Catlin se estremeció.

—Muy bien, te llamaré mañana.

—Me temo que estaré ocupado todo el día.

Catlin sintió ganas de gritarle que no dejara que le hiciera eso, que era un desgraciado y que le rompería el corazón. Para cuando recuperó el control, ellos ya se habían ido.

Un rato después, cuando ella ya había regresado al interior y trataba de evitar los galanteos amorosos de algún invitado, Conal se le acercó y le dijo:

—Es hora de irnos, Catlin.

—Oh, no, debí imaginarlo —gimió su admirador, que estaba ligeramente borracho—. Vete, Conal, no puedes tener derechos sobre todas las mujeres atractivas. ¿Dónde está Maya? ¿No te...?

—Se ha marchado —contestó Conal, saliendo de pronto de la máscara de sofisticación para revelar a un hombre furiosamente enfadado—. Y ésta es una mujer sobre la que tengo un derecho definitivo. Catlin es mi esposa.

Hubo un momento de silencio antes de que el otro hombre dijera horrorizado:

—Bueno..., lo siento. No me di cuenta...

—Por supuesto que no —Catlin trató de suavizar la situación. Le sonrió con malicia en los ojos—. No suelo venir por aquí, con mucha frecuencia.

—¿Nos vamos? —Conal le tenía agarrado el codo con tanta fuerza que no le permitió decir más.

—Por supuesto —sonrió otra vez antes de permitir que la condujera hacia la puerta.

Durante sus agradecimientos y despedidas, pudo sentir su ira.

Una vez en el coche, le dijo con frialdad:

—Agradecería que no flirtearas con cualquiera. Hemos dado bastante dé qué hablar esta noche.

—¡Pareces exactamente un marido! Uno bastante pomposo; más bien del siglo pasado, y como la mayoría de los victorianos, un hipócrita.

—Maya no es...

—¿Asunto mío? Por supuesto que no, y no la hubiera mencionado si tú no hubieses decidido que tu orgullo estaba en peligro. Porque eso es todo lo que es, Conal. Te duele pensar que tu esposa, en quien no estás interesado, pueda demostrar interés por otro hombre. Es indigno de ti.

—¿Lo es?

—Sabes que sí —le dijo en voz baja cuando el coche volvió a ponerse en marcha—. El marido posesivo... Lo siento, pero me niego a jugar. No soy posesión tuya.

A pesar de la penumbra del coche, pudo ver el resplandor de su sonrisa apreciando la ironía del caso.

—Para ser alguien con tanta experiencia como dices tener, conoces muy poco del ego masculino. Tal vez porque creciste sin observar cómo se trataban tus padres. Llevas mi apellido, Cat. Eso hace que tu comportamiento sea de considerable interés para mí..., y para todos los demás en la maldita fiesta de esta noche... ¿No notaste cómo nos observaban?

—Por supuesto que sí. No me importan los chismes. Tampoco a ti, o no permitirías que tus aventuras fueran tan evidentes.

—Maya no es una aventura.

—¿No? ¿Estás seguro de que ella se da cuenta de eso?

—Al igual que tú, tampoco he vivido una vida de absoluta pureza desde que te fuiste...

—Incluso antes de que me fuera —le interrumpió. —Maya no es m¡ amante.

—¡Bien, bien! ¡Pues ella hace todo lo posible por dar esa

impresión! Está enamorada de ti. Es de presumir que has salido con ella con frecuencia…, y le has dado alguna razón para sentirse celosa y lastimada con mi inesperada llegada.

—Catlin —le dijo con mucha suavidad.

—¿Sí?

—¿Tratas de inducirme a perder mi buen humor?

—No, recuerdo con bastante claridad lo que sucedió la última vez que hice eso.

—Si no quieres una repetición, deja ese tema, ¿quieres?

—Qué fácil lo arreglas todo —replicó ella—. Amenazas con violarme para hacerme callar y das fin a la discusión.

—¿Discutíamos? —fue sarcástico—. Creí que me echabas en cara mi abuso. Si quieres saberlo, he dormido con Maya varias veces. No le hice promesas, sólo tomé todo lo que ella me ofreció. Le dejé muy claro que no tenía intenciones de embarcarme en una relación seria. Desde el comienzo estaba enterada de nuestro matrimonio. Está enamorada de mi cuenta en el banco, no de mí, y ya ha obtenido eso…, y de mí, todo lo que puede obtener. ¿Satisfecha?

—Más que satisfecha. Sólo que ella no parece entender bien la situación, ¿verdad? ¿Por eso querías que viniera, Conal? ¿Para librarte de ella?

—¡Creo que realmente deseas morir! Si tienes algún instinto de auto conservación, será mejor que permanezcas callada hasta que lleguemos —a casa.

Catlin le obedeció, pensando que por esa noche había abusado demasiado de su suerte.

Mirando retrospectivamente no estuvo tan mal. Por lo menos obligó a que reconsideraran su carácter. Además de los Gregory, también habían estado allí algunos de los amigos de Conal que en otro tiempo fueron muy condescendientes, y le proporcionó mucho placer observar cómo cambiaban de actitud. El volverse a encontrar con Maxie fue una gran suerte.

Catlin sonrió. Maxie Horrocks había sido su única amiga. Sus padres la mandaban en las vacaciones a la granja, porque los dos estaban demasiado ocupados con su vida social como para preocuparse por ella. Juntas habían montado a caballo, esquiado, nadado y hecho travesuras, creando unos lazos que todavía seguían firmes. La dulzura de Maxie y su candor, habían fascinado a la reservada y tranquila criatura que había sido Catlin. Se sintió desolada cuando la madre de Maxie se la llevó a Inglaterra con ella, después de su divorcio, y no hubo respuesta a sus cartas.

Perdida en los recuerdos de sus más excitantes proezas, no se dio

cuenta de que el coche se había detenido.

—Estás sonriendo —dijo Conal con suavidad.

Relajada, le contó por qué.

—Me lo puedo imaginar. Tiene a Red Layton, bailando a su alrededor.

—A él no parece importarle.

—No necesitas parecer tan defensora. Está enamorado de ella, como estoy seguro de que te habrás dado cuenta.

—Por supuesto. Ella siempre podía hacer lo que le daba la gana. Nunca pude entender por qué sus padres siempre eran tan fríos y poco afectuosos.

—Tuvieron un divorcio bastante problemático. Me imagino que ninguno de los dos tenía entonces estabilidad emocional. Me pareció oír que quedaste para comer con ella.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. ¿Piensas pasar el restó de la noche aquí?

—¿Qué? Oh, no, por supuesto que no.

Pero no pudo quitarse el cinturón de seguridad.

—Vamos, déjame a mí —ofreció Conal—. Tendré que mandarlo cambiar..., se atasca a menudo.

Catlin quitó los dedos cuando su mano se movió sobre la de ella. Él necesitó unos momentos para desatarlo. Cuando lo consiguió, levantó repentinamente la cabeza y la pilló observándole.

—Pareces cansada, tienes ojeras, y posees ese aire peculiar que uno adquiere cuando se siente agotado. Sólo falta una cosa...

Hipnotizada, se quedó mirando sin moverse cuando se acercó para besarla. Ni aún entonces, él la obligó al tipo de beso que temía. Con amabilidad la beso, como si eso fuera todo lo que alguna vez quiso.

Sin pensarlo, como prisionera de los exquisitos sentimientos de sensualidad que despertaba en ella, levantó la mano para tocarle la mejilla con las puntas tic los dedos, se sentía excitada. Conal levantó la cabeza y le rodeó los hombros con el brazo.

La boca masculina fue un dulce tormento, encontraba las zonas más sensibles con una habilidad conseguida después de muchos encuentros en el pasado. El cansancio hizo que Catlin no reaccionara y antes de que se diera cuenta del peligro, se rindió.

Algo extraño le sucedía a Catlin. Se sentía flotar, una calidez se extendía hacia sus extremidades, dejándola indefensa. Conteniendo la respiración, se movió, echando la cabeza hacia atrás, temerosa de la reacción que eso causaría.

—Tranquila, querida, tranquila —le murmuró él, y ella volvió a quedarse quieta, temblando, y sin embargo, extrañamente segura.

—No —le dijo apasionada.

Para su sorpresa, su mano dejó de acariciarla.

—Así es como deberías verte, Catlin. Preparada para el amor. Avergonzada por haberse rendido con tanta rapidez ante su práctica de seducción, ella preguntó:

—¿No quieres decir el sexo? —Los dos pueden ser sinónimos. —No en este caso.

Él la soltó cuando ella se movió para bajarse del coche, pero tuvo que esperarle en la puerta mientras él cerraba y cuando se le acercó, le dijo con calma:

—Como ves, Catlin, no eres tan diferente de Belinda o Maya, y todas esas otras mujeres a las que desprecias por rendirse a mis encantos.

Sus palabras la hicieron palidecer.

—¿Yo dije eso?

—Sí. La noche antes de abandonarme que nunca podré olvidar. Por eso estabas tan enfadada ¿no fue así? Porque me deseabas a pesar de odiarme —mientras le daba vuelta a la llave en la cerradura, añadió de hecho, por eso me odiabas.

Él estaba equivocado, pero ella no podía decírselo. Ni siquiera en ese momento estaba preparada para confesar que se sentía tonta y temerariamente obsesionada por él, a la merced de una pasión tal que la única forma en que podría controlarla, era ocultándola. Y sólo tuvo que pasar una semana en su compañía para que esa dolorosa atracción volviera a aparecer con tanta fuerza como siempre.

Capítulo 6

LA casa estaba caliente y en silencio, una tenue lámpara iluminaba la escalera. Karen ya se había ido a la cama.

—Estás equivocado —dijo Catlin apoyando una mano en la barandilla.

Él la miró inquisitivo, deteniéndola al atraparle la mano debajo de la suya sobre la madera.

—No quiero discutirlo hora —titubeó ella, mirando sus manos antes de terminar—. No creo que haya nada que discutir. Seis años es mucho tiempo, Conal.

—No han sido suficientes para que tú crecieras.

—¿Te he provocado esta noche?

—Tú en sí eres una provocativa. Pero eso no necesito decírtelo, ¿verdad? Ya lo sabes. Eres consciente de ti misma como una mujer deseable. ¿Cuántos amantes necesitas para recuperar tu confianza, Cat?

—¿Cuántas fueron necesarias para ti? —contestó—. Yo siempre creí que era algo innato, pero tal vez lo consigas satisfaciendo a cientos de mujeres.

Le apretó los dedos con crueldad, hasta que dijo: —No te busques problemas.

—Entonces, no me ataques. Ya no tengo que soportarte.

—Estos seis años tampoco te han enseñado discreción en lo que a mí se refiere —dijo con dureza tirando de ella para cogerla en sus brazos. El contacto tan íntimo la despertó traicioneramente a la vida. Necesitó de todo su autocontrol para mantenerse rígida, para ignorar el repentino calor anhelante de su interior, el urgente deseo de abrazarle con pasión.

Trató de recordar el temor y la humillación de la noche anterior a su huida, pero su recuerdo la traicionó y todo lo que pudo recordar fue la dulzura de sus manos y su boca, mientras exploraba su cuerpo, y el anhelo insatisfecho que llenó su ser.

Desvió la cabeza para no sentirse medio sofocada contra su pecho y dijo con furia:

—¡Suéltame, Conal!

Él no intentó besarla, pero cuando ella habló, inclinó la cabeza y le tocó la frente con los labios antes de soltarla.

—Tú —dijo deliberadamente, observándola cuando ella se volvió para subir la escalera—, vas a terminar por volverme loco.

Le pareció mejor ignorar el tono de su voz, y mientras iba a ver cómo estaba Jenny antes de acostarse, Catlin forzó su mente a pensar

en cosas agradables.

Pero más tarde, en la oscuridad de su habitación, recordó a Belinda Scargill. Sus enormes ojos azules siempre se detenían en Catlin con una especie de desdén, y le había hablado con una dulzura tan condescendiente, que todavía hacía que Catlin se acongojara. ¡Cómo la había odiado! Belinda era todo lo que ella ansiaba ser y que no era.

Estaba enterada, por supuesto. Toda la aventura tuvo lugar ante su vista. Noche tras noche, se acostaba en esa misma cama, helada por la desesperación, porque todo el mundo sabía que Belinda y Conal eran amantes y pensaban que ella no lo sabía. Vívidamente recordaba las charlas que se detenían abruptamente, las insinuaciones maliciosas y las miradas de soslayo.

Y ahora, por alguna razón, él deseaba a su esposa. Merecía que ella le animara y luego le humillara rechazándole, para pagarle lo que le hizo.

Sin embargo, ella no podía comportarse así, de cualquier forma, a Conal no se le podían gastar bromas de ese tipo. Suspiró y se volvió de lado, deseando dormir y respirando profundamente para conseguirlo. Llevaba años sin acostarse así, pensando en los errores del pasado.

Sin embargo, era lógico recordar lo que antes la había herido. El mantener rencores le parecía poco civilizado y malo para el carácter, pero esos momentos pasados en sus brazos en el coche, habían sido peligrosamente dulces; tenía que reorganizar sus defensas.

Sin poder evitarlo, lloró. ¿Por qué había insistido en que regresara? Jugaba a ser Dios, obligándola a salir de la vida feliz que se había labrado para sí misma, sólo por la maldad, o para tranquilizar su conciencia culpable.

Cuando la vio de nuevo, la deseó, porque era elegante y sofisticada, digna presa para tan famoso cazador. Y ella, ingenuamente, le dijo que poseía experiencia, para que él no tuviera remordimientos al acercársele. ¿Pero acaso no podía ver que debajo de esa capa de barniz, seguía siendo tan inocente como cuando huyó de él? ¡Ella fue demasiado confiada! Estaba tan segura de sus fuerzas que no se preocupó del peligro al que se enfrentaba.

Sin embargo, Catlin debió haberlo sabido. De no ser así ¿por qué entonces había pasado esos últimos seis años viviendo como una monja? Pensó que el dolor que experimentó al iniciarse en el sexo la había atemorizado, pero no fue nada de eso, por supuesto. Sencillamente, Conal había impreso su imagen de tal forma en su subconsciente, que no podía volver a amar de nuevo.

Ahora se daba cuenta de que era una tontería no hacerle caso a un hombre que tuviera el tipo de voz equivocada o que gesticulara

demasiado al hablar. Los dos chicos que le habían atraído en el pasado le recordaban un poco a su esposo, aunque el parecido físico no era muy evidente.

No le daría la oportunidad de seducirla. Debía sufrir por una vez las torturas de un deseo no correspondido. ¡No le haría daño saber lo que era eso!

Maxie llegó en un coche de color rojo.

—¡Querida! —gritó casi antes de bajarse del coche—. ¡Oye, Cat, estoy aquí!

—¡Ya voy! —Catlin se rió mientras sufría una vez más el impacto del abrazo de Maxie.

—Pues aquí me tienes —dijo jubilosa— y te advierto que siento mucha curiosidad. ¿Sabías que nuestros maridos hoy van a asistir juntos a una reunión?

—No, no estaba enterada. Conal y yo no hablamos de negocios.

—¡Por supuesto! —Maxie se rió en la cara de su amiga—. Ah, querida, no te comportes tan distante, sabes que no podrás estar así mucho tiempo. Desde que éramos niñas, yo siempre podía hacer que dejaras de actuar con seriedad. Yo era imposible, y no he cambiado.

Catlin se rió y recordó lo imposible que había sido entonces y qué leal y digna de confianza era. Maxie nunca contaba historias, ni usaba su encanto para conseguir favores para ella misma, pero no le importaba hacer uso de él para evitarles a las dos las consecuencias naturales de sus fechorías.

—Ven y siéntate —le dijo Catlin, guiándola a través de la casa hacia la terraza.

—Mmmm, muy bonita. Red y yo vivimos en un edificio moderno en Titirangi, con pinos de Nueva Zelanda que entran por la ventana y grillos que caminan solemnemente por encima de la mesa del desayuno.

—¡Huy! —Catlin odiaba los enormes grillos de Nueva Zelanda.

—Pues a mí no me importan tanto como los escarabajos. El otro día, cayó uno en mi camisón.

—¿Y qué hiciste?

—Grité. Red me arrancó el camisón y mató al bicho. Y al día siguiente colocamos protectores de alambre en todas las ventanas de las alcobas.

La señora Jansen sacó vino blanco para que tomaran el aperitivo, y se apresuró a entrar para encargarse de la comida.

—¿Está aquí desde hace muchos años?

—No —respondió Catlin.

—Parece un encanto. Yo tengo un dragón que me vigila para que

yo no pueda causarle daño al futuro heredero de la fortuna de los Layton. También es un primor, pero es como una nana —Maxie dio un gran sorbo al vino y dijo—: bueno, ahora cuéntame. Antes que nada, ¿cómo es que la tal Catherine Loring de la que había oído hablar, resulta ser la amiga más querida de mi niñez, Catlin Galbraith?

Catlin le contó la verdad.

—Bueno, eso es en líneas generales —le dijo a Catlin cuando terminó.

— ¿Qué sucedió realmente?

—¿No lo puedes adivinar?

—Sí, me temo que sí. ¿Qué pensaba él al casarse contigo? Debió imaginar que no funcionaría.

—Creo que todavía se encuentra bajo los efectos de la muerte de Claire. Estaba muy enamorado de ella, y creo que todavía lo está.

—No parece que sea el Conal que he llegado a conocer y a querer. ¿Quién era la mujer? —al ver la mirada inexpresiva de Catlin, Maxie, sonrió—. Vamos, querida, os conozco bien a los dos. Resulta evidente que algo te alejó, y debe haber sido bastante terrible, por que eres una mujer muy responsable.

—Una mujer llamada Belinda Scargill.

—No he oído hablar de ella. ¿Qué aspecto tenía? Catlin la describió.

—¡Pobre Cat! Con razón te fuiste corriendo. Sin embargo, ahora has regresado y eso es lo que importa.

—No permanentemente.

—¿Quién lo dice? Ayer vi a Conal embelesado, Maya también lo notó y le sentó fatal.

—Ella es una razón —dijo Catlin con cierta brusquedad. —Pero Cat, eso ya pasó hace mucho, y hay que afrontar el hecho, no puedes culparle a él. Ella le persiguió sin tregua, desde que le conoció. Él no sería normal si no hubiera aceptado lo que ella ofrecía.

—¿Qué harías tú si Red te fuera infiel?

—Eso es una historia diferente. Creo que le mataría. Pero tú, no estabas aquí, abandonaste a Conal hace seis años. No puedes culparle por una aventura ocasional.

—¿Ocasional?

—Sí. En serio, Cat, no es un casanova. Llevo aquí cuatro años, hace tres que le conozco y sólo sé de una mujer con cuyo nombre le asociaron. Y tú ya sabes lo que es la vida en Auckland. ¡Si hubiera habido otra persona; lo hubiese sabido! Como bien sabes, la norma es la exageración.

—Está Ángela Perrott —observó Catlin.

—Todos sabemos que Emily Loring ha intentado que salieran, y todo el mundo, incluso Emily, se da cuenta de que es inútil. Él no quiere volver a casarse otra vez.

—No puede —dijo Catlin—. No está divorciado. —¿Por qué no?

—No sé —se encogió de hombros—. Tal vez porque casado está a salvo de Maya Suthcott y las de su clase.

—Vamos, tú sí que estás enamorada de él, ¿verdad? —el largó silencio fue interrumpido por la sirena de una lancha y luego Maxie mencionó en voz baja—: Debes amarle mucho.

—No... le odio... —Catlin dijo confundida, y la miró con horror. Pero cuando se dio cuenta, bajó la cabeza, se cubrió el rostro con las manos y se quedó así durante largo rato.

Por supuesto que Maxie tenía razón. Catlin había estado ocultando sus sentimientos desde que llegó a Auckland, negándose a reconocer el profundo amor que sentía desde hacía más de seis años, por un hombre. que no tenía idea de lo que le había hecho.

—Creí que sólo había sido un ligero enamoramiento —confesó por fin, irguiéndose y mirando a Maxie—. Es una tontería, ¿verdad? Debo de ser como los gansos cuando nacen, que creen que lo primero que ven es su madre. Yo tengo fijación en mi primer amor.

—¿No podría se tu último amor, Cat? Estoy segura de que él te desea.

—¿Como a las otras? ¿Te sentirías feliz si tuvieras un matrimonio así?

—No, supongo que no. Aunque vosotros hacéis una pareja perfecta. Red decía que esperaba que hicieras feliz a Conal.

—¡Oh, Red es encantador! —Catlin miró ceñuda la copa de vino y de pronto la tiró—. Olvidémoslo —dijo tratando de contener las lágrimas—. Vamos a comer. He puesto la mesa en el comedor, pero comeremos aquí en la terraza. El día está muy bonito para desperdiciarlo.

Pasaron el resto del día juntas, recordando y riendo como dos colegialas, hasta que Maxie se despidió.

—Tengo que irme, porque si no, mi querido dragón comenzará a llamar —expresó jubilosa—. ¡Oh, Cat, me ha encantado volver a verte de nuevo! Ojalá que te quedes. Aquí he hecho muchas amistades, pero las viejas son las mejores, ¿no es así?

—No creo que sea posible. Pero prometo no volver a perder contacto contigo.

—Algunos hombres no saben la suerte que tienen. De todas maneras, Cat, no te des por vencida. ¡Sigue adelante!

—No. Él sabe que no tengo intenciones de quedarme aquí.

—Bueno, supongo que tú sabes mejor tus asuntos —pero fue evidente que Maxie lo dudaba. Sin embargo, poseía algo valioso, sabía cuándo callarse, así que no dijo nada más, le dio a Catlin un abrazo y se fue.

Suspirando, Catlin regresó a la casa.

La señora Jansen fruncía el ceño al colgar el auricular del teléfono.

—Era la señora Loring —mencionó distraída—. Quiere que alguien le lleve unas cosas..., libros y un camisón limpio.

—Conal tendrá que llevárselos esta noche.

—¿Se le ha olvidado? Va a salir a cenar, e irá a ver a su madre antes de regresar a la casa.

—¡Oh! —Catlin frunció el ceño—. En ese caso, puedo ir yo.

Como no son horas de visita, no la veré, pero puedo dejar las cosas en el pabellón y pedirle a alguien que se las entregue.

—Bueno, si puede. También quiere papel de escribir y otras cosas. Creo que debe estar aburrida. ¿Cuándo la mandarán a casa?

—El próximo martes, si todo sigue bien.

Catlin echó una ojeada a su reloj.

—Mire, usted sabe dónde guarda sus cosas. ¿Podría hacer un paquete para que yo se lo lleve ahora? Quiero regresar antes de que llegue Jenny. Va a ir al ballet con Joanne Henderson y su madre; la señora llamó y la invitó ayer, pero a mí me gustaría estar aquí cuando regrese.

Veinte minutos más tarde, Catlin se llevaba el Mercedes de Emily y conducía por la autopista; iba concentrada, recordando las diferencias en las señales de tráfico que había entre las que ella estaba acostumbrada y las de Nueva Zelanda. Después del tráfico de Sydney, el de Auckland no era nada para ella, pero no se quiso distraer para no correr ningún riesgo.

Cuando llegó, aparcó el coche y se dirigió al edificio donde estaba Emily. Una monja pasó cuando Catlin le daba el paquete a una enfermera.

Se detuvo y le dijo con amabilidad.

—¿Por qué no se lo da usted misma, señora...? —Loring —Catlin se puso nerviosa—. Soy su nuera.

—Bueno, pues venga. Esta tarde no ha tenido visitas y se siente un poco desanimada.

Catlin no supo qué hacer, pero no encontró palabras para explicar su problema. Por fin asintió y siguió a la amable monja.

Emily estaba sentada en la cama; su expresión no cambió cuando vio a Catlin, pero su voz fue fría cuando la saludó.

—La veo bien —observó Catlin, sentándose.

—Me siento muy bien —Emily cambió de postura—. ¿Cómo está Jenny?

—Oh, bien. Se acuerda mucho de usted, la extraña.

—Es natural —hubo otro silencio y luego—: Conal parece cansado.

—¿En serio? No lo había notado. No pasa mucho tiempo en la oficina.

—Tu estancia aquí le mantiene en tensión. ¿Por qué has regresado? —Emily la miró con antipatía.

Catlin parpadeó, dándose cuenta con sorpresa de que su suegra había hecho acopio de valor para preguntárselo.

—¿Ha sido por dinero? Si ha sido por eso, yo tengo un poco...

—Ha sido por eso, pero le aseguro que yo no quería volver. Conal me obligó a hacerlo.

—Supongo que pensó que como iba a poner el dinero, tenía derecho a saber qué pensabas hacer con él.

—Tal vez si fuese a poner el dinero, pero usted sabe que es mío. Conal sólo lo tiene en fideicomiso y no lo tendrá por mucho tiempo más —añadió molesta—. Voy a hacer que le reemplace alguien, que no esté tan íntimamente relacionado conmigo.

—¿Realmente crees eso? Mi querida niña, tu padre tenía muchas deudas. Todos estos años has estado viviendo del dinero de Conal.

Catlin se quedó sin habla. Por un momento todo le dio vueltas a su alrededor. Sintió que se ponía pálida y que su suegra exclamaba algo.

Catlin ahora lo entendía todo. Emily la miraba y se oprimía la boca con una mano.

—¡Cielos, no lo sabías! —sus palabras habían sido muy duras—. Catherine..., ¿dónde vas?

—Me voy.

Cuando avanzaba por el pasillo, oyó a la señora Loring llamarla de nuevo, pero la ignoró, concentrándose sólo en caminar en línea recta.

Catlin se fue andando hacia la ciudad, sin disfrutar de la belleza y la paz de los alrededores. Se abrió paso entre la gente; no pensaba en nada, tan sólo le preocupaba poder llegar a casa de su abogado.

Cuando un coche se detuvo a su lado, ella no se dio cuenta, tenía los ojos fijos en el suelo. Conal le ordenó que se subiera, y ella ni se paró.

—Súbete —le volvió a decir.

Ella levantó la cabeza para mirarle.

—Quiero ver al señor Stretton.

—Yo te llevaré.

La tocó con gentileza, para que se subiera al coche. Catlin se quedó sentada con la cabeza gacha, con las manos sobre el regazo como una

colegiala.

Cuando el coche se detuvo, levantó la cabeza, desconcertada. —Ya hemos llegado —le dijo él, desabrochándole el cinturón de seguridad como si fuera una niña.

Ella se encogió y sintió su ira, pero todo lo que él le dijo fue: —¿Quieres que entre contigo?

—Sí, será mejor. Aparentemente, no tengo secretos para ti. Él le cubrió la mano con la suya.

—Catlin... —comenzó a decir, pero ella se bajó del coche. Ella se dio cuenta de que el señor Stretton estaba sobre aviso. Tenía aspecto de preocupación y culpabilidad al mismo tiempo.

—Querida mía —dijo mostrándole una silla.— Mi secretaria ha hecho café. ¿Le apetece una taza?

—Sí, gracias.

Él intercambió una mirada con Conal y prosiguió en voz baja: —El señor Loring me ha dicho que desgraciadamente oyó hablar sobre el estado de sus negocios antes de que él se lo explicara. Sólo entonces Catlin se dio cuenta de la desesperación con que había deseado que todo fuera mentira.

—Sí —respondió después de titubear—. ¿Quiere decirme exactamente cuánto tengo? ¿Cómo están las cosas?

Más tarde, cuando se le pasó un poco el susto, supo que no es taba tan mal. Al principio había habido muy poco en el fideicomiso, pero la habilidad con que Conal manejó todo, hizo aumentar considerablemente su capital.

—Terminará siendo una mujer bastante rica —dijo el señor Stretton tranquilizándola.

La realidad era que a Catlin eso no le importaba.

—Así..., así que los ingresos que he estado recibiendo...

—Sí —reconoció el abogado de mala gana—. Cuando hablé por primera vez con el señor Loring,, él me reveló el verdadero estado de los negocios y acordamos este plan.

—Ya veo. ¿Y también decidió mantenerle al día de mis actividades?

—No lo hice, excepto asegurarle que usted estaba bien, y que era feliz.

—Gracias por eso —se puso de pie y le tendió la mano—. Gracias por todo lo que hizo, señor Stretton. No creo que haya sido una labor muy agradable para usted.

Él trató de tranquilizarla y los despidió. Cuando Catlin se sentó otra vez en el coche, recordó con impotencia:

—Dejé el otro coche en el aparcamiento del hospital. —No te

preocupes. Ya se hicieron cargo de él.

—Por supuesto —claro que eso sucedería —Conal era un experto en manejar las situaciones, nada lo confundía.

De pronto se cubrió el rostro con las manos y se quedó así hasta que llegaron a casa.

Una vez allí, Conal la cogió en brazos y la llevó a la cama, no haciendo caso a sus protestas.

—Ponte el camisón —le ordenó—. Yo te traeré algo de beber. —El señor Stretton me dio un café. —Haz lo que te ordeno.

—Muy bien —dijo de mala gana.

Cuando él regresó, ella estaba acostada en la cama con el brazo sobre los ojos como si le molestara la luz. Él le había preparado le che caliente con coñac; se la tomó y dejó de temblar.

—Trata de dormir —ella colocó la cabeza sobre la almohada y se durmió.

Casi estaba oscuro cuando despertó. En el exterior, el sol se ponía y en la playa se oía el murmullo de las olas. Se quedó acostada sin moverse, pensando. Oyó la voz de Jenny llamando al perro. Su voz clara se mezclaba con los excitados aullidos que eran la respuesta de Patch.

Más cerca, pudo oír la voz de Conal. Hablaba por el teléfono de su habitación y lo hacía con su madre.

—Te llamaré en cuando se despierte —le dijo con cierta impaciencia—. Sí, lo sé mamá..., sí..., sí..., se lo diré..., adiós.

La puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba abierta de par en par; Catlin pudo ver a través de ella la esquina de su cama. Era una alcoba muy austera para una persona tan sensual.

El sueño había aclarado sus ideas. Ahora, acostada en su casa tenía que aceptar que desde que le abandonó, se había mantenido gracias a su dinero. El sentido común le decía que era un dinero maldito, que se lo dio porque él se sentía culpable, pero en la base de todo estaba el hecho de que su valiosa independencia era tan insustancial como el aire. Tendría que reorganizar su vida. De lo primero que debería olvidarse sería de sus sueños de tener la librería; no se podía permitir el lujo de tenerla. Y todos sus ahorros tenía que utilizarlos para pagarle a él. Luego estaba el apartamento..., con el salario que tenía como contable, tendría que cambiarse a uno más pequeño. Deb iba a tener que buscar una nueva compañera. Apretó los dedos sobre la sábana de hilo. Pensaba que Conal debió divertirse por su arrogancia al negar sus derechos.

¿Acaso había planeado usar la deuda que tenía con él para obligarla a compartir su cama? Pero aún cuando se le ocurrió ese

pensamiento, no le creía capaz. Así no era Conal. Confiaba demasiado en sus poderes de persuasión sexual como para tener que hacer chantaje. No, estaba seguro de que tarde o temprano ella sucumbiría a la atracción que había entre ellos.

Se oyó una puerta. Catlin alisó el lugar donde sus dedos habían arrugado la sábana. Su voz la sobresaltó.

—Creí que seguirías durmiendo toda la noche.

—No. ¿Cuánto coñac me diste?

—¿Estás mareada? —sonrió y se sentó al lado de la cama—. Suficiente para hacerte dormir. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

Él estaba demasiado cerca.

—Bien —le dijo sonriendo mientras se inclinaba a recoger dos almohadas de una silla—. Siéntate —le ordenó y cuando ella lo hizo, le colocó las almohadas detrás de su espalda.

Catlin tiró de la sábana para cubrirse los senos y se quedó sentada mirándole enfadada.

—Pareces una chica de dieciséis años —le dijo cogiendo un mechón de su pelo.

—¿Me lo hubieras dicho?

—No —él se puso de pie.

—¿Por qué, Conal? Debías saber…

—¿Que no aceptarías nada de mí? —le volvió a sonreír, aunque nada divertido—. Oh, sí, eso lo sabía. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sólo tenías dieciocho años, sin familia ni amigos que te ayudaran. Si yo hubiera podido sacarle a Stretton donde estabas, te hubiese traído de regreso, pero él se negó a decírmelo. Nunca se me hubiera ocurrido que te irías a Australia.

¿Por qué? ¿Era yo demasiado provinciana para poder abrirme camino?

Creí que regresarías al sur. Durante un año tuve detectives buscándote. Me hubiera enfermado de preocupación de saber dónde estabas. Evidentemente no pudiste con el cambio de Mount Fay a este lugar, Australia debía haberte atemorizado más.

Ah, pero allí no te tenía a ti…, ni a tu madre…, ni a Belinda Scargill…, atormentándome —replicó—. Era libre para hacer lo que quería. Y adoro Australia. He estado muy bien allí.

Y no ves la hora de regresar.

Así es.

Conal se paró y se dirigió a la ventana, dándole la espalda a ella en tanto miraba hacia el jardín.

Sin querer, Catlin cerró los ojos, pero la imagen de él se le había

quedado grabada. Nadaba por la mañana y por la noche, a lo largo de la piscina para mantenerse en forma, pero era más que esa emanación de salud y fuerza lo que le hacía tan atractivo.

—Estás bien? —la voz de él le llegó de lejos.

—Sí —le respondió y abrió de nuevo los ojos—. Ahora me levantaré.

—Tonterías! Te quedarás donde estás hasta mañana por la mañana. Jenny está muy emocionada. Va a cenar aquí contigo y esta noche te leerá a ti un cuento para que te duermas.

Una tierna sonrisa curvó su boca.

—Entonces, estoy de acuerdo, pero me encuentro muy bien.

La quieres, ¿verdad?

¡A Jenny! —respondió con lentitud, porque el instinto le advirtió que no se entusiasmara mucho—. Es un encanto.

Mi madre está muy acongojada por su comportamiento de hoy.

Supongo que te llamó.

Sí —él pareció titubear y luego fue a sentarse de nuevo en la orilla de la cama. No trató de tocarla, pero se quedó mirando largo rato sus manos mientras decía—: temió que hicieras algo..., me llamó de inmediato, pero yo había salido. Afortunadamente, mi secretaria sabía dónde estaba y se puso en comunicación conmigo. ¿Por qué te perturbaste tanto, Catlin?

Tú sabes por qué —murmuró y desvió la cabeza para que no pudiera ver su expresión—. El descubrir que tengo que agradecerte que me hayas mantenido durante todos estos años hacía que lo que yo decía y hacía, fuera ridículo.

¿Cómo puedes decir eso? —le cogió las manos y las sostuvo entre las suyas, acariciándole con los pulgares las venas de la muñeca—. ¡Cat, no seas tonta! No necesitas decirme que has madurado encantadoramente y que eres una mujer inteligente y con carácter. ¡Es probablemente la mejor inversión que podía haber hecho con el dinero!

—¿Dónde estabas cuando tu madre trató de comunicarse contigo?

Apretó los dedos. La amargura torció sus labios, mientras respondía con brusquedad:

—Estaba con Maya.

La angustia la recorrió y la hizo suspirar.

—Ya comprendo.

—No es así. La llevé a comer y luego a su casa, donde le comuniqué que ya no volvería a verla.

—Espero que no por culpa mía —replicó odiándole, odiándose a sí misma por ser tan débil que se sentía herida por su evidente

infidelidad.

Conal maldijo para sus adentros, negándose a soltarle las manos cuando ella trató de liberarlas.

—No. Ya había terminado antes de que llegaras. Ella sabía a qué atenerse, Cat. No soy el primero y no seré el último en su vida, —Está enamorada de ti.

—Ya te dije que no sabe el significado de esa palabra. Ah, sí, me desea, pero ha deseado a otros.

—¿Y Ángela? ¿Qué hay de ella? También parece desearte.

Él le deslizó las manos por los brazos, apartándola de las almohadas. Su contacto era agradable, le sonrió, pero en sus ojos había un brillo que ella reconoció y que temía.

—La ha elegido mi madre. No he dormido con ella, si eso es lo que quieres saber. Y tampoco le he hecho ningún tipo de promesa, Cat. ¿Por qué odias tanto a mis amigas? En cualquier otra chica, yo creería que son celos.

En su voz había cierta provocación. Herida en su orgullo, Catlin se apartó de él; Conal le sonrió y la dejó que cayera sobre las almohadas, pero la siguió, deslizándole el brazo para aprisionarla con su peso.

—¡No estoy celosa! —dijo furiosa.

—Pues yo sí. Celoso de cada hombre que te tuvo así, en la cama, indefensa debajo de él. La vez que te poseí, estaba furioso pero no tanto como para que no me agradaras. Eras una pequeña y dulce virgen con un asombroso talento para hacer el amor. Nunca he olvidado cómo reaccionaste cuando te mostré en qué consistía el amor. El tuyo fue un magnífico abandono, hasta que te lastimé.

Mientras le hablaba, con la boca le rozaba su sedosa piel del cuello.

—¿Amor? Eso no fue amor, Conal. Tú estabas furioso y me violaste, porque querías someterme por haberme atrevido a gritarte por tu sórdida aventura.

Él se rió para sus adentros, nada enfadado por el desdén que había en su voz.

—Mmmm, así es como comenzó. Pero no transcurrió mucho tiempo antes de que ambos olvidáramos lo que había sucedido antes, ¿no es así?

El movió la mano con suavidad por el hombro de Catlin y le acarició la piel. Ella se quedó rígida, mientras un torrente de fuego recorría su cuerpo. Sentía sus labios contra su piel, moviéndose cada vez más cerca de sus senos. Sabía lo que él haría, y conocía exactamente cuál sería su reacción. Tuvo razón al describirla como perdida. El recuerdo de su vergonzosa pasión le fue tan odioso, que lo

había alejado a la parte más recóndita de su mente, negándose a reconocer que él había sabido cómo hacer que ella se apasionara.

—¡No! —gimió—. Por favor, Conal. ¡No puedo soportarlo!

El levantó la cabeza para mirarla. En lo profundo de sus ojos había un destello de burla.

—¡Pobre Cat! ¿Por qué no aceptas que me deseas tanto como yo te deseo a ti?

—¡Porque no es así! —le empujó para alejarle.

De un rápido tirón levantó la sábana y se acostó en la cama a su lado, aplastándola contra el colchón con el peso de su cuerpo.

—Sí me deseas —le dijo con frialdad, y la besó. No con rudeza, ni con pasión. Suave, muy suavemente, tocándole la boca con la suya, dándole pequeños besos que la excitaban y hacían que la sangre en sus venas corriera insatisfecha.

Ella soportó todo lo que pudo, cerrando los ojos para no ver la diversión en los de él. Pero después de un rato no pudo resistirse más.

Cuando se dio cuenta de que ella no iba a luchar, disminuyó el cruel apretón y comenzó a acariciarle la nuca. Catlin se estremeció. Durante seis años se negó a pensar en cómo había sido esa noche, pero el recuerdo sólo estaba reprimido, no olvidado.

—Te deseo —murmuró él—. Mi dulce tormento, si no dejas que te ame, vas a volverme loco.

—La última vez, te apoderaste de lo que querías.

—Sí y me arrepentí mucho de ello —le retiró los tirantes de su camisón y éste se deslizó hasta su cintura—. No esta vez prometió—. Nunca más.

Se portó amable, como si temiera asustarla, pero sus caricias eran muy hábiles. ¿Cuántas otras mujeres habían estado acostadas así, observándole mientras él las exploraba los cuerpos, con unas manos que sabían cómo despertar—y excitar? Conal consiguió despertar su deseo. Le abrazó con pasión. Trató de recordar por qué no había querido que la poseyera, porqué había tenido miedo de esa esclavitud, pero su cerebro sólo era consciente de las sensaciones que la vencían.

Capítulo 7

DESPUÉS de un rato, oyeron que alguien corría por el pasillo y la voz de Jenny.

Por un momento se quedaron entrelazados, hasta que la puerta se abrió, y Conal tiró de la sábana para cubrir a Catlin. Pero eso fue todo lo que tuvo tiempo de hacer, por lo que cuando su hija entró en la habitación, seguían juntos en la cama y ante la vista de cualquiera, aparentemente unidos en un amoroso abrazo.

—¡Oh! —Jenny se asombró pero siguió avanzando hacia ellos mirándolos con interés—. Lo siento, Catlin, pensé...

Conal se había recuperado. Pasándose una mano por el pelo se levantó de la cama y dijo con frialdad:

—Antes de entrar en una alcoba, debes esperar a que te inviten.

—Yo no sabía que estabas aquí —Jenny fijó su mirada en Catlin, mientras ésta se deslizaba debajo de las sábanas tan avergonzada y enfadada consigo misma, que casi no podía pensar.

—Lo siento, Catlin —volvió a decir Jenny—. ¿Vas a quedarte con nosotros? Realmente eres la esposa de papá, ¿verdad?

—Sí, por el momento.

—Pero si le estabas besando. Y papi te besaba a ti. Lo hacías, ¿verdad? ¿Por qué no quieres quedarte, Catlin? Te prometo que me portaré bien. No me importa lo que diga Joanne, no eres una horrible madrastra como las de los cuentos.

—Oh, querida —dijo Catlin indefensa—. No eres tú, Jenny, te lo prometo. Te quiero... te quiero mucho... —no pudo seguir hablando. Miró a Conal en busca de apoyo, pero él estaba parado metiéndose la camisa en los pantalones y negándose a ayudarla.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué no deseas quedarte, Catlin? Papi quiere que lo hagas. Yo le pregunté y él respondió que sí. Y yo también lo deseo... Haces que todo sea más divertido.

—Ven aquí —dijo Catlin tendiéndole los brazos llorosa. Pero Jenny se quedó parada, con expresión de dolor.

—Creo... creo que Patch me llama —dijo y salió corriendo. Catlin se mordió el labio y luego apoyó el rostro en las almohadas.

—¡Maldición! ¡Maldición, maldición, maldición! —levantó la cabeza y dijo furiosa— ¿Ves dónde nos ha llevado tu maldita arrogancia? ¿Por qué no Pudiste dejar las cosas como estaban, Conal? No, tenías que representar el papel de Dios y hacerme venir aquí para herir a Jenny y lastimarme a mí. Y es muy posible que a tu madre no le hubiera dado el infarto si no me hubieses hecho aparecer como una pesadilla.

—¿Crees que no pensé en eso? —preguntó con rudeza y al ver su asustado rostro, exclamó— No, no es cierto, Catlin, te juro que no lo es. Ella siempre ha tenido la tensión muy alta, pero siempre ha sido muy descuidada con los medicamentos que debe tomar. El doctor comentó que esto le hubiera ocurrido tarde o temprano. Pero se recuperará por completo, y de ahora en adelante, sólo tenemos que esperar que sea más sensata.

—¿Y qué pasará ahora con Jenny? —preguntó con amargura.

—Como mamá, se recuperará. Aunque espero que pueda persuadirte para que te quedes.

Por un momento pareció no escuchar sus palabras, pero luego, levantó la cabeza y se le quedó mirando desconcertada.

—Yo... ¿qué has dicho? —le preguntó.

Él sonrió, aparentemente divertido por su reacción, aunque su mirada fue cautelosa.

—Ya has oído.

—Pero..., pero ¿por qué?

—¿Por qué no? Eres mi esposa. Sexualmente podemos funcionar como un buen matrimonio. Te has convertido en una mujer capaz de ocupar un lugar a mi lado. Jenny se ha encariñado contigo.

—Y tu madre, es probable que ya no quiera seguir actuando como tu anfitriona más tiempo —le provocó—. Y no tendrías que someterte a las molestias y retrasos de un divorcio antes de poder casarte con alguien igualmente apropiado. Sí, ya veo lo que tú sacarías de ello. Lo que me gustaría saber es ¿qué obtendría yo?

—Dinero —respondió con severidad al acercarse a la cama—. Y..., esto.

Ella tenía que saber que no había que provocarle. Por eso y lo que hacía en ese momento, estaba cerca de aquella última humillación. Cuando ella trató de levantarse de la cama, él le cogió por los hombros, acercándola a él, cosa que hizo que su camisón se le enredara en las caderas: Conal rió, inclinó la cabeza y le mordió el lóbulo de la oreja mientras le rodeaba las costillas con las manos.

—Te veo como una de esas chicas que aparecen en las revistas que tanto desprecias por explotar el cuerpo femenino.

Sin hacer caso del dolor, porque ella le arañaba con las uñas, frenética por rechazarle, él se rió y la acarició.

—¡No! —Catlin se puso como una salvaje, moviendo con fuerza pies y manos, y la cabeza. Luchaba con todo lo que podía, hasta que Conal exclamó algo y la volvió a arrojar sobre la cama, donde se quedó jadeando. El la contemplaba con pasión.

—Muy seductora —comentó— Posas muy bien. Y si no fuera por el

hecho de que Jenny regresará pronto, aceptaría tu invitación. Pero la aprovecharé en otra ocasión.

—¡No lo harás! ¡Te odio, eres un arrogante canalla! ¡No te atrevas a acercarte a mí nunca más!

—¡Oh, cállate! Toda esa furia no significa nada. Crees que me odias, Cat, pero lo que realmente te aterroriza es el hecho de que más que otra cosa, quieres hacer el amor conmigo. Me deseas tanto como yo a ti, de no ser así, ¿por qué te desharías con tanta eficiencia y rapidez de mis mujeres? Fuiste muy clara al decir que ni maya ni Angela tenían ningún futuro. Pero es porque eres muy celosa, por eso.

Le sonrió con insolencia al ver que se ruborizaba y continuó:

—Me añoras —le dijo con suavidad—. Tienes necesidad de mí, me deseas, Catlin. No, no trates de negarlo, lo veo. Tu cuerpo te traiciona cada vez que me acerco a ti. Me gustaría poseerte, ver si puedo saciarte, pero no lo haré —todavía sonriendo se inclinó y la besó.

— No —le dijo y se enderezó, cogiendo la sábana y arrojándosela con determinación.

— No encantadora sensualista, dormiremos juntos cuando decidas quedarte como mi esposa.

Mucho después de que él saliera de la habitación, Catlin seguía inmóvil, con los ojos cerrados, y el amargo sabor de la derrota en la , garganta. Por supuesto que él tenía razón. ¿Cuándo se había equivocado en sus tratos con las mujeres? Ella sintió flagelado su orgullo, derrotado por un deseo que era poderoso por lo elemental.

El rubor volvió a colorear sus mejillas. Apoyó su cabeza en la almohada. ¿Cómo pudo hacerlo? El había hablado de su deseo, pero en su voz también había un hambre reprimida sólo por su voluntad. Durante un rato dio vueltas a la idea de seducirle, deslizándose desnuda en su lecho en mitad de la noche, cuando el sueño hubiera debilitado su fuerza de voluntad. Pero dudaba de que funcionara aunque ella lograra actuar como una mujer atrevida. Y si tenía éxito, él se lo haría pagar.

Estremecida al pensar en la clase de pago que le exigiría, se duchó y se cambió el camisón, para después volver a hacer la cama antes de meterse en ella de nuevo.

Mientras estaba en la ducha, alguien le subió la cena; estaba en < una bandeja en la mesa al lado de la cama. Cinco minutos después de que terminara de cenar, no recordaba qué había comido.

Poco rato después, Jenny regresó. Se notaba que le habían advertido que no dijera nada más acerca del futuro, pero después de ' leer un cuento, abrazó a Catlin con fuerza, antes de salir corriendo.

Catlin le escribió una carta a Deb, pero no le contaba nada de su

situación, porque sabía que se preocuparía por ella.

Un viento ligero hacía que las ramas de los árboles se movieran. Catlin se levantó y corrió las cortinas. Todo estaba muy tranquilo. Fue una sensación misteriosa la que sintió acostada allí, en esa tranquila y odiosa habitación. Después de respirar profundamente varias veces, cerró los ojos, tratando de dormir.

Diez minutos después, un ligero sonido la hizo sentarse en la cama con los ojos abiertos, tratando de ver el otro lado de la alcoba.

—¿Conal?

—Sí —abrió la puerta de su habitación—. Creí que estabas dormida.

—No.

—¿Puedo darte algo?

—¿Qué hora es?

Él miró su reloj.

—Las nueve.

Ella tenía la sensación de que era mucho más tarde.

—No, gracias.

—Entonces, buenas noches —él se fue y ella se quedó allí escuchando frenética los suaves ruidos que se filtraban en el dormitorio. Él nadaba algunas veces antes de dormir; otras noches, caminaba por la playa; generalmente llevaba a Patch con él, durante sus paseos nocturnos. Poco después, un aullido ahogado reveló la presencia del perro.

Catlin se quedó muy tensa, esperando su regreso. Recordó el tiempo que pasó en la universidad y cómo se divertía. Su violación la curó de su aniñado enamoramiento y se sintió como una prisionera puesta en libertad, ligeramente emborrachada de vida.

Entonces ¿qué era lo que hacía pensando en volver a la prisión?

Decidió que ya no seguiría dándole vueltas a la situación.

Pero cuando la puerta que comunicaba con la habitación de Conal se abrió una vez más, seguía despierta. Instintivamente se quedó inmóvil, con los ojos cerrados.

Él no hizo ruido, pero ella sintió su presencia al lado de la cama. Si la tocaba su…, su corazón le latió con fuerza. Cuando la besó en la frente, ella no pudo evitar un movimiento involuntario, pero lo disimuló acomodando su cuerpo en la cama.

No pudo adivinar cuánto tiempo se quedó él allí, pero se sentía muy tensa cuando oyó el suave sonido de la puerta al cerrarse.

Durante mucho rato, Catlin se quedó mirando la oscuridad. Se preguntaba qué había significado esa extraña y tierna caricia. ¿Qué pensaba en ella como en Jenny, alguien a quien había que cuidar y

proteger? ¿O acaso sentía pena por ella ahora, porque sus sueños de independencia se habían hecho añicos? No se le ocurrió que pudo haberla besado porque la amaba. Pero no podía ser así, él había enterrado su corazón con la madre de Jenny; eso siempre lo supo. Emily se lo había dicho y los acontecimientos demostraron esa verdad.

La voz de Jenny la despertó; la oía a través de la puerta pero con claridad.

—¿Se quedará?

La respuesta de Conal no pudo oírla.

Jenny insistió.

—Pero, ¿por qué quiere marcharse, papi? Es mi madrastra y su lugar está aquí, con nosotros. Le gusta estar aquí, me lo dijo. Tú no deseas que se vaya de nuevo, ¿verdad, papi?

—No —contestó Conal.

—¿Ya se lo has dicho? Tal vez crea que no la quieres. ¿Por qué , se fue la otra vez, cuando yo era pequeña?

Conal le hizo una pregunta y ella contestó:

—La abuela me lo dijo. Me contó que Catlin odiaba vivir en la ciudad y que por eso se fue; pero ahora ya no detesta vivir aquí, porque yo se lo pregunté. Papi ¿estará enferma otra vez? Me prometió que después de ir a ver a la abuela, iríamos al zoológico. ¿Podrá ir?

Conal debió sugerirle que mirara a ver cómo estaba Catlin, por que la puerta se abrió con suavidad y Jenny se asomó.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Se me olvidó llamar! —Papi, está despierta. Está…

—Debes acostumbrarte a llamar —la reprendió Conal, pero Jenny se rió y corrió por la alcoba para lanzarse sobre la cama y a los brazos de Catlin, con toda confianza.

—Eso es lo que dice la abuela —dijo cómoda, acurrucándose debajo de las mantas—. Catlin ¿estás bastante bien como para ir hoy al zoológico?

—Bueno, creo que sí —Catlin le besó en la mejilla y luego levantó la cabeza y vio a Conal observándola. Estaba un poco ceñudo. Se sentó en la orilla de la cama.

—Estás un poco ojerosa —dijo—. ¿Estás segura de que estás suficientemente bien para levantarte?

—Sí, por supuesto.

—Sin embargo, no hasta después de desayunar. Vamos, Jen, le enseñaremos lo bien que sabemos preparar las tostadas.

Eso evidentemente era un premio. Jenny gritó de placer al levantarse de la cama. Cuando sus pasos se oyeron por la escalera, Conal se levantó.

—No pongas esa cara de preocupación. En realidad, soy un buen cocinero.

Eso lo daba ella por supuesto. No podía imaginarle haciendo nada mal.

—Lo único que me sorprende es que lo sepas hacer —replicó consciente una vez más de lo poco que realmente le conocía.

—Mamá, piensa que todo el mundo debe saber cuidarse a sí mismo. Jenny también es muy eficiente.

Asintió, mirando la sábana. Sabía que tenía el pelo alborotado, estaba deseando ir al baño a lavarse la cara y los dientes.

—Estás como debo acostumbrarme a verte —dijo Conal con esa extraña habilidad que tenía de leer su mente.

Sus miradas se encontraron. Conal le sonrió, se inclinó y la besó.

Cuando levantó la cabeza, ella estaba ruborizada.

—Así está mejor —dijo sin molestarse en ocultar su satisfacción—. Pasé una noche muy inquieto imaginándote con el pelo enredado encima de mi almohada, tus ojos oscurecidos por el agotamiento y unos cuantos cardenales en lugares interesantes de tu anatomía.

Él la observó y continuó:

—¿Acaso hay algo mejor que la imaginación para pasar una no che en vela? —sugirió con tranquilidad.

Catlin sintió que empezaba a sudar. Le afectaba lo que él decía, y él lo sabía.

—¿Alguna vez has oído hablar de integridad, Conal?

Él sonrió y se acercó más, fijando la mirada en su cuello, donde el pulso latía con rapidez, traicionando sus reacciones.

—¿Qué tiene que ver la integridad con esto? —la provocó por que sabía que estaba muriéndose por él.

—Si tuvieras alguna…

—Querida, mi queridísima inocente, no has aprendido nada de todos los hombres con los que has dormido, ¿verdad? Alguien dijo que todo es válido en el amor y en la guerra. Esto, mi querida esposa, es ambas cosas, y no tengo la intención de luchar con justicia. Usaré cualquier truco que se me ocurra para meterte en mi cama.

Ella se estremeció pero le miró de frente.

—No necesitas usar ningún truco, eso lo sabes —le respondió con suavidad.

—Ah, pero te quiero tener permanentemente —dijo como si se tratara de un ligero flirteo en vez de una seria batalla. Discutían su futuro y él gastaba bromas con una insolente falta de seriedad.

La furia encendió las profundidades de sus ojos y produjo un rubor en sus pómulos. Levantó los brazos y acercó hacia ella su cabeza,

besándole suavemente, moviendo seductoramente la boca sobre la suya, dándole un beso provocador y tierno.

Ella pudo sentir la rigidez de sus músculos, la tensión en todo su cuerpo.

Sobre sus labios le dijo:

—Pequeña, estás buscándote problemas.

Catlin empezó a temblar, cayendo en la trampa que ella misma se había puesto. El deseo se apoderó de ella. Mordiéndose el labio, le soltó, recostándose de nuevo contra las almohadas, pero fue demasiado tarde.

—Ah, no —le dijo él con una peculiar sonrisa. Su boca oprimió la de ella sin ternura ni consideración. Durante un largo rato, la obligó a aceptar su fuerza.

Por fin levantó la cabeza y se le quedó mirando a la cara.

—¿Y quién fue el vencedor de la batalla? —le preguntó con dureza.

— Cat, no comiences algo que no puedes acabar. No voy a poseerte hasta que no decidas quedarte, pero no tengo ninguna objeción en recoger los beneficios adicionales que pueda, mientras te decides.

—Te odio.

—Lo sé. La lujuria es una cosa curiosa, ¿verdad?

—No, es el infierno. Suéltame, Conal, por favor. Jenny puede llegar y formarse juicios equivocados.

—¿Juicios equivocados? Mi hija es una criatura astuta. Te será difícil engañarla.

—No quiero engañarla.

—¿Sólo quieres engañarte a ti misma?

—Quiero regresar a casa y olvidar todo. —¿Como lo hiciste la última vez?

Se mordió el labio, pero ella había dado lugar a eso, diciéndole que había tomado como modelo a las mujeres que a él le gustaban, convirtiéndose en una de ellas.

Él siguió hablando:

—Está bien. No te molestes en levantarte. Te traeremos una bandeja dentro de..., bueno, veinte minutos. —No harás tal cosa. Estoy muy bien. —Como gustes.

Ella se duchó y se vistió, se peinó y se maquilló para ocultar los estragos de la noche. Pero el maquillaje no pudo disimular la hinchazón de sus labios, producto de su cruel beso, y cuando ella entró en la cocina, fue en eso en lo que él se fijó.

—Siempre hueles muy bien —suspiró Jenny, oprimiendo su rostro contra la mano de Catlin.

—Es Fidji —le dijo Conal.

—¡Qué experto eres!

—¿Has olvidado que yo te compré el primer frasco?

—Bueno, pues tienes un gusto excelente. Pero eso nunca ha sido puesto en duda.

—No —contestó él.

Ella se volvió y comenzó a admirar la forma en que estaba puesta la mesa. Jenny había salido a recoger un montón de flores y las había colocado en un jarrón de barro, en medio de la mesa.

—Como la luz del sol —dijo Catlin, tocando una flor con un dedo.

Jenny encogió los hombros, pero se sintió complacida con el elogio.

Por alguna razón, eso fue la pauta para el ambiente del resto del día. Desayunaron en una atmósfera de compañerismo y después recogieron todo entre todos. Catlin fregó, Jenny secó y Conal puso las cosas en su sitio.

Catlin debió sorprenderse de que él se encontrara tan cómodo en la cocina, pero ahora, ya nada de él la sorprendía.

Después recogieron la casa, lo que les llevó poco tiempo. La señora Jansen siempre la limpiaba afondo los viernes. Cuando terminaron, Jenny y Conal nadaron un rato en la piscina mientras Catlin recostada en un sillón, fingía leer.

—Porque está acostumbrada a un clima mucho más cálido que éste —le dijo Conal a Jenny cuando preguntó por qué no nadaba Catlin.

Ésa podía haber sido la razón. Y como la joven no le dio explicaciones a nadie ni expresó que no confiaba en ella misma si se paseaba semidesnuda delante de él, Jenny se quedó satisfecha.

Pero necesitó de todo su autocontrol para no mirarle con avidez. Él era abrumadoramente masculino.

Para Catlin fue un alivio entrar a hacer zumo de naranja, para servirlo con hielos y hojas de menta; pero no tan agradable volver a salir de nuevo y encontrar a Angela y a Lee Perrott, acomodados en unas sillas al lado de la piscina, con la confianza de unos viejos amigos.

—¡Hola! —exclamó Angela.

Catlin sonrió, los saludó y mandó a Jenny a la casa por más vasos. Conal había salido de la piscina y estaba sentado al lado de Angela en un amplio canapé con cojines de lona. En ese momento se puso de pie y dijo:

—Hace demasiado frío para estar sentados aquí as¡. No tardaré mucho.

—Nos iremos —le sonrió Angela.

Catlin pensaba que era excepcionalmente bella.

Lee también era muy atractivo, pero con mucha más vida que su hermana. Demasiada; a Catlin no le gustaba la forma en que le miraba las piernas. Aunque pensara que a Conal no le importaba nada su esposa, abusaba de su suerte.

—¿No tienes frío, Catlin? —le preguntó Angela—. Tú estás acostumbrada a una temperatura mucho más alta.

—Ligeramente más caliente, pero no puedo poner pegas a este clima, desde que llegué han hecho unos días fabulosos —sonrió Catlin —. Días bonitos y noches bonitas —y su voz se detuvo en la última frase, como si saboreara el recuerdo de esas noches.

Hubo un momento de silencio antes de que Angela contestara con voz chillona.

—Hasta ahora hemos tenido un otoño estupendo. Algunas veces creo que ésta es la mejor estación de todas, no hace mucho calor, ni demasiada humedad.

Hablaba sin ton ni son. Catlin se compadeció de ella.

—Y el invierno no es tan pesado —añadió jubilosa y comenzó a hablar de forma agradable de otras cosas. Jenny regresó cuando hablaban de nuevas boutiques y depositó los vasos sobre la mesa, antes de acomodarse contra las piernas de Catlin.

Angela se la quedó mirando, pero el regreso de Conal acaparó de inmediato toda su atención. Le miró con el bello rostro iluminado con algo que sólo podía describirse como anhelo.

A Catlin le daba pena. Pensaba si tendría que enfrentarse a eso si decidía quedarse. ¿Siempre tendría que preguntarse en quién estaría interesado? Debía estar loca tan sólo de pensarlo.

Pensó que Conal podía dejar de flirtear con tanta habilidad. No era justo; la pobre Angela estaba allí sentada con una mirada deslumbrada en los ojos. A Catlin le recordó a sí misma seis años más joven.

Veinte minutos después, ya no sintió tanta simpatía. Angela estuvo hablando con Conal y Lee, sobre gente y lugares que no significaban nada para Catlin. No lo hizo con mucha sutileza, pero la joven hizo caso omiso al notar la tensión en los bellos ojos oscuros. Angela trataba de no perder su prestigio. Luego dijo con viveza.

—Conal, no deberías dejarme hablar tanto, sé que te gusta mi charla pero para Catlin debe ser muy aburrido oír todas esas cosas en las que ella no tuvo nada que ver.

—Bueno, no tanto —mencionó Catlin alegremente con voz risueña —. Además ¿acaso lo estabas haciendo deliberadamente?

Lee se rió. Conal no se movió, pero entrecerró los ojos.

Aturdida por un ataque tan directo, Angela puso cara de tonta,

abrió la boca y los ojos todo lo que pudo.

—No..., no —titubeó; luego hizo acopio de valor y dijo con más énfasis—: No, por supuesto que no.

Pero dejó de monopolizar la charla, es más, cuando hablaron de libros, películas y música, se quedó bastante callada y no dejó de dirigirle miradas furtivas a Catlin.

Se quedaron a comer, pero se fueron poco después a jugar al polo.

—Pensé que tal vez irías —dijo Angela melancólica.

—No en esta ocasión.

—Es una lástima que hayas dejado de jugar —suspiró—. ¡Eras el mejor! ¿Tú montas, Catlin?

Antes que pudiera contestar, la profunda voz de su esposo dijo con calma:

—Catlin es la mujer que mejor he visto conducir un caballo. Creció en el país de las ovejas, en la Isla del Sur, Angela.

—¡Qué bien! Podrás darle algunos consejos a Jenny, si te quedas durante algún tiempo. Conal ¿irás a la fiesta de aniversario el próximo sábado?

—Sí, sí iremos.

Eso hizo que Catlin le mirara asombrada, porque para entonces, esperaba estar en Australia. La mano de Jenny, que se había deslizado en la suya después de la ironía de Angela, le apretó los dedos.

—Bueno, pues allí nos veremos. Vamos, Lee —y como si ella no hubiera sido la que le tuvo esperando, le dijo que se debían marchar.

Capítulo 8

—Se cree muy inteligente —dijo Jenny resentida.

Conal se la quedó mirando.

—¡Ya basta!

—Pero ha hecho que me sintiera tonta. Todavía no soy buena cabalgando, pero tampoco lo hago mal. ¿Por qué puede ella decir lo que quiere y yo no?

—Porque así es como van las cosas —intervino Catlin—. Injustas, lo sé, pero los jóvenes tienen que ser respetuosos con sus mayores.

—Pues yo no voy a esperar que los niños sean respetuosos conmigo, y tampoco voy a desquitarme con ellos.

Conal sonrió, la cogió en brazos y la apretó contra su pecho.

—Créeme, cariño, todos los niños del mundo han dicho eso y de todas formas, los mayores se desquitan con ellos.

Los dos se rieron.

—¡Tengo el mejor padre del mundo! —gritó jubilosa—. Y también la mejor madrastra, cariñosa, sonriente y divertida.

Un brazo fuerte le rodeó el cuello a Catlin; desconcertada, perdió ligeramente el equilibrio, por lo que a Jenny le fue fácil acercarla a ellos. Enseguida el brazo de Conal también la rodeó y durante unos momentos estuvieron juntos con los brazos entrelazados, hasta que Jenny dijo con melancolía:

—Catlin, ¿puedo comer otro pedazo de pastel de queso? ¡Está exquisito!

Catlin se libró del abrazo y le cortó una pequeña porción.

—Y eso es todo, mi amor. ¿Qué te parece si me ayudas a recoger la mesa?

—Está bien.

Fueron a ver a Emily, y cuando Catlin quiso quedarse sentada en el coche, Conal le abrió la puerta con expresión severa.

Ella le miró a él y luego a Jenny. —Ven, mamá quiere verte.

Ella no pudo decir nada delante de Jenny, pero se sentía incómoda.

Se quedaron una hora. Emily no hizo ninguna alusión a su último encuentro, pero cuando llegó la hora de irse, dijo:

—Ven cuando quieras, Catlin.

Pareció como si realmente lo deseara. Catlin asintió y sonrió, y: no dijo nada, pero le desconcertó un cambio tan radical.

Cuando Conal le dijo que esperaba que visitara a su madre todas las tardes, ella le preguntó:

—¿Por qué?

—Para que podáis llegar a conoceros.

—Yo ya la conozco bastante bien y estoy segura de que ella tampoco quiere llegar a conocerme mejor.

—Ninguna de vosotras tiene idea de cómo funciona la otra. —No dará resultado. No tenemos nada en común. —Nos tenéis a Jenny y a mí en común. Mamá se siente culpable; es consciente de que te había juzgado mal y quiere compensarte por ello; ¿es mucho pedirte que le des esa oportunidad?

—Ahórrate la teatralidad —le respondió enfadada, porque sabía demasiado bien como apelar a su compasión.

—¿Irás a verla? —le apretó los dedos.

—Bueno, de acuerdo.

—Bien —la soltó y cambió el disco del estéreo. Estaban sentados en el cuarto de música, ella leyendo, y él escuchando a Bach.

Le observó moverse de la cómoda que contenía su enorme colección de discos, al estéreo. Podían haber sido cualquier familia. Jenny estaba dormida arriba, pero uno de sus uniformes de la escuela estaba doblado sobre el brazo del sofá. Catlin acababa de coserle un botón. Pensaba que hacía lo que cualquier otra madre.

Conal puso un disco, regresó al sofá y cuando la voz de un tenor hizo que Catlin levantara la cabeza, sonrió y le deslizó un brazo por la espalda, acercándola con suavidad, para que su cabeza pudiera descansar sobre su hombro.

Ella se puso rígida, pero él dijo:

—Deja, no seas tonta —y ella sucumbió a su anhelo y se apoyó contra él, escuchando la música que encantaba sus oídos. A ella le hubiera gustado aceptar su amor, olvidarse de las mujeres que había habido en su vida. Cada día se encariñaba más con Jenny, y se enamoraba más profundamente de Conal, llevando una vida que nunca pensó que disfrutaría. Ahora sabía que allí podría ser feliz, con Jenny y los hermanos y hermanas de Jenny y un Conal que la amaba, incluso con Emily. Probablemente ella y su suegra nunca serían grandes amigas, pero tal vez podrían encontrar algo en común.

Inconscientemente suspiró.

—¿Cansada?

—No, en absoluto.

Él se movió y le ladeó la cabeza para poder rozarle la frente.

—¿Triste?

—Un poco.

—¿Por qué no te das por vencida, Cat? Sabes que estás derrotada, ¿por qué no lo reconoces?

—Porque no estoy derrotada, Conal. ¿Has echado un vistazo a esos papeles? Me refiero a las cifras para la librería.

—Sí. —¿Y...?

—Bueno, me parece una buena inversión, si eso es lo que quieres hacer.

—Bueno, eso es lo que quiero hacer —la obstinación la hizo continuar—. Supongo que tendré que comenzar a ahorrar. Sólo quería que me aseguraras que no habría cometido un error, si hubiese tenido dinero para comprarla. Ya le escribí al dueño para decirle que no puedo.

—Catlin.

—¿Sí?

—¿Tratas de discutir?

—No.

—Entonces, cállate.

El tiempo empeoró y durante varios días, no dejó de llover. Después, un anticiclón cruzó el mar de Tasmania, deliciosos días de calor y noches en que era agradable, pero no estrictamente necesario, encender un fuego.

Catlin iba a ver a Emily todos los días; la hora que pasaban jun— ' tas era larga, pero no la severa prueba que Catlin pensó que sería. El viernes dejó el Mercedes en el taller para que lo revisaran y cogió la camioneta. Llegó un poco tarde al hospital y encontró a Emily un poco deprimida, aun cuando estaban otras dos amigas con ella.

Ellas se fueron poco después y Emily dijo de forma abrupta:

—He estado posponiendo disculparme, pero tengo que decirte cuánto siento haberte dicho la verdad acerca del fideicomiso —parecía cansada—. No estaba muy segura de que lo supieras.

—Sí, me di cuenta de ello.

—También estaba equivocada acerca de otras cosas. —No importa.

—Me temo que sí. Claire era mi ahijada y yo la quería tanto como si hubiera sido mi propia hija. Cuando Conal y ella se enamoraron, yo estaba encantada; su matrimonio y el nacimiento de Jenny, me hicieron la mujer más feliz de Nueva Zelanda. Luego, ella murió y yo me quedé destrozada. En cierta forma, más que Conal. Él estuvo apesadumbrado, pero luego comenzó a recuperarse. A mí me fue imposible. Jenny era un recuerdo constante de la muchacha más dulce que había conocido.

—Y luego, él se casó conmigo.

—Sí. Tú eres una mujer inteligente, no tengo que decirte por qué me sorprendió tanto. Todavía no entiendo su comportamiento. —Ni yo —dijo Catlin, con la misma honestidad.

—Siento haber sido tan poco amable. Hubiera podido evitarte algo de sufrimiento.

—No mucho.
—No. Fue Conal, ¿verdad?
—Por supuesto.
—Hace unos días, él dijo que tuviste que irte, que necesitabas estar sola durante un tiempo, para crecer. ¿Es cierto?
—Sí —Catlin se sorprendió de la percepción de su marido. —¿Has sido desgraciada?
—No, no una vez que se me pasó el enamoramiento. Tenía muchas otras cosas que hacer.
—Crecer.
—Eso también.
—Es una lástima que no nos hayamos conocido todos por primera vez ahora. Creo que hubiésemos salido mejor librados de la situación.
—Probablemente.
—¿Vas a quedarte? —cuando Catlin se paró, Emily dijo antes de que ella hablara—: No, no contestes. Es a Conal a quien tienes que decírselo, no a mí.
—Le comenté a él que voy a irme.
—Pero él quiere que te quedes, y normalmente, consigue todo lo que desea.
—No en esta ocasión.
—¡Te felicito! Pero no le tengas con la duda durante mucho tiempo —le aconsejó Emily—. Mi hijo tiene unos métodos un poco crueles para resolver los problemas. Por si te interesa, te diré que quiero irme a vivir sola a un apartamento, cuando Conal..., cuando salga de aquí.
Catlin le dirigió una mirada firme mientras recogía su bolso.
—Imagino que tanto Jenny como Conal tendrán algo que decir al respecto. Después de todo, usted es la única madre que Jenny conoce.
Emily se sintió complacida, pero no dijo nada más, movió la mano en señal de despedida.
En el camino de regreso, Catlin iba pensativa, repasando en la mente los últimos minutos. A menos que estuviera equivocada, Emily quiso hacerle ver que no se oponía a que se comportara como la esposa de Conal. Se puso de mal humor, porque pensaba que él debía haberle aclarado todo a su madre, pero lo que más la intrigaba era que pudo hacer cambiar de opinión a Emily tan drásticamente.
Impulsivamente, se fue de compras a la calle Queen, donde a' Jenny le compró un libro, y una figurita de porcelana a la señora Jansen como regalo de despedida.
Luego, todavía pensativa, caminó por la calle hacia la parada del autobús, hasta que por otro impulso, decidió ir a la oficina de Conal y ver de quién era la voz tan dulce y fría que habló con ella por

teléfono.

Resultó ser una elegante mujer de cuarenta y tantos años, de cabello oscuro; ocultó muy bien el asombro que le causó la aparición de Catlin y fue a avisar a su jefe.

Conal salió sonriendo, aunque su mirada parecía inquisitiva.

—Querida —le dijo y la besó—. Entra. Todavía tengo más o menos una hora de trabajo. ¿Te apetece leer algo y tomarte una taza de café mientras termino?

Una hora después regresaban a casa. Catlin dijo tranquilamente:

—Esta tarde, tu madre me ha dado permiso para continuar nuestras relaciones maritales.

—¿Y es por eso por lo que estás enfadada?

—Está bien —respondió con rudeza—. De alguna manera has conseguido convencerla de que sabré ser una buena esposa. Ahora, todo lo que tienes que hacer, es convencerme de que quiero quedarme.

—Eso lo tendrás que hacer tú. Yo no voy a forzar una decisión. Te quedarás, porque deseas hacerlo.

Un coche que iba a más de ochenta kilómetros por hora los adelantó. En contra de su voluntad, Catlin reconocía la habilidad que Conal tenía en el volante.

Quería decirle que se quedaría, pero su orgullo le impedía conformarse con ser sólo otra más de sus mujeres.

Mientras se preguntaba si no se estaría engañando, se oyó como un disparo de rifle. Un coche se dirigía hacia ellos totalmente fuera de control. Catlin gritó mientras Conal trataba de evitarlo.

Hubo un choque, ensordecedor, aterrador, pero no fueron ellos. Gracias a su habilidad, Conal evitó al monstruo que huía; se metió en contra sentido y casi llegó al otro lado de la autopista, pero en el tercer carril, se le acabó la suerte. Dos coches quedaron unidos al coche; alguien gritaba.

Conal pisó el freno para detener el coche.

—¡Quédate aquí! —le ordenó a Catlin. Pero Catlin sacó la linterna de la guantera.

—Tú ve a ver qué les ha pasado —dijo con urgencia—. Yo iré a detener el tráfico.

—Está bien, ten cuidado.

No pasaban muchos coches; pasaron unos minutos hasta que uno se paró.

—¡Por favor, siga! —gritó Catlin—. Hay un carril libre. —Mi esposa es enfermera.

Catlin asintió con alivio.

—Entonces, adelante. Podrá ver las luces de advertencia.

—Está bien, querida. Si yo fuera usted, me apartaría un poco más del camino. — Se está haciendo de noche, y es difícil verla.

Aceptó esa sugerencia y como cinco minutos después, llegó un coche de la policía.

—Está bien, señorita, nosotros nos haremos cargo. Gracias.

¿Dónde está su coche?

—Cerca del lugar del accidente? —Métase y la llevaremos de regreso.

Para entonces, había un grupo de personas alrededor de los dos coches. Poco después de su llegada, Conal se apartó de un grupo que estaba al lado de un cuerpo que había sobre el suelo y regresó al lado de Catlin. Los horribles gritos habían parado.

—Será mejor que nos vayamos —dijo agotado. —¿No tendremos que darle detalles a los oficiales?

—Les he dado nuestro nombre y dirección. Tal vez tengamos que ir a declarar mañana, pero me temo que lo que ha sucedido está muy claro. Al pobre se le pinchó una rueda.

Tenía sangre en su mano, y una mancha en su camisa. Catlin se sintió mal.

—Está..., hay...

—Por lo que parece, hay un muerto..., el chofer del coche al que golpeó, otros dos gravemente heridos y una pareja con daños menores.

Ella le tendió su pañuelo.

—Límpiate la mano —y mientras lo hacía, ella pensó que pudieron haber sido ellos. Quizá él. Podía haberse matado y ella hubiera tenido que vivir el resto de su vida sabiendo que estaba muerto.

—Vamos —dijo—. Cuanto antes nos vayamos de aquí, antes se quedará este carril libre.

Todo el trayecto hasta la casa, Catlin fue observando sus manos en el volante, fuertes, ágiles, y gracias a ellas se habían salvado. Y no dejaba de pensar que él podía haber muerto.

Las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas, en silencio y sin que se diera cuenta. El pensar en la vida sin Conal, era insoportable; una angustia que no podía describir.

Cuando se dio cuenta de que estaba llorando, buscó desesperadamente otro pañuelo.

—Hay pañuelos de papel en la guantera —comentó él sin volver la cabeza—. Estás asustada, no trates de contenerte.

—¿A ti no te impresiona nada? —Sí, querida mía, en este momento no me siento precisamente jubiloso, pero Jenny nos está esperando.

Catlin asintió y se frotó el rostro. Al tratar de convencerse de que

tenía que saludar a la niña con cierto control, consiguió calmarse.

Una vez en la casa, Conal la hizo tomar una copa de coñac, la dejó estar unos cinco minutos con Jenny y luego le ordenó que se fuera a la cama.

Pero Catlin se cambió y se puso unos pantalones y un jersey, y bajó sencillamente por la escalera, impulsada por el descubrimiento que había hecho, de encontrar un lugar donde poder estar a solas.

Salió al jardín, todavía hacía buen tiempo, era difícil creer que se acercaba el invierno.

Arrancó una flor, y se quedó pensativa. Se decía que si fuera sensata, prepararía sus maletas en ese momento y regresaría a Sydney. Por lo menos allí no podría lastimarla.

Mientras bajaba por los escalones a la playa, supo que no lo haría. Para bien o para mal, la decisión la tomaron por ella cuando el coche los embistió en la penumbra como un animal salvaje en busca de comida. Se quedaría y aceptaría lo que Conal pudiera darle.

Era una noche tranquila. El sol se había puesto por encima del puerto Manukau. Desde allí veía el volcán. Rangitote era impresionante.

En las otras islas había gran número de luces. En ese momento Catlin no pudo recordar cuál era cuál y distinguir entre las islas y tierra firme en esa oscuridad, era difícil, heke y Ponui; más adelante, estaba Noises las luces titilaban en Waide Mahurangi, el cabo Rodne y Kawau y la península formando el portal oriental del pueblo, la gran masa de península Coromandel con la montaña Moehu, como centinela.

Y no lejos de allí, en su propia y privada ensenada que daba a otro puñado de islas, estaba Conal Loring. Catlin se puso las manos en el rostro desafiando a las lágrimas. El sabor de la desilusión, todavía estaba en ella; nunca desaparecería, porque le amaba.

Un pequeño bote se dirigió hacia la rampa de botes en la playa Takapuna. Aunque era pequeño no corría riesgos. Cuando estaba a punto de enderezarse, vio una lámpara roja cambiar a verde. Babor y estribor. Babor era rojo, estribor era verde. Eso fue todo lo que aprendió los días que pasó en el barco de Conal. Mientras estuvo en Australia, practicó vela, fue parte de su propósito por demostrar que era tan capaz como Belinda Scargill, quien había podido discutir inteligentemente acerca de ese deporte.

De pronto le pareció una ambición muy mezquina sobrepasar a otra mujer. Con la cabeza gacha, Catlin caminó por la suave y seca arena debajo de los árboles, y trepó sobre una enorme rama, que había crecido especialmente para sentarse en ella, según había dicho

Jenny.

Aunque él se acercó sin hacer ruido, ella le oyó antes de verle.

Él no le dijo nada, se quedó parado y miró a su alrededor, luego se sentó en la rama a su lado. Le cogió la mano libre y se quedaron sentados durante largo rato sin hablar. Ella pensó que él sabía lo que pensaba; la confusión y la felicidad se mezclaron en su corazón.

—¿Ya has tomado una decisión? –

—Sí —le respondió en voz baja.

—¿Y?

—Me quedaré.

Si Conal hubiera dado cualquier muestra de satisfacción, ella hubiese cambiado su decisión enseguida. Tal vez él se dio cuenta de eso, porque su voz pareció calmada, sin emoción.

—Bien.

—Sólo una cosa. Bueno, en realidad dos. —¿Condiciones, Cat?

—Sí. No más mujeres. Y yo..., no estoy preparada para acostarme contigo.

—Está bien. Tú también te desharás de tu amante.

—Sí —bueno, no era difícil librarse de alguien que no existía. Él saltó a la arena y la ayudó a bajarse.

—Será mejor que regresemos. Jenny se preguntará qué estará pasando.

—Sí, eso supongo.

Antes de soltarla, se inclinó y la besó sin pasión, pero sosteniéndola con firmeza, y luego, levantó la cabeza y dijo en voz baja:

—Esta vez lo conseguiremos, Cat. El pasado no puede olvidarse, pero con el tiempo construiremos recuerdos más felices tú y yo

—no mencionó ni una palabra de amor, pero ella no quería que le mintiera.

—Y Jenny.

—Sí.

A la mañana siguiente Conal se lo comunicó a la niña. Ella se puso a bailar a su alrededor antes de pedirles que salieran a celebrarlo.

—¿A dónde? —Conal puso cara divertida.

—¡A Motat! —al ver el desconcierto de Catlin, aclaró—: Al Museo de Transporte y Tecnología. ¡Oh, Catlin, te va a encantar! Tiene una fábrica antigua, coches y locomotoras, y puedes pasear en un tranvía, y...

—¡Está bien, está bien, iremos! —exclamó Catlin.

—A papi le gusta ir —dijo Jenny ingenuamente.

Fue fascinante, uno de los días más agradables que Catlin había

pasado desde hacía tiempo.

—No se puede ver todo en un día —dijo Conal.

—¿No te han encantado los coches viejos? A mí lo que más me gusta son las locomotoras. Ah, mira..., allí están Joanne y sus padres.

Jenny se fue corriendo hacia donde estaba una niña morena; que brincaba impaciente, mientras sus padres se hablaban. Catlin levantó la vista para mirar sonriente a Conal y encontró tal pasión en su mirada, que la hizo ruborizarse.

—Estoy con mi madre y mi padre. Ven a saludarlos —dijo Jenny a su amiga.

Todos se saludaron. El padre de Joanne era abogado y su madre se dedicaba a la cerámica. Catlin se encontró relajada. Cuando se despidieron, pensó que le gustaría tenerla por amiga.

—Vámonos a casa. Voy a llevar a cenar fuera a Catlin esta noche, y necesitará tiempo para prepararse.

Sorprendida, Catlin levantó la vista y se encontró con su burlona mirada.

Fue una velada muy agradable. Conal estuvo encantador. Bebieron champán y comieron a base de caprichos.

Cuando regresaron a casa, antes de que se bajaran del coche, él le preguntó:

—¿Cansada?

—Un poco. Y llena de la comida y bebida más deliciosa que he tomado nunca.

—Tienes el humor apropiado para llamar a tu amiga de Sydney y decirle que no regresarás.

—Ah, pero...

—¿Por qué seguirlo posponiendo?

Bueno, eso no tenía respuesta, así que llamó. Y resultó que Deb daba una fiesta. Su amiga reaccionó tal como ella esperaba. —¡Escucha! —gritó Deb—. Escucha, Cat, asegúrate de saber lo que estás haciendo. Supongo.., ¡queréis callaros todos! Así está mejor. Supongo que has estado enamorada de él todo el tiempo ¿no es así?

—Algo por el estilo —aceptó Catlin.

—¿Y él? ¿Qué hay de él?

El titubeo de Catlin le dijo lo que necesitaba saber.

—¡Tonta, te romperá de nuevo el corazón!

El ruido de un forcejeo hizo que Catlin mirara el auricular con asombro. Se oyó una voz masculina.

—Hola, querida. ¿Qué diablos estás haciendo allí? Regresa a casa.

Ése era el último amor de Deb.

—Ahora no, Garth —suspiró Catlin.

—Pero querida, allí no hay nada para ti, yo me estoy muriendo aquí de amor no correspondido. Abandona tu pequeña isla y regresa a mí…

El auricular le fue arrancado a Catlin de la mano y Conal habló con expresión impasible. Dijo poco, pero estuvo muy acertado. Catlin se le quedó mirando, furiosa porque se había metido en sus cosas, y quiso coger el auricular. Él le sujetó la mano y se la mantuvo quieta hasta que Garth se retiró.

—Tu amiga está otra vez en la línea —le dijo y le dio el auricular —.

—¿Catlin? —Sí.

—¿Qué diablos le ha dicho a Garth? Se le ha pasado la borrachera de repente, y está temblando en un rincón. ¿Es un psicópata o algo parecido? —al oír que no contestaba continuó—: Cat, creo que será mejor que regreses a casa.

Catlin Loring sorprendió a su esposo, Conal, con otra mujer. Destrozada huyó de Nueva Zelanda y comenzó una nueva vida en Australia. Desde entonces habían transcurrido seis años.

Ella nunca había querido la reconciliación, pero obligada por las circunstancias volvió a pedirle un favor a su marido y se llevó una sorpresa cuando él le pidió que volviera a su lado bajo la amenaza de emplear cualquier medio a su alcance para conseguirlo.

Pero ella se resistía a entregarle de nuevo el corazón a un hombre que, aunque encantador, nunca estaría satisfecho con una sola mujer.

Capítulo 9

EN CASA de los Marriott no había señales de Maya Suthcott , pero Angela estaba preciosa con un vestido de seda blanca. Catlin pensó que era muy joven. Después de todo, la muchacha no era culpable de las manipulaciones de Emily; y el atractivo de Conal era suficientemente fuerte como para hacer que cualquiera perdiera la cabeza.

Tampoco había señales de Maxie y Red. Prometía ser una velada bastante aburrida.

Que no resultara así se debió en gran parte a Lee Perrott. Apareció cuando Catlin terminaba de hablar con un hombre que la trataba con un respeto exagerado, cuando éste se volvió, él silbó:

—Están bailando en el otro salón. ¿Quieres bailar conmigo?

Catlin buscó involuntariamente a su esposo con los ojos. Estaba hablando con una mujer muy elegante, y con el cabello del mismo color del de Belinda Scargill.

—¿Por qué no?

Lee dejó escapar una risita nerviosa mientras se dirigían a la otra habitación, y Catlin le dirigió una mirada inquisitiva.

—Ese señor que hablaba contigo quiere que Canal le haga un favor —explicó.

—¡Pobre hombre!

Él se la quedó mirándola. Eran de la misma estatura, y ella no tuvo que levantar la cabeza para mirarle a los ojos.

—Lo dices en serio, ¿verdad? Debajo de ese exterior de dragón, hay un corazón tierno.

—¿Exterior de dragón? —se rió relajándose en sus brazos—. Vamos, Lee.

—¿No sabes que Angela te tiene terror? Y Maya Suthcott también, a pesar de que dice lo contrario. Llegaste, echaste una ojeada a la oposición y sin molestarte en utilizar ninguna sutileza, te deshiciste de ambas. Corre el rumor de que por fin Conal encontró la horma de su zapato. Los que te conocieron antes, dicen que los seis años que has estado fuera, te han venido muy bien.

Catlin hubiera sido inhumana si no hubiese sentido satisfacción ante sus palabras.

—¿Acaso tú también quieres un favor de Conal? —preguntó riéndose y arqueando las cejas.

Al ver que ella reconocía su táctica, volvió a sonreír y la guió en una serie de pasos que requirieron de toda su concentración. Era un bailarín fabuloso.

—No —dijo jubiloso—. Ni uno solo. Y si lo quisiera, este sería' el peor camino para obtenerlo. Ya me ha dirigido una mirada tan odiosa, que cuando terminemos de bailar tendré que esconderme. Tu esposo es un hombre muy posesivo.

—Mucho —respondió con sequedad—. ¿Está muy perturbada Angela? Yo no quise perjudicarla.

—Eres muy susceptible. No, en su caso lo que sufrió un golpe fue su orgullo, no su corazón. Y será bueno para ella. Había comenzado a pensar que su belleza la podía llevar a donde quería y la usaba sin misericordia —y añadió—: llegó a pensar que podía ganarle a Maya Suthcott, jugando a su juego. Bueno, yo soy el primero en aceptar que Angie es preciosa, pero Maya es otra cosa. ¡Y creo que incluso tú, mi generosa señora Loring, lo tienes que aceptar!

—¡Oh! Lo hago —le dolió decirlo, pero pudo hacerlo—. Es una mujer muy sexy.

—Bueno, si Maya no pudo conquistar a Conal, ¿qué esperanza podía tener Angie? Vivía en un mundo de fantasía —la apretó un poco —. Cuando tú llegaste, se hizo—bastante evidente la razón por la que Conal había estado tan apagado estos últimos seis años.

Catlin sonrió, no tenía deseos de hablar sobre la vida amorosa de Conal con ese hombre tan franco, pero se preguntó una vez más si no habría juzgado mal a Conal. Maxie le dijo que había muy pocos nombres con los que se podía unir el suyo, y con lo que acababa de decir Lee, lo corroboraba.

Era algo en lo que tendría que pensar, pero no en ese momento.

—Me estás apretando demasiado —le dijo con dulzura.

—Lo siento, bella dama. ¿Sabes? No eres muy guapa, pero tienes un algo...

—En este caso, ese algo es un marido —replicó—. No flirtees conmigo, Lee. No deseo jugar.

—¿Me tienes miedo?

—En absoluto —la rapidez de su respuesta la desconcertó.

—Pues creo que deberías tenerlo. Es un hecho bien conocido en el lugar que no vale la pena hacer enfadar a Conal Loring. Es justo, pero sanguinario. Al menor error, te destrozará con total falta de emoción: trata de engañarle y no descansará hasta dejarte sin nada.

—¿A qué te dedicas, Lee?

—Soy ahogado. Razón por la que voy a devolverte a tu marido. Por el momento, no necesito sus favores, pero quién sabe si en el futuro...

Conal debió haber estado vigilándolos, porque cuando se detuvieron se acercó y saludó a Lee con una sonrisa forzada.

A Catlin no le dijo nada, pero la abrazó.

—¡Oye! —protestó ella, tratando de aligerar la inexplicable tensión entre ellos—. Se supone que esto es un baile, ¿recuerdas? Él no dijo nada, pero le echó la cabeza hacia atrás, y cuando elevó la vista para mirarle, él inclinó la cabeza y la besó, breve pero cruelmente.

—¿Conal? —murmuró, escandalizada por ese despliegue de pasión en un lugar público.

—Sólo es por si alguien más piensa que puede flirtear contigo impunemente —murmuró entre dientes. —Pero...

—¡Cállate! Cambia esa expresión de enfado o mi nivel social bajará. La gente pensará que soy tonto y que no puedo controlarte. Sonriendo, le preguntó con dulzura:

—¿Y eso te afectaría?

La miró furioso, sí, seguía enfadado, sólo que lo disimulaba bien, eso era todo.

—En absoluto, porque tú sabes y yo sé, que sólo tengo que besarte..., de cierta manera..., y acariciarte, y tú te rindes sin poder poner resistencia.

A pesar de todo lo que había aprendido acerca de sí misma en los últimos seis años, algo en el fondo de su ser respondió a esas palabras. Le tembló la boca al levantar la cabeza y ver la pasión en su mirada. Él le sonrió y le recorrió con la vista el rostro y cuello.

—Porque tú sabes que eres mía. Si llegamos al fondo, Cat, ese cuerpo tuyo tan delicioso gobierna tanto tu cabeza como tu corazón, ¿no es así! A menudo he oído que las mujeres nunca olvidan a su primer amante. Ahora lo creo. De alguna manera quedé grabado en tu subconsciente, por lo que a pesar de que te sienta mal reconocerlo, no puedes negarlo. `

—Yo podría ser ninfomaníaca —le dijo entre dientes.

Él se rió al oírlo, echó la cabeza hacia atrás y con cierta maliciosa entonación, dijo:

—Eso espero, querida.

—¡Me encantaría que te llevaras tu merecido! —suspiró.

—Ya lo tengo. A ti.

Entonces terminó la música, justo a tiempo. Conal la mantuvo a su lado, pasándole el brazo alrededor de la cintura, y la condujo con otras personas. A algunos los conocía desde hacía seis años.

Para su sorpresa, se divirtió bastante. Después de todo', no eran ogros, sólo gente sofisticada que probablemente no supo cómo tratar a la ingenua criatura que ella había sido. Ahora se mostraban simpáticos y agradables.

Después de un rato, Conal y ella se separaron otra vez. Lee no tardó en acercarse a Catlin, y amablemente, le llevó un vaso de agua,

que ella le pidió.

—¿Estás segura? No creí que hubiera nadie que tomara agua por gusto.

—Aquí hace mucho calor y tengo sed. La limonada es demasiado dulce, así que prefiero tomar agua.

—Bueno, cada uno puede tomar lo que quiera. ¿Damos celos otra vez a Conal?

—¿Fue eso lo que estábamos haciendo? ¿Por qué?

—Bueno, no es ésa la intención. Sólo que le estoy hablando a la mujer más interesante De la fiesta. Desgraciadamente, a Conal le parece ésa, razón suficiente para enfadarse. ¿Quieres bailar?

—No, gracias —debía decirle que se fuera, pero una mirada a su rostro le bastó para confirmar que no se iría. Fuera por malicia o no, intentaba quedarse a su lado.

—Así que, cuéntame lo que piensas de esos pioneros que trajeron aquí pájaros británicos.

Catlin, sorprendida, comenzó a contarle lo que pensaba de sus mal juzgados antepasados. Pronto se convirtió en una seria discusión; durante diez minutos hablaron amablemente, antes de que Lee levantara la vista y saludara a Conal con suficiente burla en la voz como para hacer que Catlin se sintiera recorrida por un hormigueo. Por alguna razón, Lee tenía la intención de molestar a Conal, y ella le siguió el juego tontamente.

Conal le preguntó que por qué había reaccionado así, cuando regresaban a casa a las dos de la mañana.

—Maya andaba con él. Así que, no creas que está a punto de enamorarse de ti. Sólo trata, por todos los medios, de hacerme quedar en ridículo.

—Supongo que se la robaste.

—No es precisamente un botín, pero tal vez así sea como él lo diría. —¿Desilusionada, querida?

—¡No seas tonto!

Ella se apoyó contra el respaldo. Él se había portado abominablemente después de ese segundo interludio; le mantuvo agarrada la mano, actuando como un devoto enamorado que apenas sí podía quitarle las manos de encima, mientras que sus ojos la condenaban y a su alrededor, la gente sonreía y se miraba significativamente.

Catlin estaba muy nerviosa. Sin embargo, Conal no dijo más, la trató con una fría cortesía que la puso furiosa. Se negó a tomar algo antes de acostarse y se subió a la cama, quedándose allí acostada, esperando a que él entrara.

Pero no llegó hasta cinco horas después, cuando Jenny y él la sacaron de la cama con crueldad, no haciendo caso de sus protestas y débiles intentos de quedarse bajo las sábanas.

—¡Idos! —gimió—. Tengo dolor de cabeza y es media noche.

—Son las siete de la mañana y sólo bebiste agua, así que no puedes tener resaca —Conal se volvió a su hija—. Querida, ve a traer una aspirina, ¿quieres?

Jenny se rió y desapareció.

—¿Qué diablos está sucediendo? —preguntó Catlin—. Es sábado y no tengo que levantarme a las siete.

—Sí tienes que levantarte, querida. Jenny va a pasar el día con Joanne, y tú y yo vamos a ir practicar vela. —¿A practicar vela?

—Nada mejor para un dolor de cabeza —dijo volviéndose cuando Jenny entró en la alcoba.

—Pero, ¿Jenny no quiere venir? —Catlin no quería quedarse a solas con él en los confines de un barco, por muy grande que fuera. Padre e hija intercambiaron miradas.

—No —dijo Conal—. Parece ser que Joanne y ella tienen algo planeado para hoy. Así que, de pie, señora. El desayuno está preparado y partiremos dentro de media hora.

Así lo hicieron, y salieron de Westhaven.

Poco después, el aire fresco hizo que Catlin bajara a buscar un suéter, y al hacerlo, vio un enorme cesto de comida, demasiada para un día. Su sospecha se convirtió en certidumbre; volvió a trepar por la escalera y acusó a Conal de secuestrarla.

—Así es —le dijo jubiloso. —¿Durante cuánto tiempo?

—Por lo menos durante cuatro días. —¿Estás loco?

—Nada de eso, querida mía. —Pero..., Jenny...

—Tenía ganas de pasar un largo fin de semana con Joanne y sus padres.

Catlin se sentó en el último escalón.

—Mi ropa —exclamó—. No traje ropa.

—La señora Jansen preparó una maleta. Aunque..., no creo que necesites mucha.

El calor le recorrió las venas.

—¿Por que? Dijiste...

—Yo dije muchas tonterías. Después del pequeño incidente de anoche, decidí que ya había esperado bastante.

—¿Organizaste todo esto anoche?

—Sí; ya no quiero, más conjeturas ni más tontos como Lee Perrott tratando de cortejarle. Cuando regresemos de este fin de semana, serás completamente mía. Una mujer con tanto que hacer que no podrá

pensar en nada más. Cat, si quieres un amante, me puedes tener a mí. Tal vez no sea el que tú sueñas, pero cuando estés despierta, no pensarás en nadie más.

—Prometiste que no me forzarías.

—No tengo intención de hacerlo —sonrió muy confiado—. Si te hace sentir mejor, ¿quieres que te prometa no hacerte mía sino hasta que me ruegues por tercera vez?

—¡No!

—Sólo porque sabes bien que podría obligarte —contestó Conal con brusquedad—. Tira del cable, ¿quieres? ¿No ves que la vela no va derecha?

Furiosa, desviando la vista, le obedeció. Aunque el barco era grande, estaba hecho para navegar con facilidad.

Sin reconocer su experiencia, Conal preguntó:

—¿Crees que podrías subir el foque volante? ¿No? Entonces, coge el timón mientras yo lo hago.

En cualquier otra circunstancia le hubiera gustado tomar el timón de un yate tan magnífico.

Estaba tan enfadada que no se dio cuenta del día tan estupendo que hacía.

¡Cómo se atrevía a secuestrarla con toda calma, con la única intención de hacerle el amor! Le miró furiosa mientras él se movía con agilidad por todas partes. ¡Cómo le odiaba! Era un hombre cruel, arrogante y canalla.

Tardaron un rato más en colocar el balón; cuando terminaron, Conal se sentó en la parte baja de popa y movió la cabeza cuando ella le ofreció el timón.

—No, tú puedes conducirlo muy bien —se recostó hacia atrás y cerró los ojos—. Llámame si ves una ballena.

—Conal... —comenzó a decir, pero él la interrumpió:

—No dormí mucho anoche, Cat. Déjalo así, hasta que lleguemos.

—¿Pero a dónde...?

—Espera y verás, amor mío.

Mientras él aparentemente dormitaba, ella se concentró en el rumbo. Sin poder evitarlo, comenzó a pensar en que podía desilusionarle. Él creía que era mujer experimentada, no casi una virgen, y además, ¿cómo podría relajarse y amarle, sabiendo que ése era otro ejemplo de que no la amaba?

—Deja de preocuparte —le dijo sobresaltándola—. ¿Te gustaría tomar algo?

—Yo..., sí.

Él sonrió y bajó, reapareciendo minutos después con café. Mientras

lo tomaban, comenzó a preguntarle acerca de su experiencia en practicar vela en Australia; ella le contó, y consiguió tranquilizarle, pero cuando él le cogió la taza, sus dedos se tocaron y ella tembló.

Él no dijo nada.

Catlin le entregó él timón y se sentó; estuvo observando cómo enormes pájaros revoloteaban en busca de una presa.

Catlin se rió con suavidad, muy consciente de la mirada de su esposo. Ése sería su último momento agradable durante bastante tiempo. Mientras se dirigían hacia la costa, una sospecha surgió en su mente; pensó que tal vez, Conal había pensado que pasarían el fin de semana en el Islander, pero parecía, que estaba equivocada; cada vez se acercaban más a una punta que ocultaba una bahía particular.

Al rodearla, Conal dijo con calma.

—Si tú lo llevas, Cat, yo bajaré las velas.

—Nunca te perdonaré por esto.

—Como gustes.

Indefensa, dirigió el yate. La bahía era casi circular, con tres pequeñas y arenosas ensenadas, pero sólo una tenía una construcción. La última vez que la había visto fue cuando llegó con el coche hasta allí por un estrecho camino, y vio durante varios momentos, cómo Belinda Scargill abrazaba a Conal sobre la enorme cama de la alcoba principal.

Cuando tuvieron preparado el yate para atracar, Conal comentó:

—No volví a verla después de aquel fin de semana.

—¿Qué?

—A Belinda. Se fue a Inglaterra, y se casó.

—¡Qué estupendo para ella!

Él no dijo nada más, pero no dejó de observarla.

—No tienes que preocuparte —mencionó ella—. No huiré. Aprendí mi lección.

—¿Cuál?

—Que el huir no resuelve nada si atrás queda el problema.

—Pero te tomó tiempo. Ahora estás mejor equipada para hacerle frente, ¿no es así? —mientras ella subía por la escalera con el cesto de comida, él le sujetó por la barbilla y la miró con la inquisitiva sonrisa —. Todo lo que tienes que decidir ahora, es cuál es el problema —le dijo, y la besó, sin hacer caso de que se echó para atrás.

La casa estaba limpia y las ventanas abiertas.

—Bien. Le pedí a Heather Turner, que vive con su esposo en la granja, que la revisara. Guarda los alimentos, mientras yo meto el resto de las cosas, ¿quieres?

El viaje por la costa fue rápido; apenas caía la tarde. Al meterlos

alimentos del, cesto al frigorífico, y a una enorme alacena, Catlin se preguntó si él esperaría que cayera en sus brazos, palpitante de deseo.

Conal debía saber que le esperaba una lucha; era arrogante y confiado. Pensaba usar esa atracción animal que había entre ellos, para obligarla a caer en sus brazos. Y ella aceptó cándidamente, que era bastante probable que tuviese éxito. Al huir y controlar su propia vida, se había convertido en una mujer madura.

Su decisión de huir había sido acertada, pero de lo que no se había dado cuenta, fue que basó esa nueva vida en una mentira. Pensó que su amor se había transformado en odio. Durante seis años, su determinación de demostrarle a Conal que estaba equivocado en la evaluación que había hecho de ella, la animó. No obstante, Conal hizo bien en obligarla a regresar, porque sólo así podía enfrentarse a las implicaciones de lo que había hecho y de su nueva personalidad.

Tenía que enfrentarse a la realidad. Se marchó porque no entendió lo que sucedió entre ellos, y también, por la furia que sintió ante la infidelidad de Conal, y la sensación de inferioridad que Emily le inculcó.

Mientras ponía la mesa para comer, miró por la ventana y vio a Conal moviéndose por el Islander. No, no había razón para inquietarse por perder su sentido de individualidad. De eso se encargaron los años que transcurrieron. De lo que tenía que preocuparse ahora, era de cortar su inclinación a la infidelidad. Por primera vez, deseó que su relación con Emily fuera más amigable. Pero ella había querido a Claire, y Catlin no le caía bien.

Se preguntaba si podrían mantener una relación satisfactoria sobre una base de sentido práctico y placer por parte de él, y de amor por parte de ella. Él sí lo creía, pero la respuesta tenía que darla ella. Y para Catlin lo mejor era vivir con él.

Lo único que esperaba era que su amor la compensara por la angustia que sentiría.

—Algo parece divertirte.

Ella elevó la vista, desconcertada, y por un instante contuvo la respiración. Él le sonreía.

Conal la abrazó y la mantuvo contra su pecho, inclinó la cabeza y murmuró:

—Me gusta verte sonreír. Lo hiciste en el hotel, ¿recuerdas? sonreías de esa forma, antes de ver a alguien en la habitación. Entonces supe que tenía que poseerte.

—¡Fuiste un canalla¡.

—Mmmm —se rió y le mordió el lóbulo de la oreja. Su aliente le hizo cosquillas—. Lo sé y tú te portaste muy dignamente. Devolviste

todo lo que habías recibido con creces. Tuve que luchar para no subir a tu habitación y hacer caso omiso de las formalidades.

—¿Hacer caso omiso de las formalidades? —Catlin apartó la cabeza para no sentir sus caricias y le miró—. ¿A qué te refieres con hacer caso omiso de las formalidades?

Él se rió y la besó.

—A esto —dijo—. Si hay algo de lo que he estado seguro todo el tiempo..., y no me importa expresarte que es lo único de lo que he estado seguro, es de que terminaríamos siendo amantes. Protestaste mucho, amor mío, pero eras muy consciente de mí. Tanto como yo de ti. Cada vez que estábamos juntos, saltaban chispas.

—Tú tienes tanta experiencia...

—Silencio —le tocó la boca con el dedo—. Hagamos un pacto, ¿quieres? Si tú no hablas de mis aventuras, yo trataré de no sentirme celoso de las tuyas.

—¿Celoso?

—Celoso, con ganas de asesinar. Olvidémoslo, ¿quieres? ¿Está preparada la comida?

Ella asintió.

—Bien, iré a levarme las manos.

Capítulo 10

BEBIERON media botella de vino con la comida. Después se fueron a pasear por la ensenada, subiendo por el risco para sentarse sobre la hierba y mirar al mar. El sol junto con el vino, dejaron soñolienta a Catlin; bostezó dos veces y Conal se levanto.

—Vamos, regresaremos a la playa. Allí podrás dormir.

No hubo nada en su voz que la pusiera nerviosa, pero no pudo evitar mirarle de reojo. Parecía sombrío y era difícil leerle los pensamientos.

Ella no podía creer que le domaría. Otras mujeres más bellas lo habían intentado y fallaron.

Era sólo atracción sexual que el tiempo disminuiría. Ofrecerle su amor y la atracción sexual que con el tiempo disminuiría.

La arena era fina, y el agua muy azul— La casa se erguía sobre la ensenada, en un promontorio cubierto de hierba.

Catlin estaba nerviosa. La vivienda parecía burlarse de ella, la enorme cama en la alcoba principal hacía volar su imaginación. La habitación había sido redecorada desde su última visita; ¿habrían cambiado también la cama o sería la misma?

—No puedo —dijo de pronto, y antes de que Conal pudiera tocarla, comenzó a correr.

Él la siguió hasta que llegó al pie del promontorio, luego la hizo perder el equilibrio metiéndole un pie entre los de ella. Se cayó, retorciéndose y se sentó.

—Sí, sí puedes —expresó y se le acercó.

Cuando ella recuperó la respiración, se dio cuenta de que él se había quitado la camisa y la había arrojado al suelo. Le veía encima de ella como un gigante, preparado para someterla.

—Por favor, Conal —Murmuró, odiándose por la nota de histeria en su voz—. No quiero…

—Pero yo sí —se agachó a su lado devorándola con la mirada —.Claro que lo deseo —dijo y se estiró para abrazarla.

Ella luchó como un gato montés, arañándole con toda su fuerza, hasta que él lentamente la desnudó, sin importarle si le arrancaba los botones o si se abrían las costuras.

—¿Por qué? —le preguntó mirándola a los ojos y obligándola a contestar—. ¿Por qué me obligas a poseerte? ¿te gusta ser violada?

—No —Catlin movió como pudo la cabeza y se limpió los ojos con el dorso de la mano—. Estoy asustada.

—¿Por qué? —volvió a preguntar él—. No volveré a lastimarte, lo prometo, Cat. ¿Es eso lo que temes? —y al ver que no contestaba,

porque no podía, él inclinó la cabeza y la besó con suavidad—. Confía en mí. La única forma en que se te quitará ese ilógico pánico es aceptándome. Déjame demostrarte que conmigo también puede ser agradable.

Catlin cerró los ojos, temerosa de que pudiera ver la verdad en ellos y ladeó la cabeza. Su boca rozó su hombro. Fue una caricia accidental, pero él tembló.

Durante largo rato se quedaron abrazados, hasta que el miedo que impulsó su inútil huida se esfumó, y ella levantó la mano para tocar sus hombros y su espalda. Le proporcionó mucho placer sentir el impacto que su contacto le causó a él; fue como si una descarga eléctrica le recorriera el cuerpo. El deseo surgió en su interior. Nunca había disfrutado de su reprimida sensualidad. El instinto le dictó que ésa era la ocasión apropiada. Para ella, ésa sería la primera vez, pensara Conal lo que pensara.

Él movió con lentitud la boca sobre sus hombros, cálida y excitante. Supo que ella quería más, pero la hizo esperar, hasta que atormentada, sin poder soportar la repentina exigencia de su cuerpo, ella le colocó la cabeza en su seno.

—¿Qué quieres? —le preguntó él.

—Bésame... Por favor..., Conal...

En esa ocasión no le asustó su precipitada respuesta a su amor. Casi enfadada, dejó caer todas las barreras que su adolescencia había erigido entre la mente y el cuerpo, y adoró abiertamente su fuerza, murmurándole palabras de amor, mientras daba rienda suelta a su pasión.

Conal estaba tan asombrado como ella por la intensidad de su deseo. Cuando por fin movió las manos para quitar la última barrera para poseerla, ella se estremeció de deseo, anhelaba, observándole con deleite.

Pero a pesar de que ella sintió su urgente deseo, él no hizo más y su expresión se endureció.

—¿Qué... qué sucede? –murmuró atemorizada.

—Tres veces —le dijo, y sonrió—. ¿Recuerdas? Debes pedírmelo tres veces antes de que te posea.

La hizo reír, con alivio y deseo mezclados. Le puso los labios en el hombro y le mordió con fuerza.

—Por favor, poséeme—murmuró— por favor poséeme

Pero la tercera vez, se quedó silenciosa.

—¡Pídemelo! —gruño el—. ¡Pídemelo, maldita seas! Ella se rió y se movió insinuante debajo de él.

—¡Cat! —le oprimió la boca con la suya, y luego, hubo una

explosión de pasión que los convirtió en uno solo, mezclando sus respiraciones.

Agotados por la tormenta de pasión que los sobrecogió, se quedaron acostados sin separarse, Catlin aceptó agradecida su peso, hasta que él volvió la cabeza y la besó, como si la amara.

—Eres una dama de talentos muy especiales – le dijo.

No fue el tipo de comentario que ella esperaba que él hiciera, pero lo aceptó. Él era su destino y lo tenía que aceptar.

—Tú también.

—No tenía intención de hacer el amor al aire libre, pero tiene su encanto. ¿Ahora estás convencida de que jamás volveré a lastimarte?

—Por lo menos, no físicamente —Murmuró deleitándose en el calor del sol contra su cuerpo desnudo. Se sentía cansada, como si hubiera corrido una carrera agotadora. Bostezó.

Conal se rió y la acercó más, hablándole con la boca entre su pelo.

—¡Ha valido la pena esperar seis años! —¿Esperar? Vamos, Conal...

—Esperar —la interrumpió deliberadamente—. Seis años y cuatro meses, para ser exacto. Yo siempre te deseé..., desde la primera vez que te vi. ¿Recuerdas? Fui primero a Mount Fay a verla, antes de decidir si comprarla o no y tu padre me ofreció una bebida. Estábamos en la terraza y tú llegaste galopando en un caballo.

—Sí, recuerdo —Catlin se volvió y él sólo podía verle la espalda.

—¡Qué bella eres! —murmuró, apoyando su mejilla contra ella—. Entonces ya eras guapa, ligera, libre y sonriente, pero demasiado joven. Así que dejé de hacerme ilusiones, hasta que a tu padre le dio ese ataque al corazón.

Ella asintió, dibujando algo en la arena.

—Sí, siempre te he querido, amor mío. Por eso fui tan cruel contigo. Después de casarnos, supe que tenía que mantener la distancia...

—¿Pero, por qué? —preguntó—. Yo estaba... yo esperaba que consumaras nuestro matrimonio. No sabía... pensé que no lo hacías porque te causaba repulsión.

—¿Repulsión? —se rió entre dientes. La volvió para que quedara de frente y la abrazó; después de recorrerle el rostro y el cuerpo con la mirada—. ¡Cat, utiliza tu sentido común! ¿Cómo podía acostarme contigo? Tenías diecisiete años. Eras completamente inocente.

—¡Oh, Conal, qué tonto! No tan ingenua que no supiera de lo que se trataba la vida. No estaba enamorada de ti, ahora sé que sólo era una ilusión, pero créeme, te deseaba —le sonrió con mucha ternura—. Estaba a punto de enamorarme. Te anhelaba, tenía fantasías acerca de

tus proezas como enamorado, deseaba crecer para aprender a seducirte.

El se quedó quieto, mirándola como si le hubiera mentido.

—Me tenías terror —insistió—. Podía verlo en tus ojos cada vez que me acercaba a ti.

—Porque te portabas tan distante, tan indiferente.

—¡Qué tonto fui! Todo ese autocontrol ha hecho que perdiéramos seis años.

—No. Entonces no tenía aptitudes para ser tu esposa —le tocó la boca y sintió que le besaba los dedos—. Ha sido mejor así, Conal.

—Así nada más. ¿Todo el dolor, mi arrogancia y mi violencia olvidados?

—No olvidados —la incredulidad la mantuvo en silencio un momento. Oyó tormento en su voz y pudo ver la angustia en sus ojos que le reveló la verdad. La esperanza que tanto tiempo se negó, floreció e iluminó su rostro—. ¿Me amas, Conal? —murmuró.

Él se movió con rapidez, cubriéndola con su cuerpo mientras la besaba, no con fiereza, sino con una desesperación que revelaba la profundidad de sus emociones con más claridad que cualquier palabra.

—Te amo —le dijo—. No sé cuándo sucedió, pero sí cuando me di cuenta de ello. Fue al entrar en el hotel y encontrarte sonriendo, observando a alguien. Fue como si me hubieran dado un mazazo en la cabeza. Entonces supe por qué nunca me había divorciado de ti, por qué insistí en que regresaras, y por qué ninguna amante me había satisfecho.

Catlin se puso rígida y desvió el pálido rostro.

Él le colocó una mano en la mejilla y habló con rapidez y determinación.

—Por favor escúchame, corazón. Trato de ser lo más honesto que puedo contigo.

Después de un momento, ella asintió y él le besó la mejilla.

—Así que hice que fueras a casa conmigo y sin avergonzarme, usé todos los medios a mi alcance, para mantenerte allí, mientras me dedicaba a cortejarte. Luego, descubrí que no soportabas que te tocara. Fue un choque muy saludable para mi ego. No sabía cómo manejarlo.

—¿A pesar de que sospechabas de lo que me atemorizaba? Tenías razón. No eras tú, temía delatarme. Sabía que si no tenía cuidado, volvería a enamorarme de ti y como había salido tan lastimada la otra vez... Cuando te abandoné, hice votos de que nunca volvería a depender de un hombre para ser feliz.

—Amor mío, daría cualquier cosa para borrar el pasado. El horror en tu rostro cuando te hice mía, me ha perseguido desde entonces.

El recuerdo la hizo suspirar. Conal la soltó de inmediato.

—Entonces también tenías razón —reconoció después de luchar consigo misma. Sólo la completa honestidad podía aliviar esos terribles recuerdos—. Tal vez comenzó como una violación, pero cuando… —se detuvo ruborizada y ocultó el rostro en la calidez de su hombro.

Él la animó a que continuara.

—Nunca lo he confesado, realmente ni a mí misma, sino hasta este instante, pero por supuesto que me excitaste. Yo te deseaba con desesperación. Pero por desgracia, la primera vez fue muy dolorosa para mí.

—De todas formas, tenías derecho, esa primera vez, a ser poseída con amor, en vez de con enfado y lujuria, yo hubiera podido consolarte, tenerte en mis, brazos hasta que te durmieses y asegurarte que no sucedería otra vez. Y tampoco ayudó mi maldita falta de sensibilidad. No debí humillarte para que huyeras, o tuviese amantes, sólo para demostrarte que eras tan deseaba, como Belinda —suspiró.

Catlin pensó en un deseo saciado con tanta ferocidad, debía morir; en ese momento descubrió su error. Aunque él la acariciaba distraído, la piel de la chica se tensó. Comenzó a respirar de prisa y a jadear.

—Lo único que puedo expresar para mitigar ese dolor es que si no te hubiera deseado tanto, nunca hubiese permitido que mi frustración y desesperación me llevaran a…, a tal explosión. Traje ese fin de semana a Belinda para aliviar mi frustración. Lo que me tenía tan furioso contigo, era que, con toda la experiencia y la sensualidad que ella poseía, tuve que imaginarme qué eras tú, para poderle hacer el amor. Me desprecié. Creo que te odié por ponerme en esa situación, de no ser así, no hubiera reaccionado esa noche con tanta violencia.

Las encantadoras sensaciones que le produjeron sus manos se disolvieron como el rayo, cuando los celos la recorrieron e hicieron que su cuerpo le rechazara.

—¡No quiero oír nada al respecto! —exclamó ella con dureza, empujándole.

Conal le agarró las manos y se las sujetó.

—Tenemos que hacerlo. Sólo esta vez y nunca más, lo prometo.

Pero se quedó silencioso un momento, ceñudo, como si encontrara dificultad en encontrar las palabras adecuadas.

—No sé si te das cuenta de lo frustrante que es para el hombre vivir en estrecho contacto con una mujer, legalmente suya, a quien desea con desesperación y a quien no se atreve a tocar. Una de las

razones por las que le hice el amor a Belinda, fue porque me aterrorizaba que pudiera perder el control y poseerte antes de que estuvieras, preparada. Y porque parecía que nunca lo estarías. Te habías convertido de la gloriosa criatura que vi por primera vez en alguien apático, a quien nadie podía alcanzar. Lo intenté, Cat, pero cada vez que me acercaba a ti, respingabas como si de pronto me hubieran salido cuernos y patas.

Ella susurró, admitiendo la verdad de su afirmación.

—Pensé que el que te negaras a consumar nuestro matrimonio era indiferencia y rechazo. Tu madre me habló de tu primera esposa y yo me sentí muy inferior. Supe que no podía tener la esperanza de competir.

—Sí, mi madre no hizo ningún intento de ayudar. Pensó que me había vuelto loco al casarme contigo yo no sentí deseos de confiarle que cada vez que te veía, quería llevarte a la cama más cercana. Y debía tenerla a mi lado, cuidando a Jenny. Hubiera sido demasiado cruel pedirle que se fuese.

—Por supuesto que lo hubiera sido —Catlin sonrió y se oprimió la mejilla con su mano—. Yo no hubiese podido cuidar a Jenny, apenas podía cuidarme a mí misma.

Coral le besó el cuello, luego se tumbó sobre la hierba y se la acercó.

—Creí que eras como uno de tus queridos lirios de montaña, demasiado delicados para transplantarlos a la costa. La miró dulcemente.

—¿Cansada?

—Sí. El hacer el amor a estas horas no es bueno. Me siento capaz de dormir toda la tarde.

—¿Por qué no? —Conal la miró malicioso y le tocó las acaloradas mejillas con un dedo—. No tenemos otra cosa que hacer...

Se puso de pie, y la cogió entre sus brazos. —La ropa —le dijo ella ruborizada.

—La recogeré más tarde.

La llevó directamente a la ducha. Nunca se le hubiese ocurrido a Catlin que una ducha podía ser una experiencia tan erótica. Después se acostaron.

Cuando Catlin se despertó, había oscurecido, y se quedó acostada desconcertada, preguntándose dónde se encontraba. Luego, recordó todo y sonrió, y se estiró complacida, aflojando los músculos que le dolían y notando sin sorprenderse, varios cardenales. Coral era un tierno amante, pero sobrecogido por la pasión, era incapaz de controlar su enorme fuerza.

Pensó, soñadora, que era bastante halagador saber que tenía el poder de trastornar la mente de ese hombre normalmente frío e inteligente. Le satisfacía mucho y a la vez resulta una gran responsabilidad. Pero estaba decidida a hacerse digna de ella.

Los ruidos de la cocina la hicieron ponerse de pie y cubrirse con alguna ropa. Después de todo, estaban en otoño y cuando el sol se ponía, hacía fresco.

Diez minutos más tarde, vestida y con cierta timidez, entró en la cocina.

—¡Hola! —la saludó él sonriéndole.

Ella se rió y le tocó las acaloradas mejillas con las manos. —¡No hagas que me ruborice!

—Lo sentiré cuando no puedas hacerlo. Me gusta ese color. Tengo todo preparado para una comida china. ¿Te gustaría beber algo antes?

—Me encantaría, gracias.

Bebieron champán. Brindaron por su futuro, y contemplaron la luna llena.

—La ha puesto especialmente para nosotros —bromeó Corral. —Bueno, en ese caso, ordenaré una cada noche que esté aquí. Él se rió y le dijo que era muy codiciosa. Ella sintió un fantástico deleite al estar allí con él, bromeando, hablando en voz baja, y observando lo eficiente que cocinaba los alimentos chinos.

—Me temo que no hay galletas de la suerte —le dijo al final— Pero sé cual va a ser la tuya.

—Dímelo.

Sonrió e hizo que se sentara en la alfombra a sus pies, mientras él se recostaba en el sofá.

—La felicidad, y un esposo muy, muy enamorado. Más tarde, hijos, si los quieres.

—Nunca pensé que tendría hijos —dijo Catlin soñadora, con la mejilla apoyada sobre sus rodillas.

—Puedes tener todos los que quieras.

—Bueno, como ya tenemos uno para empezar, tal vez será bastante con un par más. Me alegra mucho que Jenny me quiera.

—Y a mí que tú la adores. Te necesita.

—¿Alguna vez penaste que llegaríamos hasta aquí?

—Supongo que es lo que deseaba siempre, porque de no ser así ¿Por qué habría insistido en que regresaras? Sabía que tenía que verte, y era por algo más que por el deseo de asegurarme de que te las arreglabas bien.

Hubo otro largo silencio y luego continuó:

—Cuando entraste en mi habitación la noche antes de dejarme y

comenzaste a insultarme, me enfermó hubieras visto. Te traje aquí para matar esos recuerdo avergonzó con otros más felices.

—Bueno, pues lo has conseguido —para su sorpresa, se dio cuenta de que era verdad. Belinda Scargill ya no tenía el poder de atormentarla; podía encontrársela al día siguiente y sólo sentir simpatía por ella, y por Maya, o por cualquier otra que hubiese significado tan poco para Conal.

—Me alegro. La culpa y la vergüenza me hicieron cruel. Quería demostrarte que también podía ser amable.

Hizo una pausa, pero al ver que ella no decía nada, prosiguió:

—Cuando te hice mía esa primera vez dejé que regresaras corriendo a tu alcoba porque pensé que cualquier intento de mi parte por consolarte, sólo empeoraría la situación. Evidentemente, fue un error. Llámame presumido si quieres, pero no creí que lo sucedido te hubiera sido tan desagradable como para obligarte a huir. Estaba seguro de que te darías cuenta de que el dolor sólo era temporal.

—Me di cuenta. Conal, no fue eso lo que me hizo huir, En lo profundo de mi ser, siempre supe que lo que sucedió no sólo fue culpa tuya. Yo te provoqué; mirando retrospectivamente, puedo ver que fue algo deliberado. Lo que no podía perdonar era tu infidelidad. No iba a ser una más de tus mujeres y no podía perdonarme el haberme rendido a ti con tanto abandono. Creí que era anormal.

—Por lo que huiste y te convertiste deliberadamente en tina réplica de Belinda para demostrármelo —parecía disgustado.

Catlin se mordió el labio y miró su adorado rostro.

—Bueno, en realidad, no —confesó avergonzada—, A menos que puedas llamar a unos cuantos besos y unas ligeras caricias, el tener más experiencia.

—¿Qué has dicho?

Ella le besó y murmuró:

—No podía olvidarme de que estaba casada, y como ves, te mentí.

—¿No tuviste amantes?

—Nunca. El tipo del teléfono es el novio de Deb.

—Me das terror. ¡En serio que sí!

—¿Por qué?

—Porque sabes hacia donde dirigir tus flechas. Nunca podrás darte cuenta de toda la agonía que experimenté por esas aventuras tuyas que no existieron. ¡Si querías vengarte de las mujeres que tuve, lo conseguiste! El pensar en ti en brazos de otros hombres era bastante malo, pero pensé que sólo podías haber violado así tus principios porque yo te debilité emocionalmente y eso fue peor.

—¿Pero me amabas a pesar de esos amantes que no existían?

—¿Qué tiene que ver el amor con el sentido común? Por supuesto que te amaba a pesar de todos los hombres que pensé que habías tenido. Te amo porque eres amable, generosa, inteligente, práctica, testaruda, y además, porque te ríes de las mismas cosas que yo, y porque cada vez que te veo pienso en ti y oigo tu voz, todo mi ser quiere estar cerca de ti, unido de tal manera que nada pueda interponerse de nuevo entre nosotros otra vez.

Mientras hablaba, se colocó junto a ella y Catlin se encontró tumbada sobre la alfombra mientras él le moldeaba el rostro. Le sonreía incitante, pero tierno, e inclinó la cabeza para hablarle al oído:

—Sobre todo cuando te oigo gemir de deseo —le dijo satisfecho.

Le besó, haciendo que el ritmo de su corazón se acelerara.

—Amor mío —murmuró—. ¡Oh, querida Cat, te amo!

Por una vez le sintió vulnerable y temblando en sus brazos.

—Sí, ámame —gimió, perdida en la magia de su contacto y anhelante, excitada porque por fin se sentía libre. Ya no tenía el poder de herirla.

Entre los dos forjarían nuevos recuerdos con tanta dulzura y alegría que le harían olvidar el tormento de aquellos que la acompañaron durante tanto tiempo.

Afuera el viento comenzó a soplar, pero en el interior sólo se oían suaves murmullos y se veía el resplandor de la luz del fuego sobre dos personas que por fin habían llegado a su destino.

Robyn Donald - Amor del ayer (Harlequín by Mariquiña)